LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA

MAURICE LEBLANC

# Arsenio Lupin, caballero ladrón



*Texto original en español*

LECTURA COMPLETA · Nº 103

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA · LECTURA COMPLETA

MAURICE LEBLANC

# Arsenio Lupin, caballero ladrón

*Texto original en español*

Arsenio Lupin, caballero ladrón, de Maurice Leblanc. Texto original en español. Texto de dominio público.

Transcripción de Wikisource, publicada bajo licencia Dominio público. Esta edición, con su división en capítulos, títulos y resúmenes, se publica bajo la misma licencia.

Edición de La Biblioteca Filosófica. Léela también online, con marcapáginas, en labibliotecafilosofica.com/leer/arsenio-lupin-leblanc/.

# Sobre esta obra

Arsenio Lupin es un ladrón de guante blanco, maestro del disfraz y la seducción, que roba a los ricos con una mezcla de audacia y humor. Maurice Leblanc lo creó en 1905 como contrapunto francés a Sherlock Holmes: donde Holmes deduce, Lupin engaña.

Se respeta la ortografía de la edición original, por eso verás «á» como preposición o «ménos» con tilde.

# Índice


1. Maurice Leblanc
2. La detención de Arsenio Lupin
3. Arsenio Lupin en prisión
4. La fuga de Arsenio Lupin
5. El viajero misterioso
6. El collar de la reina
7. El siete de corazones
8. La caja fuerte de la señora Imbert
9. La perla negra
10. Herlock Sholmes llega demasiado tarde
11. ¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

01

# Maurice Leblanc

*Empieza: «»*

---

Publicado: 1907Fuente: Project GutenbergTraducción: Elejandría

02

# La detención de Arsenio Lupin

*Empieza: «¡Qué extraño viaje! ¡Y eso que había comenzado tan bien! Por mi parte, nunca he hecho uno que se anunciara bajo más...»*

---

¡Qué extraño viaje! ¡Y eso que había comenzado tan bien! Por mi parte, nunca he hecho uno que se anunciara bajo más felices auspicios. El Provence es un transatlántico rápido, confortable, comandado por el más afable de los hombres. En él se encontraba reunida la sociedad más selecta. Se entablaban relaciones, se organizaban entretenimientos. Teníamos esa exquisita impresión de estar separados del mundo, reducidos a nosotros mismos como en una isla desconocida, obligados, por consiguiente, a acercarnos los unos a los otros.

Y nos acercábamos...

¿Ha pensado alguna vez en lo original e imprevisto que hay en esta agrupación de seres que, la víspera todavía, no se conocían, y que, durante algunos días, entre el cielo infinito y el mar inmenso, van a vivir la vida más íntima, juntos van a desafiar las cóleras del océano, el asalto terrorífico de las olas, la maldad de las tempestades y la calma taimada del agua dormida?

Es, en el fondo, la vida misma, vivida en una suerte de atajo trágico, con sus tormentas y sus grandezas, su monotonía y su diversidad, y

por eso, quizá, se disfruta con una prisa febril y una voluptuosidad tanto más intensa este corto viaje cuyo fin se vislumbra en el mismo momento en que comienza.

Pero, desde hace varios años, sucede algo que añade singularmente emoción a la travesía. La pequeña isla flotante depende todavía de ese mundo del que uno se creía liberado. Subsiste un vínculo, que no se desata sino poco a poco en pleno océano, y poco a poco, en pleno océano, se reanuda. ¡El telégrafo sin hilos! ¡La llamada de otro universo del que se recibirían noticias de la manera más misteriosa que existe! La imaginación ya no tiene el recurso de evocar hilos de hierro por cuyo interior se desliza el mensaje invisible. El misterio es aún más insondable, más poético también, y es a las alas del viento a lo que hay que recurrir para explicar este nuevo milagro.

Así, durante las primeras horas, nos sentimos seguidos, escoltados, incluso precedidos por esa voz lejana que, de vez en cuando, susurraba a uno de nosotros algunas palabras de allá. Dos amigos me hablaron. Diez, veinte más, nos enviaron a todos, a través del espacio, sus adioses entristecidos o sonrientes.

Pues bien, el segundo día, a quinientas millas de las costas francesas, en una tarde tormentosa, el telégrafo sin hilos nos transmitió un despacho cuyo tenor era el siguiente:

«Arsène Lupin a bordo, primera clase, cabello rubio, herida antebrazo derecho, viaja solo, bajo el nombre de R...»

En ese preciso instante, un violento trueno estalló en el cielo sombrío. Las ondas eléctricas se interrumpieron. El resto del

despacho no nos llegó. Del nombre bajo el cual se ocultaba Arsène Lupin, solo se supo la inicial.

Si se hubiera tratado de cualquier otra noticia, no dudo de que el secreto habría sido guardado escrupulosamente por los empleados del puesto telegráfico, así como por el comisario de a bordo y por el comandante. Pero hay acontecimientos que parecen forzar la discreción más rigurosa. Ese mismo día, sin que se pudiera decir cómo se había corrido la voz, todos sabíamos que el famoso Arsène Lupin se escondía entre nosotros.

¡Arsène Lupin entre nosotros! ¡El inasible ladrón cuyas proezas se contaban en todos los periódicos desde hacía meses! ¡El enigmático personaje con quien el viejo Ganimard, nuestro mejor policía, había entablado ese duelo a muerte cuyas peripecias se desarrollaban de forma tan pintoresca! Arsène Lupin, el imaginativo caballero que solo opera en castillos y salones, y que, una noche en que había penetrado en casa del barón Schormann, se marchó con las manos vacías y dejó su tarjeta, adornada con esta fórmula: «Arsène Lupin, caballero ladrón, volverá cuando los muebles sean auténticos». ¡Arsène Lupin, el hombre de los mil disfraces: chófer, tenor, bookmaker, niño bien, adolescente, anciano, viajante de comercio marsellés, médico ruso, torero español!

Hay que darse cuenta de esto: Arsène Lupin yendo y viniendo en el marco relativamente restringido de un transatlántico, ¡qué digo!, en ese pequeño rincón de primera clase donde uno se encontraba a cada instante, ¡en ese comedor, en ese salón, en ese fumadero! Arsène Lupin, era quizá ese señor... o aquel... mi vecino de mesa... mi compañero de camarote...

—¡Y esto va a durar todavía cinco veces veinticuatro horas! —exclamó al día siguiente miss Nelly Underdown—. ¡Pero esto es intolerable! Espero que lo arresten.

Y dirigiéndose a mí:

—Veamos, usted, señor d'Andrézy, que ya se lleva tan bien con el comandante, ¿no sabe nada?

¡Me habría gustado saber algo para complacer a miss Nelly! Era una de esas magníficas criaturas que, dondequiera que estén, ocupan enseguida el lugar más destacado. Su belleza, tanto como su fortuna, deslumbra. Tienen una corte, fervientes admiradores, entusiastas.

Educada en París por una madre francesa, iba a reunirse con su padre, el riquísimo Underdown, de Chicago. La acompañaba una de sus amigas, lady Jerland.

Desde la primera hora, había presentado mi candidatura al coqueteo. Pero, en la rápida intimidad del viaje, su encanto me había turbado enseguida, y me sentía un poco demasiado emocionado para un flirteo cuando sus grandes ojos negros se encontraban con los míos. Sin embargo, ella acogía mis homenajes con cierto favor. Se dignaba a reír de mis agudezas y a interesarse por mis anécdotas. Una vaga simpatía parecía responder a la solicitud que le demostraba.

Un solo rival quizá me habría inquietado, un joven bastante apuesto, elegante, reservado, cuyo talante taciturno ella parecía preferir a veces a mis maneras más extravertidas de parisino.

Precisamente formaba parte del grupo de admiradores que rodeaba a miss Nelly cuando ella me interrogó. Estábamos en el puente, agradablemente instalados en mecedoras. La tormenta de la víspera había despejado el cielo. La hora era deliciosa.

—No sé nada preciso, señorita —le respondí—, pero ¿es imposible que dirijamos nosotros mismos nuestra investigación, tan bien como lo haría el viejo Ganimard, el enemigo personal de Arsène Lupin?

—¡Oh, oh! ¡Se está usted arriesgando mucho!

—¿En qué? ¿Acaso es tan complicado el problema?

—Muy complicado.

—Es que olvida usted los elementos que tenemos para resolverlo.

—¿Qué elementos?

—Primero: Lupin se hace llamar señor R...

—Una seña un poco vaga.

—Segundo: viaja solo.

—¡Si esa particularidad le basta!

—Tercero: es rubio.

—¿Y entonces?

—Entonces no tenemos más que consultar la lista de pasajeros y proceder por eliminación.

Tenía esa lista en el bolsillo. La saqué y la recorrí.

—Advierto primero que solo hay trece personas cuya inicial las señala a nuestra atención.

—¿Trece solamente?

—En primera clase, sí. De estos trece señores R..., como puede usted comprobar, nueve van acompañados de mujeres, niños o sirvientes. Quedan cuatro personajes aislados: el marqués de Raverdan...

—Secretario de embajada —interrumpió miss Nelly—, lo conozco.

—El mayor Rawson...

—Es mi tío —dijo alguien.

—El señor Rivolta...

—¡Presente! —exclamó uno de nosotros, un italiano cuyo rostro desaparecía bajo una barba del más hermoso negro.

Miss Nelly soltó una carcajada.

—El señor no es precisamente rubio.

—Entonces —proseguí—, nos vemos obligados a concluir que el culpable es el último de la lista.

—¿Es decir?

—Es decir, el señor Rozaine. ¿Alguien conoce al señor Rozaine?

Todos callaron. Pero miss Nelly, interpelando al joven taciturno cuya asiduidad cerca de ella me atormentaba, le dijo:

—Y bien, señor Rozaine, ¿no responde?

Volvimos los ojos hacia él. Era rubio.

Debo confesarlo, sentí como una pequeña sacudida en mi interior. Y el silencio incómodo que pesó sobre nosotros me indicó que los demás presentes experimentaban también esa especie de sofoco. Era absurdo, por otra parte, pues al fin y al cabo nada en los modales de ese señor permitía que se le sospechara.

—¿Por qué no respondo? —dijo él—. Porque, dado mi nombre, mi condición de viajero solitario y el color de mi pelo, ya he procedido a una investigación análoga, y he llegado al mismo resultado. Así que soy de la opinión de que se me arreste.

Tenía un aire extraño al pronunciar estas palabras. Sus labios finos como dos trazos inflexibles se afinaron aún más y palidecieron. Hilos de sangre surcaron sus ojos.

Ciertamente, bromeaba. Sin embargo, su fisonomía, su actitud, nos impresionaron. Con ingenuidad, miss Nelly preguntó:

—¿Pero usted no tiene ninguna herida?

—Es verdad —dijo él—, falta la herida.

Con un gesto nervioso, se subió el puño de la camisa y descubrió su brazo. Pero de inmediato una idea me golpeó. Mis ojos se cruzaron con los de miss Nelly: había mostrado el brazo izquierdo.

Y, a fe mía, iba a señalarlo claramente, cuando un incidente desvió nuestra atención. Lady Jerland, la amiga de miss Nelly, llegaba corriendo.

Estaba trastornada. Nos apresuramos a rodearla, y solo después de muchos esfuerzos logró balbucear:

—¡Mis joyas, mis perlas!... ¡se lo han llevado todo!...

No, no se lo habían llevado todo, como supimos después; algo mucho más curioso: ¡habían escogido!

De la estrella de diamantes, del colgante de cabujones de rubíes, de los collares y pulseras rotos, se habían llevado, no las piedras más grandes, sino las más finas, las más preciosas, aquellas, se habría dicho, que tenían más valor ocupando el menor espacio. Las monturas yacían allí, sobre la mesa. Yo las vi, todos las vimos, despojadas de sus joyas como flores a las que se les hubieran arrancado los bellos pétalos rutilantes y coloridos.

Y para ejecutar este trabajo, había sido necesario, durante la hora en que lady Jerland tomaba el té, había sido necesario, a plena luz del día, y en un pasillo frecuentado, forzar la puerta del camarote, encontrar una pequeña bolsa disimulada a propósito en el fondo de una sombrerera, abrirla y ¡escoger!

No hubo más que un grito entre nosotros. No hubo más que una opinión entre todos los pasajeros cuando se conoció el robo: es Arsène Lupin. Y, de hecho, era bien su manera complicada, misteriosa, inconcebible... y lógica sin embargo, pues si era difícil ocultar la masa voluminosa que habría formado el conjunto de las joyas, cuánto menor era el estorbo con pequeñas cosas independientes las unas de las otras, perlas, esmeraldas y zafiros.

Y en la cena, ocurrió esto: a derecha e izquierda de Rozaine, los dos sitios quedaron vacíos. Y por la noche se supo que había sido convocado por el comandante.

Su arresto, que nadie puso en duda, causó un verdadero alivio. Se respiraba por fin. Esa noche se jugaron juegos de sociedad. Se bailó. Miss Nelly, sobre todo, mostró una alegría deslumbrante que

me hizo ver que, si los homenajes de Rozaine habían podido agradarle al principio, apenas se acordaba de ellos. Su gracia terminó de conquistarme. Hacia la medianoche, a la luz serena de la luna, le declaré mi devoción con una emoción que no pareció disgustarle.

Pero al día siguiente, para estupor general, se supo que, al no ser suficientes los cargos presentados contra él, Rozaine estaba libre.

Hijo de un importante negociante de Burdeos, había exhibido papeles perfectamente en regla. Además, sus brazos no ofrecían ni el menor rastro de herida.

—¡Papeles! ¡Partidas de nacimiento! —exclamaron los enemigos de Rozaine—, ¡pero si Arsène Lupin le proporcionará cuantos quiera! En cuanto a la herida, ¡es que no la ha recibido... o que ha borrado el rastro!

Se les objetaba que a la hora del robo, Rozaine —estaba demostrado — se paseaba por el puente. A lo que ellos replicaban:

—¿Acaso un hombre de la talla de Arsène Lupin necesita asistir al robo que comete?

Y además, aparte de toda consideración ajena, había un punto sobre el que los más escépticos no podían discutir: ¿Quién, salvo Rozaine, viajaba solo, era rubio y llevaba un nombre que empezaba por R? ¿A quién designaba el telegrama, si no era a Rozaine?

Y cuando Rozaine, unos minutos antes del almuerzo, se dirigió audazmente hacia nuestro grupo, miss Nelly y lady Jerland se levantaron y se alejaron.

Era, a todas luces, miedo.

Una hora más tarde, una circular manuscrita pasaba de mano en mano entre los empleados de a bordo, los marineros, los viajeros de todas las clases: el señor Louis Rozaine prometía una suma de diez mil francos a quien desenmascarara a Arsène Lupin, o encontrara al poseedor de las piedras robadas.

—Y si nadie me ayuda contra ese bandido —declaró Rozaine al comandante—, yo mismo me encargaré de él.

Rozaine contra Arsène Lupin, o más bien, según el dicho que corrió, Arsène Lupin mismo contra Arsène Lupin, ¡la lucha no carecía de interés!

Se prolongó durante dos jornadas. Se vio a Rozaine errar de un lado a otro, mezclarse con el personal, interrogar, husmear. Se vislumbró su sombra, por la noche, que rondaba.

Por su parte, el comandante desplegó la energía más activa. De arriba abajo, en todos los rincones, el Provence fue registrado. Se registraron todos los camarotes, sin excepción, bajo el pretexto muy justo de que los objetos estaban escondidos en cualquier lugar, salvo en el camarote del culpable.

—Se acabará por descubrir algo, ¿no es así? —me preguntaba miss Nelly—. Por muy brujo que sea, no puede hacer que los diamantes y las perlas se vuelvan invisibles.

—Claro que sí —le respondía yo—, o si no, habría que explorar el forro de nuestros sombreros, el de nuestras chaquetas, y todo lo que llevamos encima.

Y mostrándole mi Kodak, una 9x12 con la que no me cansaba de fotografiarla en las actitudes más diversas:

—Solo en un aparato no más grande que este, ¿no cree que habría sitio para todas las piedras preciosas de lady Jerland? Se finge tomar vistas y listo.

—Pero he oído decir que no hay ladrón que no deje tras de sí algún indicio.

—Hay uno: Arsène Lupin.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque no piensa solo en el robo que comete, sino en todas las circunstancias que podrían delatarlo.

—Al principio, usted era más confiado.

—Pero, desde entonces, lo he visto en acción.

—Y entonces, ¿en su opinión?

—En mi opinión, estamos perdiendo el tiempo.

Y de hecho, las investigaciones no daban ningún resultado, o al menos, el que dieron no correspondía al esfuerzo general: el reloj del comandante fue robado.

Furioso, redobló su ardor y vigiló aún más de cerca a Rozaine, con quien había tenido varias entrevistas. Al día siguiente, encantadora ironía, se encontró el reloj entre los cuellos postizos del segundo comandante.

Todo aquello tenía un aire de prodigio, y delataba bien la manera humorística de Arsène Lupin, ladrón, sí, pero también diletante. Trabajaba por gusto y por vocación, ciertamente, pero también por diversión. Daba la impresión del señor que se divierte con la obra

que hace representar y que, entre bastidores, se ríe a carcajadas de sus agudezas y de las situaciones que ha imaginado.

Decididamente, era un artista en su género, y cuando observaba a Rozaine, sombrío y obstinado, y pensaba en el doble papel que sin duda desempeñaba aquel curioso personaje, no podía hablar de ello sin una cierta admiración.

Pues bien, la antepenúltima noche, el oficial de guardia oyó gemidos en el lugar más oscuro del puente. Se acercó. Un hombre yacía extendido, la cabeza envuelta en una bufanda gris muy gruesa, las muñecas atadas con una fina cuerdecilla.

Lo libraron de sus ataduras. Lo levantaron, se le prodigaron cuidados.

Ese hombre era Rozaine.

Era Rozaine, asaltado en el curso de una de sus expediciones, derribado y despojado. Una tarjeta de visita prendida con un alfiler a su ropa llevaba estas palabras: «Arsène Lupin acepta con agradecimiento los diez mil francos del señor Rozaine».

En realidad, la cartera robada contenía veinte billetes de mil.

Naturalmente, se acusó al desdichado de haber simulado este ataque contra sí mismo. Pero, además de que le habría sido imposible atarse de esa manera, se estableció que la escritura de la tarjeta difería absolutamente de la de Rozaine, y se parecía en cambio, hasta el punto de confundirse, a la de Arsène Lupin, tal como la reproducía un viejo periódico encontrado a bordo.

Así pues, Rozaine ya no era Arsène Lupin. ¡Rozaine era Rozaine, hijo de un negociante de Burdeos! Y la presencia de Arsène Lupin

se afirmaba una vez más, ¡y por qué acto tan temible!

Fue el terror. Ya no se atrevía uno a quedarse solo en su camarote, ni tampoco a aventurarse solo en los lugares demasiado apartados. Prudentemente, la gente se agrupaba entre personas seguras las unas de las otras. Y aun así, una desconfianza instintiva dividía a los más íntimos. Es que la amenaza no provenía de un individuo aislado, vigilado y por ello mismo menos peligroso. Arsène Lupin, ahora, era... era todo el mundo. Nuestra imaginación sobreexcitada le atribuía un poder milagroso e ilimitado. Se le suponía capaz de adoptar los disfraces más inesperados, de ser sucesivamente el respetable mayor Rawson, o el noble marqués de Raverdan, o incluso, pues ya no se detenían en la inicial acusadora, tal o cual persona conocida de todos, con mujer, hijos, sirvientes.

Los primeros despachos inalámbricos no trajeron ninguna novedad. Al menos, el comandante no nos las comunicó, y tal silencio no era para tranquilizarnos.

Así, el último día pareció interminable. Se vivía en la espera ansiosa de una desgracia. Esta vez, no sería un robo, no sería una simple agresión, sería el crimen, el asesinato. No se admitía que Arsène Lupin se contentara con esos dos hurtos insignificantes. Dueño absoluto del navío, con las autoridades reducidas a la impotencia, no tenía más que querer, todo le estaba permitido, disponía de los bienes y de las vidas.

Horas deliciosas para mí, lo confieso, pues me valieron la confianza de miss Nelly. Impresionada por tantos acontecimientos, de naturaleza ya inquieta, buscó espontáneamente a mi lado una protección, una seguridad que yo estaba feliz de ofrecerle.

En el fondo, yo bendecía a Arsène Lupin. ¿No era él quien nos acercaba? ¿No era gracias a él que tenía derecho a abandonarme a los más bellos sueños? Sueños de amor y sueños menos quiméricos, ¿por qué no confesarlo? Los Andrézy son de buena estirpe poitevina, pero su blasón está algo desdorado, y no me parece indigno de un gentilhombre pensar en devolver a su nombre el lustre perdido.

Y estos sueños, lo sentía, no ofuscaban a Nelly. Sus ojos sonrientes me autorizaban a tenerlos. La dulzura de su voz me decía que esperara.

Y hasta el último momento, acodados en las barandillas, permanecimos el uno junto al otro, mientras la línea de las costas americanas navegaba hacia nosotros.

Se habían interrumpido los registros. Se esperaba. Desde la primera clase hasta el entrepuente donde se agolpaban los emigrantes, se esperaba el minuto supremo en que se explicaría por fin el insoluble enigma. ¿Quién era Arsène Lupin? ¿Bajo qué nombre, bajo qué máscara se escondía el famoso Arsène Lupin?

Y ese minuto supremo llegó. Aunque viviera cien años, no olvidaré el más ínfimo detalle.

—¡Qué pálida está, miss Nelly! —le dije a mi compañera que se apoyaba en mi brazo, desfallecida.

—¡Y usted! —me respondió ella—. ¡Ah, está usted tan cambiado!

—¡Imagínese! Este minuto es apasionante, y estoy tan feliz de vivirlo junto a usted, miss Nelly. Me parece que su recuerdo se detendrá a veces...

No escuchaba, jadeante y febril. La pasarela descendió. Pero antes de que tuviéramos la libertad de cruzarla, subió gente a bordo, aduaneros, hombres de uniforme, carteros.

Miss Nelly balbuceó:

—Si se descubriera que Arsène Lupin se ha escapado durante la travesía, no me sorprendería.

—Quizá ha preferido la muerte a la deshonra, y sumergirse en el Atlántico antes que ser arrestado.

—No se ría —dijo ella, molesta.

De repente me estremecí, y como me preguntaba, le dije:

—¿Ve a ese viejecito de pie al extremo de la pasarela?

—¿Con un paraguas y una levita verde oliva?

—Es Ganimard.

—¿Ganimard?

—Sí, el célebre policía, el que ha jurado que Arsène Lupin sería arrestado por su propia mano. ¡Ah! Comprendo que no se hayan tenido noticias de este lado del océano. ¡Ganimard estaba aquí! Y a él le gusta que nadie se ocupe de sus pequeños asuntos.

—¿Entonces es seguro que Arsène Lupin será atrapado?

—¿Quién sabe? Ganimard nunca lo ha visto, al parecer, más que maquillado y disfrazado. A menos que conozca su nombre falso...

—¡Ah! —dijo ella, con esa curiosidad un poco cruel de la mujer—, ¡si pudiera asistir al arresto!

—Paciencia. Seguramente Arsène Lupin ya ha notado la presencia de su enemigo. Preferirá salir entre los últimos, cuando el ojo del viejo esté cansado.

El desembarco comenzó. Apoyado en su paraguas, con aire indiferente, Ganimard no parecía prestar atención a la multitud que se agolpaba entre las dos barandillas. Noté que un oficial del barco, apostado detrás de él, le informaba de vez en cuando.

El marqués de Raverdan, el mayor Rawson, el italiano Rivolta, desfilaron, y otros, y muchos otros... Y vi a Rozaine que se acercaba.

¡Pobre Rozaine! ¡No parecía recuperado de sus desventuras!

—Quizá sea él de todos modos —me dijo miss Nelly—. ¿Qué piensa usted?

—Pienso que sería muy interesante tener en una misma fotografía a Ganimard y a Rozaine. Tome mi cámara, voy tan cargado.

Se la di, pero demasiado tarde para que la usara. Rozaine pasaba. El oficial se inclinó al oído de Ganimard, este se encogió ligeramente de hombros, y Rozaine pasó.

Pero entonces, Dios mío, ¿quién era Arsène Lupin?

—Sí —dijo ella en voz alta—, ¿quién es?

No quedaban más que una veintena de personas. Las observaba una a una, con el temor confuso de que él no estuviera entre esas veinte personas.

Le dije:

—No podemos esperar más.

Ella avanzó. La seguí. Pero no habíamos dado diez pasos cuando Ganimard nos cerró el paso.

—Y bien, ¿qué pasa? —exclamé.

—Un momento, señor, ¿qué prisa tiene?

—Acompaño a la señorita.

—Un momento —repitió con una voz más imperiosa.

Me escrutó profundamente, luego me dijo, mirándome a los ojos:

—Arsène Lupin, ¿no es así?

Me eché a reír.

—No, Bernard d'Andrézy, simplemente.

—Bernard d'Andrézy murió hace tres años en Macedonia.

—Si Bernard d'Andrézy estuviera muerto, yo ya no estaría en este mundo. Y no es el caso. Aquí están mis papeles.

—Son los suyos. Cómo los tiene, es lo que tendré el placer de explicarle.

—¡Pero está usted loco! Arsène Lupin se embarcó bajo el nombre de R.

—Sí, otro truco suyo, una pista falsa sobre la que los lanzó, allá. ¡Ah, tiene usted una fuerza increíble, mi pillo! Pero esta vez, la suerte ha cambiado. Vamos, Lupin, muéstrese buen jugador.

Dudé un segundo. De un golpe seco, me golpeó en el antebrazo derecho. Lancé un grito de dolor. Había golpeado sobre la herida aún mal cerrada que señalaba el telegrama.

Vamos, había que resignarse. Me volví hacia miss Nelly. Escuchaba, lívida, tambaleante.

Su mirada se encontró con la mía, luego bajó hacia la Kodak que le había entregado. Hizo un gesto brusco, y tuve la impresión, tuve la certeza de que lo comprendía todo de repente. Sí, estaba allí, entre las estrechas paredes de chagrin negro, en el hueco del pequeño objeto que había tenido la precaución de depositar en sus manos antes de que Ganimard me arrestara, era allí donde se encontraban los veinte mil francos de Rozaine, las perlas y los diamantes de lady Jerland.

¡Ah, lo juro, en ese momento solemne, mientras Ganimard y dos de sus acólitos me rodeaban, todo me fue indiferente, mi arresto, la hostilidad de la gente, todo, excepto esto: la resolución que iba a tomar miss Nelly sobre lo que le había confiado.

Que tuvieran contra mí esa prueba material y decisiva, ni siquiera pensaba en temerlo, pero esa prueba, ¿se decidiría miss Nelly a proporcionarla?

¿Sería traicionado por ella? ¿Perdido por ella? ¿Actuaría como una enemiga que no perdona, o bien como una mujer que recuerda y cuyo desprecio se suaviza con un poco de indulgencia, con un poco de simpatía involuntaria?

Pasó delante de mí, la saludé muy bajo, sin una palabra. Mezclada con los otros viajeros, se dirigió hacia la pasarela, con mi Kodak en la mano.

Sin duda, pensé, no se atreve, en público. Será dentro de una hora, dentro de un instante, cuando lo entregará.

Pero, llegada al medio de la pasarela, con un movimiento de torpeza simulada, lo dejó caer al agua, entre el muro del muelle y el costado del navío.

Luego, la vi alejarse.

Su bonita silueta se perdió en la multitud, me apareció de nuevo y desapareció. Estaba acabado, acabado para siempre.

Un instante, permanecí inmóvil, triste a la vez y penetrado de una dulce ternura, luego suspiré, para gran asombro de Ganimard:

—Lástima, de todos modos, no ser un hombre honrado...

Es así como una noche de invierno, Arsène Lupin me contó la historia de su arresto. El azar de incidentes cuyo relato escribiré algún día había anudado entre nosotros lazos... ¿diré de amistad? Sí, me atrevo a creer que Arsène Lupin me honra con alguna amistad, y que es por amistad por lo que a veces llega a mi casa de improviso, trayendo, en el silencio de mi despacho, su alegría juvenil, el resplandor de su vida ardiente, su buen humor de hombre para quien el destino no tiene más que favores y sonrisas.

¿Su retrato? ¿Cómo podría hacerlo? Veinte veces he visto a Arsène Lupin, y veinte veces es un ser diferente el que se me ha aparecido... o más bien el mismo ser del que veinte espejos me habrían devuelto otras tantas imágenes deformadas, cada una con sus ojos particulares, su forma especial de rostro, su gesto propio, su silueta y su carácter.

—Yo mismo —me dijo—, ya no sé muy bien quién soy. En un espejo ya no me reconozco.

Broma, ciertamente, y paradoja, pero verdad con respecto a quienes se encuentran con él y que ignoran sus recursos infinitos, su paciencia, su arte del maquillaje, su prodigiosa facultad de transformar hasta las proporciones de su rostro, y de alterar la relación misma de sus rasgos entre sí.

—¿Por qué —dijo aún— habría de tener una apariencia definida? ¿Por qué no evitar este peligro de una personalidad siempre idéntica? Mis actos me designan suficientemente.

Y precisa con una punta de orgullo:

—Tanto mejor si nunca se puede decir con toda certeza: he aquí a Arsène Lupin. Lo esencial es que se diga sin temor a equivocarse: Arsène Lupin ha hecho esto.

Son algunos de estos actos, algunas de estas aventuras las que intento reconstituir, según las confidencias con las que tuvo la gentileza de favorecerme, ciertas noches de invierno, en el silencio de mi despacho...

0 3

# Arsenio Lupin en prisión

*Empieza: «No hay turista digno de ese nombre que no conozca las orillas del Sena, y que no haya reparado, yendo de las...»*

---

No hay turista digno de ese nombre que no conozca las orillas del Sena, y que no haya reparado, yendo de las ruinas de Jumièges a las de Saint-Wandrille, en el extraño y pequeño castillo feudal de Malaquis, tan orgullosamente asentado sobre su roca, en medio del río. El arco de un puente lo une a la carretera. La base de sus sombrías torrecillas se confunde con el granito que lo soporta, un bloque enorme desprendido de no se sabe qué montaña y arrojado allí por alguna formidable convulsión. A su alrededor, el agua tranquila del gran río juega entre los juncos, y las lavanderas tiemblan sobre la cresta húmeda de los guijarros.

La historia del Malaquis es ruda como su nombre, arisca como su silueta. No fue más que combates, asedios, asaltos, rapiñas y masacres. En las veladas del país de Caux, se evocan con un escalofrío los crímenes que allí se cometieron. Se cuentan misteriosas leyendas. Se habla del famoso subterráneo que conducía antaño a la abadía de Jumièges y al palacete de Agnès Sorel, la bella amiga de Carlos VII.

En esta antigua guarida de héroes y bandidos, habita el barón Nathan Cahorn, el barón Satán, como lo llamaban antaño en la Bolsa, donde se había enriquecido un poco demasiado deprisa. Los

señores de Malaquis, arruinados, tuvieron que venderle, por un pedazo de pan, la morada de sus ancestros. Allí ha instalado sus admirables colecciones de muebles y cuadros, de cerámicas y maderas talladas. Vive solo, con tres viejos criados. Nadie penetra jamás allí. Nadie ha contemplado nunca en la decoración de esas antiguas salas los tres Rubens que posee, sus dos Watteau, su púlpito de Jean Goujon y tantas otras maravillas arrancadas a golpe de billetes de banco a los más ricos asiduos de las subastas públicas.

El barón Satán tiene miedo. No tiene miedo por él, sino por los tesoros acumulados con una pasión tan tenaz y la perspicacia de un aficionado al que los más taimados de los marchantes no pueden jactarse de haber engañado. Los ama, sus cachivaches. Los ama ásperamente, como un avaro; celosamente, como un enamorado.

Cada día, a la puesta del sol, las cuatro puertas acorazadas de hierro que custodian los dos extremos del puente y la entrada al patio de honor, son cerradas y atrancadas. Al menor golpe, timbres eléctricos vibrarían en el silencio. Por el lado del Sena, nada que temer: la roca se alza allí a pico.

Pues bien, un viernes de septiembre, el cartero se presentó como de costumbre a la cabecera del puente. Y, según la regla cotidiana, fue el barón quien entreabrió el pesado batiente.

Examinó al hombre tan minuciosamente como si no conociera ya, desde hacía años, aquel buen rostro alegre y aquellos ojos socarrones de campesino, y el hombre le dijo riendo:

—Sigo siendo yo, señor barón. No soy otro que se ha puesto mi blusa y mi gorra.

—¿Acaso se sabe? —murmuró Cahorn.

El cartero le entregó una pila de periódicos. Luego añadió:

—Y ahora, señor barón, hay una novedad.

—¿Una novedad?

—Una carta... y certificada, además.

Aislado, sin amigo ni persona que se interesara por él, el barón no recibía nunca una carta, y aquello le pareció de inmediato un acontecimiento de mal agüero del que había que preocuparse. ¿Quién era ese misterioso corresponsal que venía a importunarlo en su retiro?

—Tiene que firmar, señor barón.

Firmó refunfuñando. Luego tomó la carta, esperó a que el cartero desapareciera al doblar la carretera, y tras dar unos pasos de un lado a otro, se apoyó en el parapeto del puente y rasgó el sobre. Contenía una hoja de papel cuadriculado con este encabezado manuscrito: Cárcel de la Santé, París. Miró la firma: Arsène Lupin. Estupefacto, leyó:

«Señor barón,

»Hay, en la galería que une sus dos salones, un cuadro de Philippe de Champaigne de excelente factura y que me agrada infinitamente. Sus Rubens son también de mi gusto, así como su Watteau más pequeño. En el salón de la derecha, anoto la credencia Luis XIII, los tapices de Beauvais, el velador Imperio firmado por Jacob y el bargueño Renacimiento. En el de la izquierda, toda la vitrina de las joyas y las miniaturas.

»Por esta vez, me contentaré con estos objetos que, creo, serán fáciles de colocar. Le ruego, pues, que los haga embalar convenientemente y los expida a mi nombre (a portes pagados), a la estación de Batignolles, antes de ocho días... de lo contrario, procederé yo mismo a su mudanza en la noche del miércoles 27 al jueves 28 de septiembre. Y, como es natural, no me contentaré con los objetos arriba indicados.

»Le ruego que disculpe la pequeña molestia que le causo y acepte la expresión de mis sentimientos de respetuosa consideración.

»ARSÈNE LUPIN.»

«P.D. —Sobre todo no me envíe el más grande de los Watteau. Aunque usted lo pagara treinta mil francos en la Casa de Subastas, no es más que una copia, ya que el original fue quemado, bajo el Directorio, por Barras, una noche de orgía. Consulte las Memorias inéditas de Garat.

»Tampoco me interesa la castellana Luis XV cuya autenticidad me parece dudosa.»

Esta carta trastornó al barón Cahorn. Firmada por cualquier otro, ya lo habría alarmado considerablemente, ¡pero firmada por Arsène Lupin!

Lector asiduo de los periódicos, al corriente de todo lo que ocurría en el mundo en materia de robos y crímenes, no ignoraba nada de las hazañas del infernal ladrón. Ciertamente, sabía que Lupin, arrestado en América por su enemigo Ganimard, estaba bien encarcelado, que se estaba instruyendo su proceso —¡con cuánta dificultad!—.

Pero también sabía que de él se podía esperar cualquier cosa. Además, ese conocimiento exacto del castillo, de la disposición de los cuadros y los muebles, era un indicio de lo más temible. ¿Quién le había informado de cosas que nadie había visto?

El barón alzó los ojos y contempló la silueta fiera del Malaquis, su pedestal abrupto, el agua profunda que lo rodea, y se encogió de hombros. No, decididamente, no había peligro alguno. Nadie en el mundo podía penetrar hasta el santuario inviolable de sus colecciones.

Nadie, de acuerdo, ¿pero Arsène Lupin? Para Arsène Lupin, ¿acaso existen puertas, puentes levadizos, murallas? ¿De qué sirven los obstáculos mejor imaginados, las precauciones más hábiles, si Arsène Lupin ha decidido alcanzar un objetivo?

Esa misma noche, escribió al fiscal de la República en Ruán. Le envió la carta de amenazas y reclamó ayuda y protección.

La respuesta no se hizo esperar: estando el susodicho Arsène Lupin actualmente detenido en la Santé, vigilado de cerca e imposibilitado para escribir, la carta no podía ser más que obra de un mistificador. Todo lo demostraba, la lógica y el buen sentido, así como la realidad de los hechos. Sin embargo, y por exceso de prudencia, se había encargado a un perito el examen de la escritura, y el perito declaraba que, a pesar de ciertas analogías, esa escritura no era la del detenido.

«A pesar de ciertas analogías», el barón no retuvo más que esas tres palabras aterradoras, en las que vio la confesión de una duda que, por sí sola, debería haber bastado para que la justicia interviniera. Sus temores se exasperaron. No dejaba de releer la

carta. «Procederé yo mismo a la mudanza». ¡Y esa fecha precisa: la noche del miércoles 27 al jueves 28 de septiembre!...

Receloso y taciturno, no se había atrevido a confiarse a sus criados, cuya lealtad no le parecía a salvo de toda prueba. Sin embargo, por primera vez en años, sentía la necesidad de hablar, de pedir consejo. Abandonado por la justicia de su país, ya no esperaba defenderse con sus propios recursos, y estuvo a punto de ir hasta París y de implorar la asistencia de algún antiguo policía.

Pasaron dos días. Al tercero, leyendo sus periódicos, se estremeció de alegría. El Réveil de Caudebec publicaba esta breve nota:

«Tenemos el placer de contar entre nosotros, desde hace casi tres semanas, con el inspector principal Ganimard, uno de los veteranos del servicio de la Sûreté. El señor Ganimard, a quien el arresto de Arsène Lupin, su última proeza, le ha valido una reputación europea, descansa de sus largas fatigas pescando gobios y alburnos.»

¡Ganimard! ¡Ahí estaba el auxiliar que buscaba el barón Cahorn! ¿Quién mejor que el retorcido y paciente Ganimard sabría desbaratar los planes de Lupin?

El barón no dudó. Seis kilómetros separan el castillo de la pequeña ciudad de Caudebec. Los recorrió con paso alegre, como un hombre sobreexcitado por la esperanza de la salvación.

Tras varios intentos infructuosos por conocer la dirección del inspector principal, se dirigió a las oficinas del Réveil, situadas en medio del muelle. Allí encontró al redactor de la nota, quien, acercándose a la ventana, exclamó:

—¿Ganimard? Pero seguro que lo encuentra usted a lo largo del muelle, con la caña en la mano. Fue allí donde trabamos conocimiento, y donde leí por casualidad su nombre grabado en la caña de pescar. Mire, el viejecito que se ve allá abajo, bajo los árboles del paseo.

—¿Con levita y sombrero de paja?

—¡Exacto! ¡Ah, un tipo curioso, poco hablador y más bien rudo!

Cinco minutos después, el barón abordaba al célebre Ganimard, se presentaba e intentaba entablar conversación. Al no conseguirlo, abordó francamente la cuestión y expuso su caso.

El otro escuchó, inmóvil, sin perder de vista el pez que acechaba, luego volvió la cabeza hacia él, lo midió de pies a cabeza con un aire de profunda piedad, y sentenció:

—Señor, no es costumbre avisar a la gente a la que se quiere desvalijar. Arsène Lupin, en particular, no comete semejantes torpezas.

—Sin embargo...

—Señor, si tuviera la menor duda, créame que el placer de meter de nuevo entre rejas a ese querido Lupin se impondría a cualquier otra consideración. Por desgracia, ese joven está bajo llave.

—¿Y si se escapa?...

—Nadie se escapa de la Santé.

—Pero él...

—Él, no más que otro.

—Sin embargo...

—Bueno, si se escapa, tanto mejor, lo volveré a atrapar. Mientras tanto, duerma usted a pierna suelta, y no espante más a ese alburno.

La conversación había terminado. El barón regresó a su casa, un poco tranquilizado por la despreocupación de Ganimard. Verificó las cerraduras, espió a los criados, y pasaron otras cuarenta y ocho horas durante las cuales casi llegó a persuadirse de que, a fin de cuentas, sus temores eran quiméricos. No, decididamente, como había dicho Ganimard, no se avisa a la gente a la que se quiere desvalijar.

La fecha se acercaba. La mañana del martes, víspera del 27, nada particular. Pero a las tres, sonó un muchacho. Traía un telegrama.

«Ningún paquete en estación Batignolles. Prepárelo todo para mañana noche.

»ARSÈNE.»

De nuevo, fue el pánico, hasta tal punto que se preguntó si no cedería a las exigencias de Arsène Lupin.

Corrió a Caudebec. Ganimard pescaba en el mismo lugar, sentado en un taburete plegable. Sin una palabra, le tendió el telegrama.

—¿Y bien? —dijo el inspector.

—¿Bien? ¡Pero si es para mañana!

—¿El qué?

—¡El robo! ¡El saqueo de mis colecciones!

Ganimard dejó la caña, se volvió hacia él y, con los brazos cruzados sobre el pecho, exclamó con tono de impaciencia:

—¡Ah, vamos! ¿Se imagina usted que voy a ocuparme de una historia tan estúpida?

—¿Qué indemnización pide por pasar la noche del 27 al 28 de septiembre en el castillo?

—Ni un céntimo, déjeme en paz.

—Fije su precio, soy rico, extremadamente rico.

La brutalidad de la oferta desconcertó a Ganimard, que repuso, más calmado:

—Estoy aquí de permiso y no tengo derecho a meterme...

—Nadie lo sabrá. Me comprometo, pase lo que pase, a guardar silencio.

—¡Oh, no pasará nada!

—Bueno, veamos, tres mil francos, ¿es suficiente?

El inspector aspiró un polvo de rapé, reflexionó, y dejó caer:

—De acuerdo. Solo que debo declararle lealmente que es dinero tirado por la ventana.

—Me da igual.

—En ese caso... Y además, después de todo, ¡quién sabe con ese diablo de Lupin! Debe de tener a sus órdenes a toda una banda... ¿Está usted seguro de sus criados?

—Pues...

—Entonces, no contemos con ellos. Voy a avisar por telegrama a dos mozos de mis amigos que nos darán más seguridad... Y ahora, váyase, que no nos vean juntos. Hasta mañana, sobre las nueve.

Al día siguiente, fecha fijada por Arsène Lupin, el barón Cahorn descolgó su panoplia, bruñó sus armas y paseó por los alrededores de Malaquis. Nada equívoco llamó su atención.

Por la noche, a las ocho y media, despidió a sus criados. Vivían en un ala que daba a la carretera, pero un poco retirada, y en el extremo del castillo. Una vez solo, abrió suavemente las cuatro puertas. Al cabo de un momento, oyó unos pasos que se acercaban.

Ganimard presentó a sus dos auxiliares, unos tipos grandes y sólidos, con cuello de toro y manos poderosas, y luego pidió ciertas explicaciones. Habiéndose hecho una idea de la disposición del lugar, cerró cuidadosamente y atrancó todas las salidas por las que se podía penetrar en las salas amenazadas. Inspeccionó los muros, levantó los tapices, y finalmente instaló a sus agentes en la galería central.

—Nada de tonterías, ¿eh? No estamos aquí para dormir. A la menor alerta, abran las ventanas del patio y llámenme. Cuidado también por el lado del agua. Diez metros de acantilado vertical, a diablos de su calibre, eso no los asusta.

Los encerró, se llevó las llaves y le dijo al barón:

—Y ahora, a nuestro puesto.

Había elegido, para pasar la noche, una pequeña habitación construida en el espesor de las murallas del recinto, entre las dos puertas principales, y que había sido antiguamente el puesto del

vigilante. Una mirilla daba al puente, otra al patio. En un rincón se veía algo así como la boca de un pozo.

—Me dijo usted, señor barón, que este pozo era la única entrada a los subterráneos, y que, desde que hay memoria de hombre, está taponada, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, a menos que exista otra salida ignorada por todos, salvo por Arsène Lupin, lo que parece un poco problemático, estamos tranquilos.

Alineó tres sillas, se tumbó cómodamente, encendió su pipa y suspiró:

—La verdad, señor barón, tengo que tener muchas ganas de añadir un piso a la casita donde debo terminar mis días, para aceptar una tarea tan elemental. Le contaré la historia a mi amigo Lupin, se partirá de risa.

El barón no reía. Con el oído atento, interrogaba el silencio con una inquietud creciente. De vez en cuando se inclinaba sobre el pozo y hundía en el agujero un ojo ansioso.

Sonaron las once, las doce, la una.

De repente, agarró el brazo de Ganimard, que se despertó sobresaltado.

—¿Oye usted?

—Sí.

—¿Qué es?

—¡Soy yo, que ronco!

—No, no, escuche...

—¡Ah, perfectamente, es la bocina de un automóvil!

—¿Y bien?

—Pues bien, es poco probable que Lupin utilice un automóvil como ariete para demoler su castillo. Así que, señor barón, en su lugar, yo dormiría... como voy a tener el honor de hacer de nuevo. Buenas noches.

Fue la única alerta. Ganimard pudo reanudar su sueño interrumpido, y el barón no oyó más que su ronquido sonoro y regular.

Al amanecer, salieron de su celda. Una gran paz serena, la paz de la mañana junto al agua fresca, envolvía el castillo. Cahorn, radiante de alegría, y Ganimard, siempre apacible, subieron la escalera. Ningún ruido. Nada sospechoso.

—¿Qué le había dicho, señor barón? En el fondo, no debería haber aceptado... Estoy avergonzado...

Tomó las llaves y entró en la galería.

Sobre dos sillas, encorvados, con los brazos colgando, los dos agentes dormían.

—¡Maldita sea! —gruñó el inspector.

En el mismo instante, el barón lanzó un grito:

—¡Los cuadros!... ¡la credencia!...

Balbuceaba, sofocado, con la mano extendida hacia los lugares vacíos, hacia los muros desnudos donde asomaban los clavos, de donde colgaban las cuerdas inútiles. ¡El Watteau, desaparecido! ¡Los Rubens, sustraídos! ¡Los tapices, descolgados! ¡Las vitrinas, vaciadas de sus joyas!

—¡Y mis candelabros Luis XVI!... ¡y el candelero de la Regencia!... ¡y mi Virgen del siglo XII!...

Corría de un lugar a otro, despavorido, desesperado. Recordaba sus precios de compra, sumaba las pérdidas sufridas, acumulaba cifras, todo ello de forma atropellada, con palabras indistintas, con frases inacabadas. Pateaba, se convulsionaba, loco de rabia y de dolor. Parecía un hombre arruinado al que solo le queda pegarse un tiro.

Si algo hubiera podido consolarlo, habría sido ver el estupor de Ganimard. Al contrario que el barón, el inspector no se movía. Parecía petrificado, y con una mirada vaga examinaba las cosas. ¿Las ventanas? Cerradas. ¿Las cerraduras de las puertas? Intactas. Ninguna brecha en el techo. Ningún agujero en el suelo. El orden era perfecto. Todo aquello debía de haberse efectuado metódicamente, según un plan inexorable y lógico.

—Arsène Lupin... Arsène Lupin —murmuró, derrumbado.

De repente, saltó sobre los dos agentes, como si la cólera lo sacudiera por fin, y los zarandeó furiosamente y los injurió. ¡No se despertaron!

—¡Diablos! —dijo—. ¿Será que por casualidad...?

Se inclinó sobre ellos y, uno tras otro, los observó con atención: dormían, pero con un sueño que no era natural.

Le dijo al barón:

—Los han dormido.

—¿Pero quién?

—¡Pues él, por supuesto!... o su banda, pero dirigida por él. Es un golpe a su manera. Lleva su sello.

—En ese caso, estoy perdido, no hay nada que hacer.

—Nada que hacer.

—Pero es abominable, es monstruoso.

—Presente una denuncia.

—¿Para qué?

—¡Hombre! Inténtelo siempre... la justicia tiene recursos...

—¡La justicia! Pero si lo ve usted mismo... Mire, en este momento, en que podría buscar un indicio, descubrir algo, ni siquiera se mueve.

—¡Descubrir algo con Arsène Lupin! Pero, mi querido señor, ¡Arsène Lupin no deja nunca nada tras de sí! ¡No hay casualidades con Arsène Lupin! ¡Llego a preguntarme si no fue voluntariamente que se dejó arrestar por mí en América!

—Entonces, ¡debo renunciar a mis cuadros, a todo! Pero si son las perlas de mi colección lo que me ha robado. Daría una fortuna por recuperarlas. Si no se puede hacer nada contra él, ¡que ponga un precio!

Ganimard lo miró fijamente.

—Esa es una palabra sensata. ¿No la retira?

—No, no, no. ¿Pero por qué?

—Una idea que tengo.

—¿Qué idea?

—Hablaremos de ello si la investigación no llega a nada... Solo que, ni una palabra sobre mí, si quiere que tenga éxito.

Añadió entre dientes:

—Y además, la verdad, no tengo de qué jactarme.

Los dos agentes recuperaban poco a poco el conocimiento con ese aire aturdido de quienes salen de un sueño hipnótico. Abrían los ojos asombrados, intentaban comprender. Cuando Ganimard los interrogó, no recordaban nada.

—Sin embargo, ¿han tenido que ver a alguien?

—No.

—¿Recuerdan?

—No, no.

—¿Y no han bebido?

Reflexionaron, y uno de ellos respondió:

—Sí, yo he bebido un poco de agua.

—¿Agua de esta jarra?

—Sí.

—Yo también —declaró el segundo.

Ganimard la olió, la probó. No tenía ningún sabor especial, ningún olor.

—Vamos —dijo—, estamos perdiendo el tiempo. No es en cinco minutos como se resuelven los problemas que plantea Arsène Lupin. Pero, ¡pardiez!, juro que lo volveré a atrapar. Él gana el segundo asalto. ¡A mí la revancha!

Ese mismo día, una denuncia por robo cualificado fue presentada por el barón de Cahorn contra Arsène Lupin, ¡detenido en la Santé!

De esa denuncia, el barón se arrepintió a menudo cuando vio el Malaquis entregado a los gendarmes, al fiscal, al juez de instrucción, a los periodistas, a todos los curiosos que se inmiscuyen por doquier no deberían estar.

El asunto ya apasionaba a la opinión pública. Se producía en condiciones tan particulares, el nombre de Arsène Lupin excitaba hasta tal punto la imaginación, que las historias más fantasiosas llenaban las columnas de los periódicos y encontraban crédito entre el público.

Pero la carta inicial de Arsène Lupin, que publicó el Écho de France (y nadie supo jamás quién había comunicado el texto), esa carta en la que se advertía descaradamente al barón Cahorn de lo que le amenazaba, causó una emoción considerable. De inmediato se propusieron explicaciones fabulosas. Se recordó la existencia de los famosos subterráneos. Y la fiscalía, influenciada, orientó sus investigaciones en ese sentido.

Se registró el castillo de arriba abajo. Se interrogó a cada una de las piedras. Se estudiaron los revestimientos de madera y las chimeneas, los marcos de los espejos y las vigas de los techos. A la luz de las antorchas, se examinaron las inmensas bodegas donde los señores de Malaquis apilaban antaño sus municiones y provisiones. Se sondearon las entrañas de la roca. Fue en vano. No se descubrió el menor vestigio de subterráneo. No existía ningún pasadizo secreto.

De acuerdo, se respondía por todas partes, pero los muebles y los cuadros no se desvanecen como fantasmas. Salen por puertas y ventanas, y la gente que se los lleva, entra y sale igualmente por puertas y ventanas. ¿Quiénes son esas personas? ¿Cómo entraron? ¿Y cómo salieron?

La fiscalía de Ruán, convencida de su impotencia, solicitó la ayuda de agentes parisinos. El señor Dudouis, jefe de la Sûreté, envió a sus mejores sabuesos de la brigada de hierro. Él mismo pasó cuarenta y ocho horas en Malaquis. Tampoco tuvo más éxito.

Fue entonces cuando mandó llamar al inspector principal Ganimard, cuyos servicios había tenido ocasión de apreciar tan a menudo.

Ganimard escuchó silenciosamente las instrucciones de su superior, luego, moviendo la cabeza, sentenció:

—Creo que se está siguiendo una pista falsa al obstinarse en registrar el castillo. La solución está en otra parte.

—¿Y dónde, pues?

—En Arsène Lupin.

—¡En Arsène Lupin! Suponer eso es admitir su intervención.

—La admito. Es más, la considero cierta.

—Vamos, Ganimard, es absurdo. Arsène Lupin está en la cárcel.

—Arsène Lupin está en la cárcel, de acuerdo. Está vigilado, se lo concedo. Pero aunque tuviera grilletes en los pies, cuerdas en las muñecas y una mordaza en la boca, no cambiaría de opinión.

—¿Y por qué esa obstinación?

—Porque, solo Arsène Lupin tiene la talla para combinar una maquinaria de esta envergadura, y combinarla de tal manera que tenga éxito... como lo ha tenido.

—¡Palabras, Ganimard!

—Que son realidades. Pero la cuestión es que no hay que buscar subterráneos, ni piedras que giran sobre un eje, ni otras patrañas de ese calibre. Nuestro individuo no emplea procedimientos tan anticuados. Es de hoy, o más bien de mañana.

—¿Y su conclusión?

—Concluyo pidiéndole claramente autorización para pasar una hora con él.

—¿En su celda?

—Sí. A la vuelta de América mantuvimos, durante la travesía, excelentes relaciones, y me atrevo a decir que siente cierta simpatía por quien supo arrestarlo. Si puede informarme sin comprometerse, no dudará en evitarme un viaje inútil.

Era algo más de mediodía cuando Ganimard fue introducido en la celda de Arsène Lupin. Este, tumbado en su cama, levantó la cabeza y lanzó un grito de alegría.

—¡Ah, esta sí que es una verdadera sorpresa! ¡El querido Ganimard, aquí!

—Él mismo.

—Deseaba muchas cosas en el retiro que he elegido... pero ninguna con más pasión que recibirle aquí.

—Demasiado amable.

—No, no, le profeso la más viva estima.

—Me enorgullece.

—Siempre lo he sostenido: Ganimard es nuestro mejor detective. Vale casi —¡ya ve qué franco soy!—, vale casi tanto como Sherlock Holmes. Pero, la verdad, lamento no tener que ofrecerle más que este taburete. ¡Y ni un refresco! ¡Ni un vaso de cerveza! Discúlpeme, estoy aquí de paso.

Ganimard se sentó sonriendo, y el prisionero reanudó, feliz de hablar:

—¡Dios mío, qué contento estoy de descansar la vista en el rostro de un hombre honrado! ¡Estoy harto de todas estas caras de espías y soplones que me registran los bolsillos y mi modesta celda diez veces al día para asegurarse de que no preparo una evasión! ¡Caramba, cómo se preocupa el gobierno por mí!...

—Tiene razón.

—¡Pues no! ¡Sería tan feliz si me dejaran vivir en mi pequeño rincón!

—Con las rentas de los demás.

—¿Verdad? ¡Sería tan simple! Pero estoy charlando, diciendo tonterías, y usted quizá tenga prisa. ¡Vayamos al grano, Ganimard! ¿A qué debo el honor de su visita?

—Al asunto Cahorn —declaró Ganimard, sin rodeos.

—¡Alto ahí! Un segundo... ¡Es que tengo tantos asuntos! Deje que encuentre primero en mi cerebro el expediente del asunto Cahorn... ¡Ah, ya está, aquí lo tengo! Asunto Cahorn, castillo de Malaquis, Sena Inferior... Dos Rubens, un Watteau y algunos objetos menudos.

—¡Menudos!

—¡Oh, a fe mía, todo eso es de mediocre importancia. ¡Hay cosas mejores! Pero basta con que el asunto le interese... Hable, pues, Ganimard.

—¿Debo explicarle en qué punto estamos de la instrucción?

—Inútil. He leído los periódicos de esta mañana. Me permitiré incluso decirle que no avanzan ustedes muy deprisa.

—Esa es precisamente la razón por la que recurro a su amabilidad.

—Enteramente a sus órdenes.

—En primer lugar, esto: ¿el asunto ha sido dirigido por usted?

—De la A a la Z.

—¿La carta de aviso? ¿El telegrama?

—De su servidor. Debo incluso tener por alguna parte los recibos.

Arsène abrió el cajón de una pequeña mesa de madera blanca que componía, con la cama y el taburete, todo el mobiliario de su celda, tomó dos trozos de papel y se los tendió a Ganimard.

—¡Ah, pero bueno! —exclamó este—, creía que lo tenían vigilado y lo registraban por cualquier cosa. Y resulta que lee usted los periódicos, colecciona los recibos de correos...

—¡Bah! ¡Esa gente es tan tonta! Descosen el forro de mi chaqueta, exploran las suelas de mis botines, auscultan las paredes de esta habitación, pero a ninguno se le ocurriría que Arsène Lupin fuera tan necio como para elegir un escondite tan fácil. Fue precisamente con eso con lo que conté.

Ganimard, divertido, exclamó:

—¡Qué tipo más curioso es usted! Me desconcierta. Vamos, cuénteme la aventura.

—¡Oh, oh! ¡Menudas prisas! ¿Iniciarle en todos mis secretos... revelarle mis pequeños trucos?... Es algo muy serio.

—¿Me equivoqué al contar con su complacencia?

—No, Ganimard, y puesto que insiste...

Arsène Lupin se paseó dos o tres veces por su celda, luego, deteniéndose:

—¿Qué piensa de mi carta al barón?

—Pienso que ha querido divertirse, impresionar un poco a la galería.

—¡Ah, eso, impresionar a la galería! Pues le aseguro, Ganimard, que lo creía más astuto. ¿Acaso me entretengo yo en esas puerilidades, yo, Arsène Lupin? ¿Habría escrito esa carta si hubiera podido desvalijar al barón sin escribirle? Pero comprenda de una vez, usted y los demás, que esa carta es el punto de partida indispensable, el resorte que puso toda la maquinaria en marcha. Veamos, procedamos por orden, y preparemos juntos, si quiere, el robo del Malaquis.

—Le escucho.

—Entonces, supongamos un castillo rigurosamente cerrado, atrincherado, como lo estaba el del barón Cahorn. ¿Voy a abandonar la partida y a renunciar a tesoros que codicio, con el pretexto de que el castillo que los contiene es inaccesible?

—Evidentemente, no.

—¿Voy a intentar el asalto como antaño, al frente de una tropa de aventureros?

—¡Infantil!

—¿Voy a introducirme sigilosamente?

—Imposible.

—Queda un medio, el único en mi opinión: que me invite el propietario de dicho castillo.

—El medio es original.

—¡Y qué fácil! Supongamos que un día, dicho propietario recibe una carta, advirtiéndole de lo que trama contra él un tal Arsène Lupin, ladrón de renombre. ¿Qué hará?

—Enviará la carta al fiscal.

—Quien se burlará de él, puesto que dicho Lupin está actualmente entre rejas. Por lo tanto, pánico del buen hombre, que está dispuesto a pedir socorro al primero que pase, ¿no es así?

—Eso está fuera de toda duda.

—Y si por casualidad lee en un periodicucho que un célebre policía está de veraneo en la localidad vecina...

—Irá a dirigirse a ese policía.

—Usted lo ha dicho. Pero, por otra parte, admitamos que, en previsión de ese paso inevitable, Arsène Lupin haya pedido a uno de sus amigos más hábiles que se instale en Caudebec, que entre en relaciones con un redactor del Réveil, periódico al que está abonado el barón, y que dé a entender que es fulano, el célebre policía, ¿qué ocurrirá?

—Que el redactor anunciará en el Réveil la presencia en Caudebec de dicho policía.

—Perfecto, y de dos cosas una: o bien el pez —quiero decir Cahorn— no muerde el anzuelo, y entonces no pasa nada. O bien, y es la hipótesis más verosímil, acude corriendo, todo alborotado. ¡Y ahí tenemos a mi Cahorn implorando contra mí la ayuda de uno de mis amigos!

—Cada vez más original.

—Por supuesto, el pseudopolicía rechaza primero su ayuda. Acto seguido, telegrama de Arsène Lupin. Espanto del barón, que suplica de nuevo a mi amigo y le ofrece una suma por velar por su

seguridad. Dicho amigo acepta, trae a dos mozos de nuestra banda que, por la noche, mientras Cahorn es vigilado por su protector, se llevan por la ventana un cierto número de objetos y los deslizan, con ayuda de cuerdas, a una buena barquita fletada ad hoc. Es simple como Lupin.

—Y es sencillamente maravilloso —exclamó Ganimard—, y no sabría alabar lo suficiente la audacia de la concepción y la ingeniosidad de los detalles. Pero no veo a ningún policía lo bastante ilustre como para que su nombre haya podido atraer, sugestionar al barón hasta ese punto.

—Hay uno, y solo hay uno.

—¿Cuál?

—El del más ilustre, el del enemigo personal de Arsène Lupin, en resumen, el del inspector Ganimard.

—¡Yo!

—Usted mismo, Ganimard. Y esto es lo delicioso: si va usted allí y el barón se decide a hablar, acabará por descubrir que su deber es arrestarse a sí mismo, como usted me arrestó a mí en América. ¡Eh! La revancha es cómica: ¡hago que Ganimard arreste a Ganimard!

Arsène Lupin reía de buena gana. El inspector, bastante molesto, se mordía los labios. La broma no le parecía merecedora de tales ataques de risa.

La llegada de un guardián le dio tiempo a reponerse. El hombre traía la comida que Arsène Lupin, por favor especial, hacía venir del restaurante vecino. Habiendo depositado la bandeja sobre la

mesa, se retiró. Arsène se instaló, partió su pan, comió dos o tres bocados y reanudó:

—Pero, esté tranquilo, mi querido Ganimard, no irá usted allí. Voy a revelarle algo que lo dejará estupefacto: el asunto Cahorn está a punto de ser archivado.

—¡Cómo!

—A punto de ser archivado, le digo.

—¡Vamos! Acabo de dejar al jefe de la Sûreté.

—¿Y qué? ¿Acaso el señor Dudouis sabe más que yo sobre lo que me concierne? Se enterará de que Ganimard —discúlpeme— que el pseudo-Ganimard ha quedado en muy buenos términos con el barón. Este, y es la razón principal por la que no ha confesado nada, le ha encargado la muy delicada misión de negociar conmigo un acuerdo y, a estas horas, a cambio de una cierta suma, es probable que el barón haya recuperado sus queridos cachivaches. A cambio de lo cual, retirará su denuncia. Por lo tanto, no hay robo. Por lo tanto, la fiscalía tendrá que abandonar...

Ganimard consideró al detenido con aire estupefacto.

—¿Y cómo sabe usted todo eso?

—Acabo de recibir el telegrama que esperaba.

—¿Acaba de recibir un telegrama?

—Al instante, querido amigo. Por cortesía, no he querido leerlo en su presencia. Pero si me lo autoriza...

—Se está usted burlando de mí, Lupin.

—Tenga la amabilidad, mi querido amigo, de descabezar suavemente este huevo pasado por agua. Comprobará por sí mismo que no me burlo de usted.

Maquinalmente, Ganimard obedeció, y rompió el huevo con la hoja de un cuchillo. Un grito de sorpresa se le escapó. La cáscara, vacía, contenía una hoja de papel azul. A ruego de Arsène, la desdobló. Era un telegrama, o más bien una parte de telegrama al que se le habían arrancado las indicaciones de la oficina de correos. Leyó:

«Acuerdo cerrado. Cien mil francos entregados. Todo bien.»

—¿Cien mil francos? —dijo.

—¡Sí, cien mil francos! Es poco, pero en fin, los tiempos son duros... ¡Y tengo unos gastos generales tan elevados! Si conociera usted mi presupuesto... ¡un presupuesto de gran ciudad!

Ganimard se levantó. Su mal humor se había disipado. Reflexionó unos segundos, abarcó de una ojeada todo el asunto, para tratar de descubrir su punto débil. Luego, sentenció con un tono en el que dejaba traslucir francamente su admiración de conocedor:

—Por suerte, no existen docenas como usted, si no, no quedaría más que cerrar el negocio.

Arsène Lupin adoptó un aire modesto y respondió:

—¡Bah! Había que distraerse, ocupar el tiempo libre... tanto más cuanto que el golpe solo podía tener éxito si yo estaba en la cárcel.

—¡Cómo! —exclamó Ganimard—. ¿Su proceso, su defensa, la instrucción, todo eso no le basta para distraerse?

—No, porque he resuelto no asistir a mi proceso.

—¡Oh, oh!

Arsène Lupin repitió sosegadamente:

—No asistiré a mi proceso.

—¡De veras!

—¡Ah, vamos, mi querido amigo! ¿Se imagina usted que voy a pudrirme sobre la paja húmeda? Me ultraja usted. Arsène Lupin no permanece en la cárcel más que el tiempo que le place, y ni un minuto más.

—Quizá hubiera sido más prudente empezar por no entrar en ella —objetó el inspector con tono irónico.

—¡Ah! ¿El señor bromea? ¿El señor recuerda que tuvo el honor de proceder a mi arresto? Sepa, mi respetable amigo, que nadie, ni usted ni ningún otro, habría podido ponerme la mano encima si un interés mucho más considerable no me hubiera solicitado en ese momento crítico.

—Me asombra.

—Una mujer me miraba, Ganimard, y yo la amaba. ¿Comprende usted todo lo que hay en el hecho de ser mirado por una mujer a la que se ama? El resto me importaba poco, se lo juro. Y por eso estoy aquí.

—Desde hace mucho tiempo, permítame señalarlo.

—Quería olvidar primero. No se ría: la aventura había sido encantadora, y todavía guardo de ella un tierno recuerdo... Y además, ¡soy un poco neurasténico! ¡La vida es tan febril en nuestros días! Hay que saber, en ciertos momentos, hacer lo que se

llama una cura de aislamiento. Este lugar es soberano para los regímenes de este tipo. Aquí se practica la cura de la Santé en todo su rigor.

—Arsène Lupin —observó Ganimard—, se está usted burlando de mí.

—Ganimard —afirmó Lupin—, hoy es viernes. El próximo miércoles, iré a fumar mi cigarro a su casa, en la rue Pergolèse, a las cuatro de la tarde.

—Arsène Lupin, le espero.

Se estrecharon la mano como dos buenos amigos que se estiman en su justo valor, y el viejo policía se dirigió hacia la puerta.

—¡Ganimard!

Este se volvió.

—¿Qué hay?

—Ganimard, olvida usted su reloj.

—¿Mi reloj?

—Sí, se ha extraviado en mi bolsillo.

Se lo devolvió, disculpándose.

—Perdóneme... una mala costumbre... Pero que me hayan quitado el mío no es razón para que yo le prive a usted del suyo. Tanto más cuanto que tengo ahí un cronómetro del que no tengo queja, y que satisface plenamente mis necesidades.

Sacó del cajón un gran reloj de oro, grueso y confortable, adornado con una pesada cadena.

—Y este, ¿de qué bolsillo viene? —preguntó Ganimard.

Arsène Lupin examinó negligentemente las iniciales.

—J. B.... ¿Quién diablos podrá ser?... ¡Ah, sí, ya recuerdo, Jules Bouvier, mi juez de instrucción, un hombre encantador...

0 4

# La fuga de Arsenio Lupin

*Empieza: «En el momento en que Arsène Lupin, terminada su comida, sacaba del bolsillo un hermoso cigarro con anilla de oro y lo...»*

---

En el momento en que Arsène Lupin, terminada su comida, sacaba del bolsillo un hermoso cigarro con anilla de oro y lo examinaba con complacencia, la puerta de la celda se abrió. Apenas tuvo tiempo de arrojarlo al cajón y de alejarse de la tabla. El guardián entró; era la hora del paseo.

—Lo esperaba, mi querido amigo —exclamó Lupin, siempre de buen humor.

Salieron. Apenas habían desaparecido al doblar la esquina del pasillo, cuando dos hombres, a su vez, penetraron en la celda y comenzaron un minucioso examen. Uno era el inspector Dieuzy; el otro, el inspector Folenfant.

Se quería zanjar el asunto. No cabía duda: Arsène Lupin mantenía comunicación con el exterior y se comunicaba con sus cómplices. La víspera misma, el Grand Journal publicaba estas líneas dirigidas a su colaborador judicial:

«Señor:

En un artículo aparecido estos días, se ha expresado usted sobre mí en términos que nada podría justificar. Unos días antes de la apertura de mi proceso, iré a pedirle cuentas.

Saludos distinguidos,

ARSÈNE LUPIN.»

La letra era, en efecto, la de Arsène Lupin. Por lo tanto, enviaba cartas. Por lo tanto, las recibía. Por lo tanto, era seguro que preparaba esa evasión anunciada por él de forma tan arrogante.

La situación se volvía intolerable. De acuerdo con el juez de instrucción, el jefe de la Sûreté, el señor Dudouis, se dirigió en persona a la Santé para exponer al director de la prisión las medidas que convenía tomar. Y, nada más llegar, envió a dos de sus hombres a la celda del detenido.

Levantaron cada una de las losas, desmontaron la cama, hicieron todo lo que se acostumbra a hacer en tales casos y, finalmente, no descubrieron nada. Iban a renunciar a sus investigaciones, cuando el guardián acudió a toda prisa y les dijo:

—El cajón... miren el cajón de la mesa. Cuando entré, me pareció que lo estaba cerrando.

Miraron, y Dieuzy exclamó:

—¡Por Dios, esta vez lo tenemos, al cliente!

Folenfant lo detuvo.

—Alto ahí, muchacho, el jefe hará el inventario.

—Sin embargo, este cigarro de lujo...

—Deja el habano y avisemos al jefe.

Dos minutos después, el señor Dudouis exploraba el cajón. Encontró primero un fajo de recortes de prensa sobre Arsène Lupin, recopilados por el Argus de la Presse, luego una bolsa de tabaco, una pipa, papel llamado de cebolla y, finalmente, dos libros.

Miró sus títulos. Eran El culto a los héroes de Carlyle, en edición inglesa, y un encantador elzeviriano, con encuadernación de la época, el Manual de Epicteto, en traducción alemana publicada en Leiden en 1634. Tras hojearlos, constató que todas las páginas estaban surcadas de marcas, subrayados y anotaciones. ¿Eran signos convencionales o bien de esas marcas que muestran el fervor que se tiene por un libro?

—Ya veremos esto en detalle —dijo el señor Dudouis.

Exploró la bolsa de tabaco, la pipa. Luego, agarrando el famoso cigarro con anilla de oro:

—¡Caramba, se cuida bien nuestro amigo! —exclamó—. ¡Un Henry Clay!

Con un gesto maquinal de fumador, se lo llevó cerca de la oreja y lo hizo crujir. Y al instante se le escapó una exclamación. El cigarro se había ablandado bajo la presión de sus dedos. Lo examinó con más atención y no tardó en distinguir algo blanco entre las hojas de tabaco. Y delicadamente, con la ayuda de un alfiler, extrajo un rollo de papel muy fino, apenas más grueso que un palillo. Era una nota. La desenrolló y leyó estas palabras, con una menuda letra de mujer:

«La cesta ha ocupado el lugar de la otra. Ocho de diez están preparadas. Al presionar con el pie exterior, la plancha se levanta de arriba abajo. De doce a dieciséis todos los días, H-P esperará. ¿Pero dónde? Respuesta inmediata. Esté tranquilo, su amiga vela por usted.»

El señor Dudouis reflexionó un instante y dijo:

—Está bastante claro... la cesta... los ocho compartimentos... De doce a dieciséis, es decir, de mediodía a cuatro de la tarde...

—Pero ese H-P, ¿quién esperará?

—H-P, en este caso, debe de significar automóvil. H-P, horse power, ¿no es así como en el lenguaje deportivo se designa la potencia de un motor? Un veinticuatro H-P es un automóvil de veinticuatro caballos.

Se levantó y preguntó:

—¿El detenido terminaba de almorzar?

—Sí.

—Y como aún no ha leído este mensaje, como demuestra el estado del cigarro, es probable que acabara de recibirlo.

—¿Cómo?

—En su comida, en medio del pan o de una patata, ¿qué sé yo?

—Imposible, solo se le autorizó a recibir comida de fuera para tenderle una trampa, y no hemos encontrado nada.

—Buscaremos la respuesta de Lupin esta noche. Por el momento, manténgalo fuera de su celda. Voy a llevar esto al señor juez de

instrucción. Si es de mi misma opinión, haremos fotografiar la carta inmediatamente, y dentro de una hora podrán volver a colocar en el cajón, además de estos objetos, un cigarro idéntico que contenga el mensaje original. Es necesario que el detenido no sospeche nada.

No sin cierta curiosidad regresó el señor Dudouis por la noche a la secretaría de la Santé en compañía del inspector Dieuzy. En un rincón, sobre la estufa, había tres platos extendidos.

—¿Ha comido?

—Sí —respondió el director.

—Dieuzy, haga el favor de cortar en trozos muy finos estas hebras de macarrones y abra este bollo de pan... ¿Nada?

—No, jefe.

El señor Dudouis examinó los platos, el tenedor, la cuchara y, finalmente, el cuchillo, un cuchillo reglamentario de hoja redonda. Hizo girar el mango hacia la izquierda, luego hacia la derecha. Hacia la derecha, el mango cedió y se desenroscó. El cuchillo era hueco y servía de estuche a una hoja de papel.

—¡Bah! —dijo—. No es muy astuto para un hombre como Arsène. Pero no perdamos tiempo. Usted, Dieuzy, vaya a investigar a ese restaurante.

Luego leyó:

«Me pongo en sus manos. H-P seguirá de lejos, cada día. Iré a su encuentro. Hasta pronto, querida y admirable amiga.»

—¡En fin! —exclamó el señor Dudouis, frotándose las manos—. Creo que el asunto va por buen camino. Un pequeño empujón por nuestra parte y la evasión tendrá éxito... al menos lo suficiente para permitirnos atrapar a los cómplices.

—¿Y si Arsène Lupin se le escurre entre los dedos? —objetó el director.

—Emplearemos el número de hombres necesario. Si, a pesar de todo, demostrara demasiada habilidad... bueno, ¡peor para él! En cuanto a la banda, ya que el jefe se niega a hablar, los otros hablarán.

Y, de hecho, no hablaba mucho, Arsène Lupin. Desde hacía meses, el señor Jules Bouvier, el juez de instrucción, se esforzaba en vano. Los interrogatorios se reducían a coloquios desprovistos de interés entre el juez y el abogado, el letrado Danval, uno de los príncipes del foro, quien, por otra parte, sabía sobre el inculpado más o menos lo mismo que cualquiera.

De vez en cuando, por cortesía, Arsène Lupin dejaba caer:

—Pues sí, señor juez, estamos de acuerdo: el robo del Crédit Lyonnais, el robo de la rue de Babylone, la emisión de billetes de banco falsos, el asunto de las pólizas de seguros, el desvalijamiento de los castillos de Armesnil, de Gouret, de Imblevain, de los Groseillers, del Malaquis, todo eso es obra de su servidor.

—Entonces, ¿podría explicarme...?

—Inútil, lo confieso todo en bloque, todo e incluso diez veces más de lo que usted supone.

Por puro agotamiento, el juez había suspendido aquellos fastidiosos interrogatorios. Tras conocer las dos notas interceptadas, los reanudó. Y, regularmente, a mediodía, Arsène Lupin era conducido, desde la Santé al Dépôt, en el furgón celular, junto con un cierto número de detenidos. Regresaban hacia las tres o las cuatro.

Pues bien, una tarde, este regreso se efectuó en condiciones particulares. Como los otros detenidos de la Santé aún no habían sido interrogados, se decidió llevar primero de vuelta a Arsène Lupin. Subió, pues, solo al vehículo.

Estos furgones celulares, vulgarmente llamados «cestas de ensalada», están divididos a lo largo por un pasillo central al que se abren diez celdas, cinco a la derecha y cinco a la izquierda. Cada una de estas celdas está dispuesta de tal manera que uno debe permanecer sentado, y que los cinco prisioneros, por consiguiente, están sentados unos sobre otros, aunque separados entre sí por tabiques paralelos. Un guardia municipal, situado en un extremo, vigila el pasillo.

Arsène fue introducido en la tercera celda de la derecha, y el pesado vehículo se puso en marcha. Se dio cuenta de que abandonaban el Quai de l'Horloge y que pasaban por delante del Palacio de Justicia. Entonces, hacia la mitad del puente de Saint-Michel, apoyó el pie exterior, es decir, el pie derecho, como hacía cada vez, sobre la plancha de chapa que cerraba su celda. Inmediatamente algo se accionó, y la plancha de chapa se apartó insensiblemente. Pudo constatar que se encontraba justo entre las dos ruedas.

Esperó, con el ojo avizor. El furgón subió al paso el bulevar Saint-Michel. En el cruce de Saint-Germain, se detuvo. El caballo de un camión se había caído. Interrumpida la circulación, muy pronto se produjo un atasco de coches de punto y ómnibus.

Arsène Lupin asomó la cabeza. Otro furgón celular estaba estacionado junto al que él ocupaba. Levantó más la chapa, puso el pie en uno de los radios de la gran rueda y saltó al suelo.

Un cochero lo vio, soltó una carcajada y luego quiso llamar. Pero su voz se perdió en el estruendo de los vehículos que reanudaban la marcha. Además, Arsène Lupin ya estaba lejos.

Había dado unos pasos corriendo; pero en la acera de la izquierda, se volvió, lanzó una mirada circular, pareció tomar el viento, como alguien que aún no sabe muy bien qué dirección va a seguir. Luego, resuelto, se metió las manos en los bolsillos y, con el aire despreocupado de un paseante que holgazanea, continuó subiendo el bulevar.

El tiempo era apacible, un tiempo feliz y ligero de otoño. Los cafés estaban llenos. Se sentó en la terraza de uno de ellos.

Pidió una cerveza y un paquete de cigarrillos. Vació su vaso a pequeños sorbos, se fumó tranquilamente un cigarrillo, encendió un segundo. Finalmente, habiéndose levantado, rogó al camarero que hiciera venir al gerente.

El gerente acudió, y Arsène le dijo, lo bastante alto para ser oído por todos:

—Lo lamento mucho, señor, he olvidado mi monedero. Quizá mi nombre le sea lo bastante conocido como para que me conceda un

crédito de unos días: Arsène Lupin.

El gerente lo miró, creyendo que era una broma. Pero Arsène repitió:

—Lupin, detenido en la Santé, actualmente en estado de evasión. Me atrevo a creer que este nombre le inspira total confianza.

Y se alejó, en medio de las risas, sin que el otro pensara en reclamarle el pago.

Atravesó la calle Soufflot en diagonal y tomó la calle Saint-Jacques. La siguió apaciblemente, deteniéndose en los escaparates y fumando cigarrillos. En el bulevar de Port-Royal, se orientó, pidió indicaciones y caminó derecho hacia la calle de la Santé. Los altos y lúgubres muros de la prisión se alzaron pronto. Tras bordearlos, llegó junto al guardia municipal que montaba facción y, quitándose el sombrero, dijo:

—¿Es esta la prisión de la Santé?

—Sí.

—Desearía regresar a mi celda. El furgón me ha dejado por el camino y no quisiera abusar...

El guardia gruñó:

—Oiga, amigo, siga su camino, y más rápido.

—Perdón, perdón, es que mi camino pasa por esta puerta. Y si impide usted a Arsène Lupin franquearla, podría costarle caro, amigo mío.

—¡Arsène Lupin! ¿Qué me está contando?

—Lamento no tener mi tarjeta —dijo Arsène, fingiendo buscar en sus bolsillos.

El guardia lo midió de pies a cabeza, estupefacto. Luego, sin una palabra, como a su pesar, tiró de una campanilla. La puerta de hierro se entreabrió.

Minutos después, el director acudió corriendo a la secretaría, gesticulando y fingiendo una cólera violenta. Arsène sonrió:

—Vamos, señor director, no se haga el listo conmigo. ¡Cómo! ¿Tienen la precaución de traerme solo en el furgón, preparan un buen atasco y se imaginan que voy a salir por piernas para reunirme con mis amigos? Y bueno, ¿y los veinte agentes de la Sûreté que nos escoltaban a pie, en coche de punto y en bicicleta? ¡No, la que me habrían liado! No habría salido vivo de esa. Dígame, señor director, ¿quizá era con eso con lo que contaban?

Se encogió de hombros y añadió:

—Le ruego, señor director, que no se preocupen por mí. El día que quiera escaparme, no necesitaré a nadie.

Dos días después, el Écho de France, que decididamente se estaba convirtiendo en el monitor oficial de las hazañas de Arsène Lupin —se decía que era uno de sus principales patrocinadores—, publicaba los detalles más completos sobre esta tentativa de evasión. El texto mismo de las notas intercambiadas entre el detenido y su misteriosa amiga, los medios empleados para esta correspondencia, la complicidad de la policía, el paseo por el bulevar Saint-Michel, el incidente del café Soufflot, todo era desvelado. Se sabía que las pesquisas del inspector Dieuzy entre los camareros del restaurante no habían dado ningún resultado. Y se

supo además algo asombroso, que mostraba la infinita variedad de recursos de que disponía este hombre: el furgón celular en el que había sido transportado era un vehículo enteramente trucado, que su banda había sustituido por uno de los seis furgones habituales que componen el servicio de prisiones.

La próxima evasión de Arsène Lupin ya no suscitaba duda alguna. Él mismo, además, la anunciaba en términos categóricos, como demostró su respuesta al señor Bouvier, al día siguiente del incidente. Cuando el juez se burló de su fracaso, él lo miró y le dijo fríamente:

—Escuche bien esto, señor, y créame bajo palabra: esta tentativa de evasión formaba parte de mi plan de evasión.

—No lo entiendo —se mofó el juez.

—Es inútil que lo entienda.

Y como el juez, en el curso de ese interrogatorio que apareció íntegramente en las columnas del Écho de France, volvía a su instrucción, él exclamó con aire de hastío:

—¡Dios mío, Dios mío, para qué! ¡Todas estas preguntas no tienen ninguna importancia!

—¿Cómo que ninguna importancia?

—Pues no, puesto que no asistiré a mi proceso.

—No asistirá...

—No, es una idea fija, una decisión irrevocable. Nada me hará ceder.

Semejante seguridad, las indiscreciones inexplicables que se cometían cada día, irritaban y desconcertaban a la justicia. Había allí secretos que solo Arsène Lupin conocía, y cuya divulgación, por consiguiente, solo podía provenir de él. Pero, ¿con qué fin los desvelaba? ¿Y cómo?

Cambiaron a Arsène Lupin de celda. Una noche, bajó al piso inferior. Por su parte, el juez cerró la instrucción y remitió el asunto a la sala de acusación.

Se hizo el silencio. Duró dos meses. Arsène los pasó tumbado en su cama, con el rostro casi siempre vuelto hacia la pared. Ese cambio de celda parecía haberlo abatido. Se negó a recibir a su abogado. Apenas intercambiaba unas palabras con sus guardianes.

En la quincena que precedió a su juicio, pareció reanimarse. Se quejó de la falta de aire. Lo hicieron salir al patio, por la mañana, muy temprano, flanqueado por dos hombres.

La curiosidad pública, sin embargo, no se había debilitado. Cada día se había esperado la noticia de su evasión. Casi se deseaba, de tanto que el personaje agradaba a la multitud con su brío, su alegría, su diversidad, su genio de invención y el misterio de su vida. Arsène Lupin debía fugarse. Era inevitable, fatal. Sorprendía incluso que tardara tanto. Todas las mañanas, el Prefecto de policía preguntaba a su secretario:

—Y bien, ¿todavía no se ha marchado?

—No, señor Prefecto.

—Será para mañana, entonces.

Y, la víspera del juicio, un señor se presentó en las oficinas del Grand Journal, preguntó por el colaborador judicial, le arrojó su tarjeta a la cara y se alejó rápidamente. En la tarjeta, estaban inscritas estas palabras: «Arsène Lupin siempre cumple sus promesas».

En estas condiciones se abrió el juicio.

La afluencia fue enorme. No había nadie que no quisiera ver al famoso Arsène Lupin y no saboreara de antemano la forma en que se burlaría del presidente. Abogados y magistrados, cronistas y gente de mundo, artistas y damas de la alta sociedad, el Tout-Paris se agolpó en los bancos de la sala.

Llovía; fuera, el día era sombrío. Se vio mal a Arsène Lupin cuando los guardias lo introdujeron. Sin embargo, su actitud pesada, la manera en que se dejó caer en su asiento, su inmovilidad indiferente y pasiva, no jugaron en su favor. Varias veces su abogado —uno de los secretarios del letrado Danval, pues este había considerado indigno de él el papel al que se veía reducido— le dirigió la palabra. Él asentía con la cabeza y callaba.

El secretario leyó el acta de acusación, y luego el presidente pronunció:

—Acusado, levántese. Su nombre, apellidos, edad y profesión.

Al no recibir respuesta, repitió:

—¿Su nombre? Le pregunto su nombre.

Una voz pastosa y cansada articuló:

—Baudru, Désiré.

Hubo murmullos. Pero el presidente replicó:

—¿Baudru, Désiré? ¡Ah, bien, un nuevo avatar! Como es aproximadamente el octavo nombre que pretende usar, y sin duda es tan imaginario como los otros, nos atendremos, si le parece bien, al de Arsène Lupin, bajo el cual es usted más ventajosamente conocido.

El presidente consultó sus notas y reanudó:

—Porque, a pesar de todas las pesquisas, ha sido imposible reconstruir su identidad. Presenta usted este caso bastante original en nuestra sociedad moderna de no tener pasado. No sabemos quién es, de dónde viene, dónde transcurrió su infancia; en resumen, nada. Surge usted de repente, hace tres años, no se sabe a ciencia cierta de qué ambiente, para revelarse de pronto como Arsène Lupin, es decir, un extraño compuesto de inteligencia y perversión, de inmoralidad y generosidad. Los datos que tenemos sobre usted antes de esa época son más bien suposiciones. Es probable que el tal Rostat que trabajó, hace ocho años, junto al prestidigitador Dickson no fuera otro que Arsène Lupin. Es probable que el estudiante ruso que frecuentó, hace seis años, el laboratorio del doctor Altier, en el hospital Saint-Louis, y que a menudo sorprendió al maestro por la ingenuidad de sus hipótesis sobre bacteriología y la audacia de sus experimentos en las enfermedades de la piel, no fuera otro que Arsène Lupin. Arsène Lupin, igualmente, el profesor de lucha japonesa que se estableció en París mucho antes de que se hablara del jiu-jitsu. Arsène Lupin, creemos, el ciclista que ganó el Gran Premio de la Exposición, cobró sus 10.000 francos y no volvió a aparecer. Arsène Lupin,

quizá también, aquel que salvó a tanta gente por el pequeño tragaluz del Bazar de la Caridad... y los desvalijó.

Y, tras una pausa, el presidente concluyó:

—Tal es esta época, que parece no haber sido más que una preparación minuciosa para la lucha que ha emprendido usted contra la sociedad, un aprendizaje metódico en el que llevó al más alto grado su fuerza, su energía y su destreza. ¿Reconoce la exactitud de estos hechos?

Durante este discurso, el acusado se había balanceado de una pierna a otra, con la espalda encorvada y los brazos inertes. Bajo la luz más viva, se notó su extrema delgadez, sus mejillas hundidas, sus pómulos extrañamente salientes, su rostro color tierra, veteado de pequeñas placas rojas y enmarcado por una barba desigual y rala. La prisión lo había envejecido y marchitado considerablemente. Ya no se reconocía la silueta elegante y el rostro joven cuyo retrato simpático los periódicos habían publicado tan a menudo.

Se diría que no había oído la pregunta que se le formulaba. Se la repitieron dos veces. Entonces levantó los ojos, pareció reflexionar y, haciendo un esfuerzo violento, murmuró:

—Baudru, Désiré.

El presidente se echó a reír.

—No acabo de entender el sistema de defensa que ha adoptado, Arsène Lupin. Si se trata de hacerse el imbécil y el irresponsable, es usted muy libre. En cuanto a mí, iré directo al grano sin preocuparme de sus fantasías.

Y entró en el detalle de los robos, estafas y falsificaciones imputados a Lupin. A veces interrogaba al acusado. Este emitía un gruñido o no respondía.

Comenzó el desfile de testigos. Hubo varias deposiciones insignificantes, otras más serias, que todas tenían el carácter común de contradecirse unas a otras. Una oscuridad turbadora envolvía los debates, pero el inspector principal Ganimard fue introducido, y el interés se reavivó.

Desde el principio, sin embargo, el viejo policía causó una cierta decepción. No parecía intimidado —había visto cosas peores— sino inquieto, incómodo. Varias veces, volvió los ojos hacia el acusado con una turbación visible. Sin embargo, con ambas manos apoyadas en la barra, relató los incidentes en los que se había visto envuelto, su persecución a través de Europa, su llegada a América. Y se le escuchaba con avidez, como se escucharía el relato de las más apasionantes aventuras. Pero, hacia el final, habiendo aludido a sus conversaciones con Arsène Lupin, se detuvo en dos ocasiones, distraído, indeciso.

Estaba claro que otro pensamiento lo obsesionaba. El presidente le dijo:

—Si no se encuentra bien, sería mejor interrumpir su testimonio.

—No, no, solo que...

Calló, miró al acusado larga, profundamente, y luego dijo:

—Solicito permiso para examinar al acusado más de cerca. Hay aquí un misterio que necesito esclarecer.

Se acercó, lo consideró aún más largamente, con toda su atención concentrada, y luego regresó a la barra. Y allí, con un tono un tanto solemne, pronunció:

—Señor presidente, afirmo que el hombre que está aquí, frente a mí, no es Arsène Lupin.

Un gran silencio acogió estas palabras. El presidente, desconcertado al principio, exclamó:

—¡Vamos! ¿Qué dice? ¡Está usted loco!

El inspector afirmó sosegadamente:

—A primera vista, uno puede dejarse engañar por un parecido que, en efecto, existe, lo admito, pero basta un segundo de atención. La nariz, la boca, el pelo, el color de la piel... en fin, qué: no es Arsène Lupin. ¡Y los ojos! ¿Acaso ha tenido él alguna vez esos ojos de alcohólico?

—Veamos, veamos, expliquémonos. ¿Qué pretende, testigo?

—¡Qué sé yo! Habrá puesto en su lugar a un pobre diablo que iban a condenar en su lugar... A menos que sea un cómplice.

Gritos, risas, exclamaciones surgían de todos lados en la sala, agitada por este inesperado golpe de efecto. El presidente mandó llamar al juez de instrucción, al director de la Santé, a los guardianes, y suspendió la audiencia.

Al reanudarse, el señor Bouvier y el director, puestos en presencia del acusado, declararon que entre Arsène Lupin y este hombre solo había una muy vaga similitud de rasgos.

—Pero entonces —exclamó el presidente—, ¿quién es este hombre? ¿De dónde viene? ¿Cómo se encuentra en manos de la justicia?

Se introdujo a los dos guardianes de la Santé. ¡Asombrosa contradicción: reconocieron al detenido que vigilaban por turnos! El presidente respiró.

Pero uno de los guardianes añadió:

—Sí, sí, creo que es él.

—¿Cómo que cree?

—Hombre, apenas lo he visto. Me lo entregaron por la noche y, desde hace dos meses, permanece siempre acostado de cara a la pared.

—Pero, ¿y antes de esos dos meses?

—Ah, antes no ocupaba la celda 24.

El director de la prisión precisó este punto:

—Cambiamos al detenido de celda tras su intento de evasión.

—Pero usted, señor director, ¿lo ha visto en estos dos meses?

—No he tenido ocasión de verlo... se estaba quieto.

—¿Y este hombre no es el detenido que le fue entregado?

—No.

—Entonces, ¿quién es?

—No sabría decir.

—Estamos, pues, en presencia de una sustitución que se habría efectuado hace dos meses. ¿Cómo lo explica?

—Es imposible.

—¿Entonces?

Desesperado, el presidente se volvió hacia el acusado y, con voz amable:

—Veamos, acusado, ¿podría explicarme cómo y desde cuándo está usted en manos de la justicia?

Se diría que este tono benévolo desarmó la desconfianza o estimuló el entendimiento del hombre. Intentó responder. Finalmente, interrogado con habilidad y dulzura, logró reunir algunas frases, de las que se desprendía lo siguiente: dos meses atrás, lo habían llevado al Dépôt. Había pasado allí una noche y una mañana. Poseedor de una suma de setenta y cinco céntimos, había sido puesto en libertad. Pero, mientras atravesaba el patio, dos guardias lo tomaron del brazo y lo condujeron al furgón celular. Desde entonces, vivía en la celda 24, no estaba mal... se comía bien... no se dormía mal... Así que no había protestado...

Todo esto parecía verosímil. En medio de risas y de una gran efervescencia, el presidente aplazó el caso para otra sesión a fin de realizar una investigación suplementaria.

La investigación, de inmediato, estableció este hecho consignado en el registro de la cárcel: ocho semanas antes, un tal Baudru Désiré había pasado la noche en el Dépôt. Liberado al día siguiente, abandonó el Dépôt a las dos de la tarde. Pues bien, ese día, a las

dos, interrogado por última vez, Arsène Lupin salía de la instrucción y partía de nuevo en el furgón celular.

¿Habían cometido un error los guardianes? Engañados por el parecido, ¿habían ellos mismos, en un minuto de distracción, sustituido a este hombre por su prisionero? Haría falta que hubieran puesto en ello una complacencia que sus hojas de servicio no permitían suponer.

¿Estaba la sustitución combinada de antemano? Además de que la disposición de los lugares hacía la cosa casi irrealizable, habría sido necesario en ese caso que Baudru fuera un cómplice, y que se hubiera hecho arrestar con el propósito preciso de ocupar el lugar de Arsène Lupin. Pero entonces, ¿por qué milagro un plan semejante, basado únicamente en una serie de casualidades inverosímiles, encuentros fortuitos y errores fabulosos, había podido tener éxito?

Se hizo pasar a Désiré Baudru por el servicio antropométrico: no había fichas que correspondieran a su descripción. Por lo demás, se encontraron fácilmente sus huellas. En Courbevoie, en Asnières, en Levallois, era conocido. Vivía de limosnas y dormía en una de esas chabolas de traperos que se amontonan cerca de la barrera de Ternes. Sin embargo, desde hacía un año había desaparecido.

¿Había sido contratado por Arsène Lupin? Nada autorizaba a creerlo. Y aunque así hubiera sido, no se habría sabido más sobre la fuga del prisionero. El prodigio seguía siendo el mismo. De las veinte hipótesis que intentaban explicarlo, ninguna era satisfactoria. Solo la evasión no ofrecía dudas, y una evasión incomprensible, impresionante, en la que el público, al igual que la justicia, sentía el esfuerzo de una larga preparación, un conjunto de

actos maravillosamente entrelazados, y cuyo desenlace justificaba la orgullosa predicción de Arsène Lupin: «No asistiré a mi proceso».

Al cabo de un mes de minuciosas investigaciones, el enigma se presentaba con el mismo carácter indescifrable. Sin embargo, no se podía retener indefinidamente a ese pobre diablo de Baudru. Su juicio habría sido ridículo: ¿qué cargos había contra él? Su puesta en libertad fue firmada por el juez de instrucción. Pero el jefe de la Sûreté resolvió establecer a su alrededor una vigilancia activa.

La idea provenía de Ganimard. Desde su punto de vista, no había ni complicidad ni azar. Baudru era un instrumento del que Arsène Lupin se había servido con su extraordinaria habilidad. Una vez Baudru libre, a través de él se llegaría hasta Arsène Lupin o, al menos, hasta alguien de su banda.

Se unieron a Ganimard los dos inspectores Folenfant y Dieuzy, y una mañana de enero, en un día brumoso, las puertas de la prisión se abrieron ante Baudru Désiré.

Al principio pareció bastante desconcertado, y caminó como un hombre que no tiene ideas muy precisas sobre el empleo de su tiempo. Siguió la calle de la Santé y la calle Saint-Jacques. Delante de la tienda de un ropavejero, se quitó la chaqueta y el chaleco, vendió el chaleco por unas pocas monedas y, poniéndose de nuevo la chaqueta, se marchó.

Cruzó el Sena. En el Châtelet, un ómnibus lo adelantó. Quiso subir. No había sitio. Como el cobrador le aconsejó que tomara un número, entró en la sala de espera.

En ese momento, Ganimard llamó a sus dos hombres y, sin perder de vista la oficina, les dijo apresuradamente:

—Paren un coche... no, dos, es más prudente. Yo iré con uno de ustedes y lo seguiremos.

Los hombres obedecieron. Baudru, sin embargo, no aparecía. Ganimard se adelantó: no había nadie en la sala.

—Idiota de mí —murmuró—, olvidaba la segunda salida.

La oficina comunica, en efecto, por un pasillo interior, con la de la calle Saint-Martin. Ganimard se lanzó. Llegó justo a tiempo para ver a Baudru en la imperial del ómnibus Batignolles-Jardin des Plantes que doblaba la esquina de la calle de Rivoli. Corrió y alcanzó el vehículo. Pero había perdido a sus dos agentes. Estaba solo para continuar la persecución.

En su furia, estuvo a punto de agarrarlo por el cuello sin más formalidades. ¿No era con premeditación y mediante una astuta treta como este supuesto imbécil lo había separado de sus auxiliares?

Miró a Baudru. Dormitaba en el banco, y su cabeza se balanceaba de derecha a izquierda. Con la boca entreabierta, su rostro tenía una increíble expresión de estupidez. No, aquel no era un adversario capaz de engañar al viejo Ganimard. La casualidad lo había favorecido, eso era todo.

En el cruce de las Galerías Lafayette, el hombre saltó del ómnibus al tranvía de la Muette. Siguieron el bulevar Haussmann, la avenida Victor-Hugo. Baudru no descendió hasta la estación de la Muette. Y con paso nonchalante se adentró en el Bois de Boulogne.

Pasaba de una avenida a otra, volvía sobre sus pasos, se alejaba. ¿Qué buscaba? ¿Tenía un objetivo?

Tras una hora de estas idas y venidas, parecía agotado de fatiga. De hecho, al ver un banco, se sentó. El lugar, situado no lejos de Auteuil, a orillas de un pequeño lago escondido entre los árboles, estaba absolutamente desierto. Transcurrió media hora. Impaciente, Ganimard resolvió entablar conversación.

Se acercó, pues, y tomó asiento junto a Baudru. Encendió un cigarrillo, trazó círculos en la arena con la punta de su bastón y dijo:

—No hace calor.

Un silencio. Y de repente, en ese silencio, resonó una carcajada, pero una risa alegre, feliz, la risa de un niño al que le da un ataque de risa y no puede evitar reír. Clara, realmente, Ganimard sintió que los pelos se le erizaban sobre el cuero cabelludo. ¡Esa risa, esa risa infernal que tan bien conocía!...

Con un gesto brusco, agarró al hombre por las solapas de su chaqueta y lo miró profunda, violentamente, mejor aún que como lo había mirado en el tribunal, y en verdad ya no fue al hombre a quien vio. Era el hombre, pero era al mismo tiempo el otro, el verdadero.

Ayudado por una voluntad cómplice, reencontró la vida ardiente de los ojos, completó la máscara demacrada, vislumbró la carne real bajo la epidermis estropeada, la boca real a través del rictus que la deformaba. Y eran los ojos del otro, la boca del otro, era sobre todo su expresión aguda, viva, burlona, ingeniosa, ¡tan clara y tan joven!

—Arsène Lupin, Arsène Lupin —balbuceó.

Y súbitamente, preso de rabia, apretándole la garganta, intentó derribarlo. A pesar de sus cincuenta años, aún gozaba de un vigor poco común, mientras que su adversario parecía en bastante mala condición. Y además, ¡qué golpe maestro si lograba traerlo de vuelta!

La lucha fue corta. Arsène Lupin apenas se defendió y, tan rápidamente como había atacado, Ganimard lo soltó. Su brazo derecho colgaba inerte, entumecido.

—Si en el Quai des Orfèvres les enseñaran jiu-jitsu —declaró Lupin —, sabrían que este golpe se llama ude-hishigi en japonés.

Y añadió fríamente:

—Un segundo más y le rompía el brazo, y no habría tenido más que lo que se merecía. ¡Cómo! Usted, un viejo amigo al que estimo, ante quien desvelo espontáneamente mi incógnito, ¡abusa de mi confianza! Eso está mal... Y bien, ¿qué le pasa?

Ganimard callaba. Esta evasión de la que se sentía responsable —¿no era él quien, con su sensacional deposición, había inducido a error a la justicia?— le parecía la vergüenza de su carrera. Una lágrima rodó hacia su bigote gris.

—¡Ay, Dios mío, Ganimard, no se angustie! Si usted no hubiera hablado, me las habría arreglado para que otro hablara. Vamos, ¿podía yo admitir que condenaran a Baudru Désiré?

—Entonces —murmuró Ganimard—, ¿era usted quien estaba allí? ¿Es usted quien está aquí?

—Yo, siempre yo, únicamente yo.

—¿Es posible?

—Oh, no hace falta ser un brujo. Basta, como dijo aquel buen presidente, con prepararse durante una docena de años para estar listo para todas las eventualidades.

—¿Pero su rostro? ¿Sus ojos?

—Comprenderá que si trabajé dieciocho meses en Saint-Louis con el doctor Altier, no fue por amor al arte. Pensé que aquel que un día tuviera el honor de llamarse Arsène Lupin, debía sustraerse a las leyes ordinarias de la apariencia y de la identidad. ¿La apariencia? Pero se modifica a voluntad. Tal inyección hipodérmica de parafina le hincha la piel justo en el lugar elegido. El ácido pirogálico lo transforma en un mohicano. El jugo de la celidonia mayor lo adorna con herpes y tumores del más feliz efecto. Tal procedimiento químico actúa sobre el crecimiento de su barba y de su pelo; tal otro, sobre el tono de su voz. Añada a eso dos meses de dieta en la celda n.º 24, ejercicios repetidos mil veces para abrir la boca según ese rictus, para llevar la cabeza según esa inclinación y mi espalda según esa curva. Finalmente, cinco gotas de atropina en los ojos para que parezcan desorbitados y huidizos, y listo.

—No concibo que los guardianes...

—La metamorfosis fue progresiva. No pudieron notar su evolución cotidiana.

—¿Pero Baudru Désiré?

—Baudru existe. Es un pobre inocente que encontré el año pasado y que, la verdad, no deja de ofrecer cierta analogía de rasgos

conmigo. En previsión de un arresto siempre posible, lo puse a buen recaudo y me apliqué a discernir desde el principio los puntos de desemejanza que nos separaban, para atenuarlos en mí tanto como fuera posible. Mis amigos le hicieron pasar una noche en el Dépôt, de manera que saliera más o menos a la misma hora que yo, y que la coincidencia fuera fácil de constatar. Porque, nótelo, era necesario que se encontrara el rastro de su paso, sin lo cual la justicia se habría preguntado quién era yo. Mientras que, ofreciéndole a este excelente Baudru, era inevitable, ¿me oye?, inevitable que se lanzaran sobre él, y que a pesar de las dificultades insuperables de una sustitución, prefirieran creer en la sustitución antes que confesar su ignorancia.

—Sí, sí, en efecto —murmuró Ganimard.

—Y además —exclamó Arsène Lupin—, tenía en mis manos un as formidable, una carta amañada por mí desde el principio: la expectación en la que todo el mundo estaba de mi evasión. Y ese es el error garrafal en el que cayeron ustedes, y los demás, en esta apasionante partida que la justicia y yo habíamos entablado, y cuya apuesta era mi libertad: supusieron una vez más que actuaba por fanfarronería, que estaba embriagado por mis éxitos como un pipiolo. ¡Yo, Arsène Lupin, semejante debilidad! Y, al igual que en el asunto Cahorn, no se dijeron: «Desde el momento en que Arsène Lupin grita a los cuatro vientos que se evadirá, es que tiene razones que lo obligan a gritarlo». Pero, ¡pardiez, comprendan que para evadirme... sin evadirme, era necesario que se creyera de antemano en esa evasión, que fuera un artículo de fe, una convicción absoluta, una verdad resplandeciente como el sol! Y así fue, por mi voluntad. Arsène Lupin se evadiría, Arsène Lupin no asistiría a su proceso. Y cuando usted se levantó para decir: «este hombre no es

Arsène Lupin», habría sido sobrenatural que todo el mundo no creyera inmediatamente que yo no era Arsène Lupin. Que una sola persona dudara, que una sola emitiera esta simple restricción: «¿Y si fuera Arsène Lupin?», en ese mismo instante, estaba perdido. Bastaba con inclinarse hacia mí, no con la idea de que yo no era Arsène Lupin, como hicieron usted y los otros, sino con la idea de que podía ser Arsène Lupin, y a pesar de todas mis precauciones, me habrían reconocido. Pero yo estaba tranquilo. Lógica y psicológicamente, nadie podía tener esa simple y pequeña idea.

Agarró de repente la mano de Ganimard.

—Vamos, Ganimard, admita que ocho días después de nuestro encuentro en la prisión de la Santé, ¿me esperó usted a las cuatro en su casa, como le había rogado?

—¿Y su furgón celular? —dijo Ganimard, evitando responder.

—¡Pura fanfarronada! Fueron mis amigos quienes apañaron y sustituyeron ese viejo vehículo fuera de uso y quienes querían intentar el golpe. Pero yo sabía que era impracticable sin un cúmulo de circunstancias excepcionales. Solo que me pareció útil rematar esa tentativa de evasión y darle la mayor publicidad. Una primera evasión audazmente combinada daba a la segunda el valor de una evasión realizada de antemano.

—De modo que el cigarro...

—Ahuecado por mí, así como el cuchillo.

—¿Y las notas?

—Escritas por mí.

—¿Y la misteriosa corresponsal?

—Ella y yo somos uno. Domino todas las caligrafías a voluntad.

Ganimard reflexionó un instante y objetó:

—¿Cómo es posible que en el servicio de antropometría, cuando tomaron la ficha de Baudru, no se dieran cuenta de que coincidía con la de Arsène Lupin?

—La ficha de Arsène Lupin no existe.

—¡Vamos!

—O al menos es falsa. Es una cuestión que he estudiado mucho. El sistema Bertillon comprende primero la reseña visual —y ya ve que no es infalible— y luego la reseña por medidas: medida de la cabeza, de los dedos, de las orejas, etc. Contra eso no hay nada que hacer.

—¿Entonces?

—Entonces hubo que pagar. Incluso antes de mi regreso de América, uno de los empleados del servicio aceptó una suma por inscribir una medida falsa al principio de mi medición. Eso es suficiente para que todo el sistema se desvíe y que una ficha se oriente hacia una casilla diametralmente opuesta a la que debía llegar. La ficha de Baudru, por tanto, no debía coincidir con la ficha de Arsène Lupin.

Hubo otro silencio, luego Ganimard preguntó:

—Y ahora, ¿qué va a hacer?

—Ahora —exclamó Lupin—, voy a descansar, a seguir un régimen de sobrealimentación y, poco a poco, a volver a ser yo mismo. Está

muy bien ser Baudru u otro, cambiar de personalidad como de camisa y elegir la apariencia, la voz, la mirada, la escritura. Pero llega un momento en que uno ya no se reconoce en todo eso y es muy triste. Actualmente siento lo que debía de sentir el hombre que perdió su sombra. Voy a buscarme... y a encontrarme.

Se paseó de un lado a otro. Un poco de oscuridad se mezclaba con la luz del día. Se detuvo ante Ganimard.

—No nos queda nada más que decirnos, ¿creo?

—Sí —respondió el inspector—, me gustaría saber si revelará usted la verdad sobre su evasión... El error que cometí...

—¡Oh! Nadie sabrá jamás que fue a Arsène Lupin a quien liberaron. Tengo demasiado interés en acumular a mi alrededor las tinieblas más misteriosas como para no dejar a esta evasión su carácter casi milagroso. Así que, no tema nada, mi buen amigo, y adiós. Ceno fuera esta noche, y apenas tengo tiempo para vestirme.

—¡Le creía tan deseoso de descansar!

—Ay, hay obligaciones mundanas a las que uno no puede sustraerse. El descanso comenzará mañana.

—¿Y dónde cena usted?

—En la embajada de Inglaterra.

05

# El viajero misterioso

*Empieza: «La víspera, había enviado mi automóvil a Ruán por carretera. Debía reunirme con él allí en tren y, desde allí, dirigirme a...»*

---

La víspera, había enviado mi automóvil a Ruán por carretera. Debía reunirme con él allí en tren y, desde allí, dirigirme a casa de unos amigos que viven a orillas del Sena.

Pues bien, en París, unos minutos antes de la partida, siete señores invadieron mi compartimento; cinco de ellos fumaban. Por corto que sea el trayecto en el rápido, la perspectiva de efectuarlo en semejante compañía me resultó desagradable, tanto más cuanto que el vagón, de modelo antiguo, no tenía pasillo. Tomé, pues, mi abrigo, mis periódicos, mi guía de horarios, y me refugié en uno de los compartimentos vecinos.

Una dama se encontraba allí. Al verme, tuvo un gesto de contrariedad que no se me escapó, y se inclinó hacia un señor plantado en el estribo, su marido, sin duda, que la había acompañado a la estación. El señor me observó y el examen terminó probablemente a mi favor, pues habló en voz baja a su mujer, sonriendo, con el aire con que se tranquiliza a un niño que tiene miedo. Ella sonrió a su vez, y me lanzó una mirada amigable, como si comprendiera de repente que yo era uno de esos hombres galantes con los que una mujer puede permanecer encerrada dos

horas, en una pequeña caja de seis pies cuadrados, sin tener nada que temer.

Su marido le dijo:

—No te enfadarás conmigo, querida, pero tengo una cita urgente y no puedo esperar.

La besó afectuosamente y se marchó. Su mujer le envió por la ventana pequeños besos discretos y agitó su pañuelo.

Pero sonó un silbato. El tren se puso en marcha.

En ese preciso instante, y a pesar de las protestas de los empleados, la puerta se abrió y un hombre irrumpió en nuestro compartimento. Mi compañera, que estaba de pie en ese momento y colocaba sus cosas en la red, lanzó un grito de terror y cayó sobre el asiento.

No soy cobarde, ni mucho menos, pero confieso que estas irrupciones de última hora son siempre penosas. Parecen equívocas, poco naturales. Debe de haber algo detrás, si no...

El aspecto del recién llegado, sin embargo, y su actitud, habrían atenuado más bien la mala impresión producida por su acto. Corrección, casi elegancia, una corbata de buen gusto, guantes limpios, un rostro enérgico... Pero, a propósito, ¿dónde diablos había visto yo ese rostro? Porque no cabía duda, lo había visto. O, más exactamente, encontraba en mí esa especie de recuerdo que deja la visión de un retrato varias veces contemplado y cuyo original nunca se ha visto. Y, al mismo tiempo, sentía la inutilidad de todo esfuerzo de memoria, tan inconsistente y vago era ese recuerdo.

Pero, al volver mi atención hacia la dama, me quedé estupefacto por su palidez y el trastorno de sus facciones. Miraba a su vecino —estaban sentados en el mismo lado— con una expresión de verdadero espanto, y constaté que una de sus manos, temblorosa, se deslizaba hacia un pequeño bolso de viaje colocado en el asiento a veinte centímetros de sus rodillas. Acabó por cogerlo y, nerviosamente, lo atrajo hacia sí.

Nuestros ojos se encontraron, y leí en los suyos tanto malestar y ansiedad que no pude evitar decirle:

—¿No se encuentra mal, señora?... ¿Debo abrir esta ventana?

Sin responderme, me señaló con un gesto temeroso al individuo. Sonreí como había hecho su marido, me encogí de hombros y le expliqué por señas que no tenía nada que temer, que yo estaba allí y que, por otra parte, aquel señor parecía muy inofensivo.

En ese instante, él se volvió hacia nosotros, nos consideró a uno tras otro de pies a cabeza, luego se hundió en su rincón y no se movió más.

Hubo un silencio, pero la dama, como si hubiera reunido toda su energía para cometer un acto desesperado, me dijo con una voz apenas inteligible:

—¿Sabe que está en nuestro tren?

—¿Quién?

—Pues él... él... se lo aseguro.

—¿Quién, él?

—¡Arsène Lupin!

No había apartado los ojos del viajero y era a él, más que a mí, a quien lanzó las sílabas de ese inquietante nombre.

Él se caló el sombrero hasta la nariz. ¿Era para ocultar su turbación o, simplemente, se preparaba para dormir?

Hice esta objeción:

—Arsène Lupin fue condenado ayer, en rebeldía, a veinte años de trabajos forzados. Por tanto, es poco probable que cometa hoy la imprudencia de mostrarse en público. Además, ¿no han señalado los periódicos su presencia en Turquía este invierno, desde su famosa evasión de la Santé?

—Está en este tren —repitió la dama, con la intención cada vez más marcada de ser oída por nuestro compañero—, mi marido es subdirector de los servicios penitenciarios, y fue el propio comisario de la estación quien nos dijo que buscaban a Arsène Lupin.

—Esa no es razón...

—Lo han visto en la sala de los pasos perdidos. Ha comprado un billete de primera clase para Ruán.

—Era fácil echarle el guante.

—Ha desaparecido. El revisor, a la entrada de las salas de espera, no lo vio, pero se suponía que había pasado por los andenes de cercanías y que había subido al expreso que sale diez minutos después que el nuestro.

—En ese caso, lo habrán atrapado allí.

—¿Y si, en el último momento, ha saltado de ese expreso para venir aquí, a nuestro tren... como es probable... como es seguro?

—En ese caso, será aquí donde lo atrapen. Porque los empleados y los agentes no habrán dejado de ver ese paso de un tren a otro y, cuando lleguemos a Ruán, lo cogerán limpiamente.

—¡A él, jamás! Encontrará la manera de escapar de nuevo.

—En ese caso, le deseo buen viaje.

—¡Pero de aquí a entonces, todo lo que puede hacer!

—¿El qué?

—¿Qué sé yo? ¡Hay que esperarse cualquier cosa!

Estaba muy agitada y, de hecho, la situación justificaba hasta cierto punto esa sobreexcitación nerviosa. Casi a mi pesar, le dije:

—Hay, en efecto, coincidencias curiosas... Pero tranquilícese. Admitiendo que Arsène Lupin esté en uno de estos vagones, se estará muy quieto y, antes que buscarse nuevos problemas, no tendrá otra idea que evitar el peligro que lo amenaza.

Mis palabras no la tranquilizaron. Sin embargo, se calló, temiendo sin duda ser indiscreta.

Yo desplegué mis periódicos y leí las crónicas del proceso de Arsène Lupin. Como no contenían nada que no se supiera ya, me interesaron mediocremente. Además, estaba cansado, había dormido mal, sentí que mis párpados se volvían pesados y mi cabeza se inclinaba.

—¡Pero, señor, no se va a dormir!

La dama me arrancó los periódicos y me miró con indignación.

—Evidentemente no —respondí—, no tengo ninguna gana.

—Sería de la mayor imprudencia —me dijo.

—De la mayor —repetí.

Y luché enérgicamente, aferrándome al paisaje, a las nubes que surcaban el cielo. Y pronto todo aquello se desdibujó en el espacio, la imagen de la dama agitada y del señor adormilado se borró de mi mente, y se hizo en mí el gran, el profundo silencio del sueño.

Sueños inconsistentes y ligeros pronto lo aderezaron; un ser que desempeñaba el papel y llevaba el nombre de Arsène Lupin ocupaba en ellos un cierto lugar. Evolucionaba en el horizonte, con la espalda cargada de objetos preciosos, atravesaba muros y desvalijaba castillos.

Pero la silueta de ese ser, que por otra parte ya no era Arsène Lupin, se precisó. Venía hacia mí, se hacía cada vez más grande, saltaba al vagón con una agilidad increíble y caía en pleno sobre mi pecho.

Un dolor agudo... un grito desgarrador... Me desperté. El hombre, el viajero, con una rodilla sobre mi pecho, me apretaba la garganta.

Lo vi muy vagamente, pues mis ojos estaban inyectados en sangre. Vi también a la dama que se convulsionaba en un rincón, presa de un ataque de nervios. Ni siquiera intenté resistir. Por otra parte, no habría tenido fuerzas: las sienes me zumbaban, me asfixiaba... jadeaba... Un minuto más... y sería la asfixia.

El hombre debió de sentirlo. Aflojó su presa. Sin apartarse, con la mano derecha, tendió una cuerda en la que había preparado un nudo corredizo y, con un gesto seco, me ató ambas muñecas. En un instante, fui maniatado, amordazado, inmovilizado.

Y realizó esta tarea de la manera más natural del mundo, con una soltura en la que se revelaba el saber de un maestro, de un profesional del robo y del crimen. Ni una palabra, ni un movimiento febril. Sangre fría y audacia. ¡Y allí estaba yo, en el asiento, atado como una momia, yo, Arsène Lupin!

La verdad, era para reírse. Y, a pesar de la gravedad de las circunstancias, no dejaba de apreciar todo lo que la situación tenía de irónico y sabroso. ¡Arsène Lupin engañado como un novato! ¡Desvalijado como el primero que pasa —porque, por supuesto, el bandido me aligeró de mi bolsa y mi cartera!— Arsène Lupin, víctima a su vez, burlado, vencido... ¡Qué aventura!

Quedaba la dama. Ni siquiera le prestó atención. Se contentó con recoger el pequeño bolso que yacía en la alfombra y extraer de él las joyas, el monedero, los objetos de oro y plata que contenía. La dama abrió un ojo, se estremeció de espanto, se quitó los anillos y se los tendió al hombre como si hubiera querido ahorrarle todo esfuerzo inútil. Él tomó los anillos y la miró: ella se desmayó.

Entonces, siempre silencioso y tranquilo, sin ocuparse más de nosotros, regresó a su sitio, encendió un cigarrillo y se entregó a un examen profundo de los tesoros que había conquistado, examen que pareció satisfacerlo por completo.

Yo estaba mucho menos satisfecho. No hablo de los doce mil francos de los que me habían despojado indebidamente: era un

perjuicio que solo aceptaba momentáneamente, y contaba con que esos doce mil francos volverían a mi poder en el más breve plazo, así como los papeles muy importantes que contenía mi cartera: proyectos, presupuestos, direcciones, listas de corresponsales, cartas comprometedoras. Pero, por el momento, una preocupación más inmediata y más seria me atormentaba:

¿Qué iba a ocurrir?

Como es de suponer, la agitación causada por mi paso a través de la estación de Saint-Lazare no se me había escapado. Invitado en casa de unos amigos a los que frecuentaba bajo el nombre de Guillaume Berlat, y para quienes mi parecido con Arsène Lupin era motivo de bromas afectuosas, no había podido disfrazarme a mi antojo, y mi presencia había sido señalada. Además, se había visto a un hombre, Arsène Lupin sin duda, precipitarse del expreso al rápido. Por tanto, inevitablemente, fatalmente, el comisario de policía de Ruán, avisado por telegrama y asistido por un número respetable de agentes, se encontraría a la llegada del tren, interrogaría a los viajeros sospechosos y procedería a una minuciosa revisión de los vagones.

Todo esto lo preveía, y no me había preocupado demasiado, seguro de que la policía de Ruán no sería más perspicaz que la de París, y que sabría pasar desapercibido — ¿no me bastaría, a la salida, con mostrar negligentemente mi tarjeta de diputado, gracias a la cual ya había inspirado total confianza al revisor de Saint-Lazare?— ¡Pero cuánto habían cambiado las cosas! Ya no era libre. Imposible intentar uno de mis golpes habituales. En uno de los vagones, el comisario descubriría al señor Arsène Lupin que un azar propicio le enviaba atado de pies y manos, dócil como un cordero,

empaquetado, todo preparado. No tendría más que recibirlo, como se recibe un paquete postal que le es dirigido a la estación, una cesta de caza o una canasta de frutas y verduras.

Y para evitar este desenlace desafortunado, ¿qué podía hacer yo, envuelto en mis vendas?

Y el rápido volaba hacia Ruán, única y próxima estación, quemaba Vernon, Saint-Pierre.

Otro problema me intrigaba, en el que estaba menos directamente interesado, pero cuya solución despertaba mi curiosidad de profesional. ¿Cuáles eran las intenciones de mi compañero?

Si hubiera estado solo, habría tenido tiempo, en Ruán, de bajar con toda tranquilidad. ¿Pero la dama? Apenas se abriera la portezuela, la dama, tan prudente y humilde en ese momento, ¡gritaría, se agitaría, pediría socorro!

¡Y de ahí mi asombro! ¿Por qué no la reducía a la misma impotencia que a mí, lo que le habría dado tiempo para desaparecer antes de que se dieran cuenta de su doble fechoría?

Seguía fumando, con los ojos fijos en el espacio que una lluvia vacilante comenzaba a surcar de grandes líneas oblicuas. Una vez, sin embargo, se desvió, cogió mi guía de horarios y la consultó.

La dama, por su parte, se esforzaba por permanecer desmayada, para tranquilizar a su enemigo. Pero accesos de tos, provocados por el humo, desmentían ese desmayo.

En cuanto a mí, estaba muy incómodo y muy dolorido. Y pensaba... combinaba...

Pont-de-l'Arche, Oissel... El rápido se apresuraba, alegre, ebrio de velocidad.

Saint-Étienne... En ese instante, el hombre se levantó e hizo dos pasos hacia nosotros, a lo que la dama se apresuró a responder con un nuevo grito y un desmayo no simulado.

Pero, ¿cuál era su objetivo? Bajó la ventanilla de nuestro lado. La lluvia caía ahora con rabia, y su gesto marcó el fastidio que sentía al no tener ni paraguas ni abrigo. Echó un vistazo a la red: el tentempié de la dama estaba allí. Lo cogió. Cogió igualmente mi abrigo y se lo puso.

Atravesábamos el Sena. Se remangó los bajos del pantalón, luego, inclinándose, levantó el pestillo exterior.

¿Iba a arrojarse a la vía? A esa velocidad habría sido la muerte segura. Nos adentramos en el túnel perforado bajo la colina de Sainte-Catherine. El hombre entreabrió la portezuela y, con el pie, tanteó el primer escalón. ¡Qué locura! La oscuridad, el humo, el estruendo, todo ello daba a tal tentativa una apariencia fantástica. Pero, de repente, el tren aminoró la marcha, los frenos Westinghouse se opusieron al esfuerzo de las ruedas. En un minuto, la velocidad se volvió normal, disminuyó aún más. Sin duda, se proyectaban trabajos de consolidación en esa parte del túnel, que requerían el paso ralentizado de los trenes, desde hacía algunos días quizá, y el hombre lo sabía.

No tuvo, pues, más que poner el otro pie en el escalón, bajar al segundo e irse tranquilamente, no sin antes haber vuelto a echar el pestillo y cerrado la portezuela.

Apenas había desaparecido, la luz del día iluminó el humo más blanco. Desembocamos en un valle. Otro túnel y estábamos en Ruán.

Inmediatamente, la dama recobró el sentido y su primer cuidado fue lamentarse por la pérdida de sus joyas. Se lo imploré con los ojos. Ella comprendió y me libró de la mordaza que me ahogaba. Quería también desatar mis ligaduras, se lo impedí.

—No, no, es necesario que la policía vea las cosas tal como están. Deseo que se convenza de la calaña de este bribón.

—¿Y si tiro de la señal de alarma?

—Demasiado tarde, había que pensarlo mientras me atacaba.

—¡Pero me habría matado! ¡Ah, señor, ya se lo había dicho yo que viajaba en este tren! Lo reconocí enseguida, por su retrato. Y ahora se ha ido con mis joyas.

—Lo encontrarán, no tema.

—¡Encontrar a Arsène Lupin! Jamás.

—Eso depende de usted, señora. Escuche. Nada más llegar, póngase en la portezuela y llame, haga ruido. Vendrán agentes y empleados. Cuente entonces lo que ha visto, en pocas palabras, la agresión de la que he sido víctima y la huida de Arsène Lupin. Dé su descripción, un sombrero blando, un paraguas —el suyo—, un abrigo gris entallado.

—El suyo —dijo ella.

—¿Cómo, el mío? No, no, el suyo. Yo no llevaba.

—Me había parecido que él tampoco llevaba cuando subió.

—Sí, sí... a menos que fuera una prenda olvidada en la red. En todo caso, lo llevaba cuando bajó, y eso es lo esencial... un abrigo gris, entallado, recuérdelo... ¡Ah, se me olvidaba!... diga su nombre, desde el principio. El cargo de su marido estimulará el celo de toda esa gente.

Llegábamos. Ella ya se inclinaba en la portezuela. Repuse con una voz un poco fuerte, casi imperiosa, para que mis palabras se grabaran bien en su cerebro.

—Diga también mi nombre, Guillaume Berlat. Si es necesario, diga que me conoce... Eso nos ahorrará tiempo... hay que despachar la investigación preliminar... lo importante es la persecución de Arsène Lupin... sus joyas... No hay error, ¿verdad? Guillaume Berlat, un amigo de su marido.

—Entendido... Guillaume Berlat.

Ya llamaba y gesticulaba. El tren no se había detenido cuando un señor subió, seguido de varios hombres. Sonaba la hora crítica.

Jadeante, la dama exclamó:

—Arsène Lupin... nos ha atacado... ha robado mis joyas... Soy la señora Renaud... mi marido es subdirector de los servicios penitenciarios... ¡Ah, mire, precisamente mi hermano, Georges Ardelle, director del Crédit Rouennais... debe usted saber...

Besó a un joven que acababa de unirse a nosotros, y a quien el comisario saludó, y ella reanudó, llorosa:

—Sí, Arsène Lupin... mientras el señor dormía, se le echó al cuello... El señor Berlat, un amigo de mi marido.

El comisario preguntó:

—Pero, ¿dónde está, Arsène Lupin?

—Saltó del tren en el túnel, después del Sena.

—¿Está segura de que era él?

—¡Si estoy segura! Lo reconocí perfectamente. Además, lo vieron en la estación de Saint-Lazare. Llevaba un sombrero blando...

—No... un sombrero de fieltro duro, como este —rectificó el comisario, señalando mi sombrero.

—Un sombrero blando, lo afirmo —repitió la señora Renaud—, y un abrigo gris entallado.

—En efecto —murmuró el comisario—, el telegrama señala ese abrigo gris, entallado y con cuello de terciopelo negro.

—Con cuello de terciopelo negro, ¡justamente —exclamó la señora Renaud, triunfante.

Respiré. ¡Ah, qué valiente, qué excelente amiga tenía allí!

Los agentes, entretanto, me habían librado de mis ataduras. Me mordí violentamente los labios, la sangre corrió. Encorvado, con el pañuelo en la boca, como corresponde a un individuo que ha permanecido mucho tiempo en una posición incómoda y que lleva en el rostro la marca sangrienta de la mordaza, le dije al comisario, con voz debilitada:

—Señor, era Arsène Lupin, no hay duda... Si se dan prisa, lo alcanzarán... Creo que puedo serles de cierta utilidad...

El vagón que debía servir para las constataciones de la justicia fue desenganchado. El tren continuó hacia El Havre. Nos condujeron a la oficina del jefe de estación, a través de la multitud de curiosos que abarrotaba el andén.

En ese momento, tuve una vacilación. Con cualquier pretexto, podía alejarme, encontrar mi automóvil y marcharme. Esperar era peligroso. Que ocurriera un incidente, que llegara un telegrama de París, y estaba perdido.

Sí, ¿pero mi ladrón? Abandonado a mis propios recursos, en una región que no me era muy familiar, no debía esperar alcanzarlo.

—¡Bah, intentémoslo! —me dije—. Y quedémonos. La partida es difícil de ganar, ¡pero tan divertida de jugar! Y la apuesta vale la pena.

Y, como nos rogaban que renováramos provisionalmente nuestras declaraciones, exclamé:

—Señor comisario, actualmente Arsène Lupin toma ventaja. Mi automóvil me espera en el patio. Si quisiera hacerme el favor de subir, podríamos intentar...

El comisario sonrió con aire astuto:

—La idea no es mala... tan poco mala, que ya está en vías de ejecución.

—¡Ah!

—Sí, señor, dos de mis agentes han partido en bicicleta... hace ya un buen rato.

—¿Pero adónde?

—A la misma salida del túnel. Allí recogerán los indicios, los testimonios, y seguirán la pista de Arsène Lupin.

No pude evitar encogerme de hombros.

—Sus dos agentes no recogerán ni indicios ni testimonios.

—¡De veras!

—Arsène Lupin se las habrá arreglado para que nadie lo vea salir del túnel. Habrá llegado a la primera carretera y, desde allí...

—Y desde allí, a Ruán, donde lo atraparemos.

—No irá a Ruán.

—Entonces, se quedará en los alrededores, donde estamos aún más seguros...

—No se quedará en los alrededores.

—¡Oh, oh! ¿Y dónde se esconderá entonces?

Saqué mi reloj.

—A estas horas, Arsène Lupin ronda por los alrededores de la estación de Darnétal. A las diez y cincuenta, es decir, en veintidós minutos, tomará el tren que va de Ruán, estación del Norte, a Amiens.

—¿Usted cree? ¿Y cómo lo sabe?

—Oh, es muy simple. En el compartimento, Arsène Lupin consultó mi guía de horarios. ¿Por qué razón? ¿Había, no lejos del lugar donde desapareció, otra línea, una estación en esa línea y un tren que parara en esa estación? A mi vez, acabo de consultar la guía. Me ha informado.

—A decir verdad, señor —dijo el comisario—, está maravillosamente deducido. ¡Qué competencia!

Arrastrado por mi convicción, había cometido una torpeza al mostrar tanta habilidad. Me miraba con asombro, y creí sentir que una sospecha lo rozaba. —¡Oh, apenas!, pues las fotografías enviadas de todas partes por la fiscalía eran demasiado imperfectas, representaban a un Arsène Lupin demasiado diferente del que tenía ante él, como para que le fuera posible reconocerme. Pero, aun así, estaba turbado, confusamente inquieto.

Hubo un momento de silencio. Algo equívoco e incierto detenía nuestras palabras. A mí mismo, un escalofrío de incomodidad me sacudió. ¿Iba a volverse la suerte en mi contra? Dominándome, me eché a reír.

—Dios mío, nada le abre a uno la comprensión como la pérdida de una cartera y el deseo de recuperarla. Y me parece que si quisiera usted darme dos de sus agentes, ellos y yo, podríamos quizá...

—¡Oh, se lo ruego, señor comisario! —exclamó la señora Renaud—. Escuche al señor Berlat.

La intervención de mi excelente amiga fue decisiva. Pronunciado por ella, la mujer de un personaje influyente, ese nombre de Berlat se convertía realmente en el mío y me confería una identidad que ninguna sospecha podía alcanzar. El comisario se levantó:

—Estaría encantado, señor Berlat, créame, de verlo tener éxito. Tanto como usted, deseo el arresto de Arsène Lupin.

Me condujo hasta el automóvil. Dos de sus agentes, a quienes me presentó, Honoré Massol y Gaston Delivet, tomaron asiento en él. Yo me instalé al volante. Mi mecánico dio vuelta a la manivela. Unos segundos después, abandonábamos la estación. Estaba salvado.

¡Ah, confieso que, rodando por los bulevares que ciñen la vieja ciudad normanda, a la potente velocidad de mi Moreau-Lepton de treinta y cinco caballos, no dejaba de sentir cierto orgullo! El motor roncaba armoniosamente. A derecha e izquierda, los árboles huían tras nosotros. Y libre, fuera de peligro, ya no tenía más que arreglar mis pequeños asuntos personales, con el concurso de los dos honrados representantes de la fuerza pública. ¡Arsène Lupin iba en busca de Arsène Lupin!

Modestos sostenes del orden social, Delivet Gaston y Massol Honoré, ¡cuán preciosa me fue vuestra asistencia! ¿Qué habría hecho sin vosotros? Sin vosotros, ¡cuántas veces, en los cruces, habría elegido el camino equivocado! ¡Sin vosotros, Arsène Lupin se equivocaba, y el otro escapaba!

Pero no todo estaba terminado. Ni mucho menos. Me quedaba primero alcanzar al individuo, y luego apoderarme yo mismo de los papeles que me había robado. A ningún precio debía permitir que mis dos acólitos metieran las narices en esos documentos, y menos aún que se apoderaran de ellos. Servirme de ellos y actuar al margen de ellos, eso era lo que quería y lo que no era nada fácil.

En Darnétal, llegamos tres minutos después del paso del tren. Es verdad que tuve el consuelo de saber que un individuo con un abrigo gris, entallado, con cuello de terciopelo negro, había subido

a un compartimento de segunda clase, provisto de un billete para Amiens. Decididamente, mis comienzos como policía prometían.

Delivet me dijo:

—El tren es expreso y ya no para hasta Montérolier-Buchy, en diecinueve minutos. Si no estamos allí antes que Arsène Lupin, puede continuar hacia Amiens, o desviarse hacia Clères, y de allí llegar a Dieppe o a París.

—Montérolier, ¿qué distancia?

—Veintitrés kilómetros.

—Veintitrés kilómetros en diecinueve minutos... Estaremos allí antes que él.

¡Qué etapa tan apasionante! Jamás mi fiel Moreau-Lepton respondió a mi impaciencia con más ardor y regularidad. Me parecía que le comunicaba mi voluntad directamente, sin la intermediación de palancas y mandos. Compartía mis deseos. Aprobaba mi obstinación. Comprendía mi animosidad contra ese bribón de Arsène Lupin. ¡El taimado! ¡El traidor! ¿Podría con él? ¿Se burlaría una vez más de la autoridad, de esa autoridad de la que yo era la encarnación?

—¡A la derecha! —gritaba Delivet—. ¡A la izquierda!... ¡Todo recto!...

Nos deslizábamos sobre el suelo. Los mojones parecían animalitos asustadizos que se desvanecían a nuestra aproximación.

Y de repente, en el recodo de una carretera, un torbellino de humo, el expreso del Norte.

Durante un kilómetro, fue la lucha, codo con codo, una lucha desigual cuyo resultado era cierto. A la llegada, lo batimos por veinte cuerpos.

En tres segundos estábamos en el andén, delante de las segundas clases. Las portezuelas se abrieron. Algunas personas bajaban. Mi ladrón, ni rastro. Inspeccionamos los compartimentos. Ni rastro de Arsène Lupin.

—¡Caramba! —exclamé—. Me habrá reconocido en el automóvil mientras íbamos codo con codo, y habrá saltado.

El jefe de tren confirmó esta suposición. Había visto a un hombre que descendía por el terraplén, a doscientos metros de la estación.

—Mire, allá... el que cruza el paso a nivel.

Me lancé, seguido de mis dos acólitos, o más bien seguido de uno de ellos, pues el otro, Massol, resultó ser un corredor excepcional, con tanto fondo como velocidad. En pocos instantes, el intervalo que lo separaba del fugitivo disminuyó singularmente. El hombre lo vio, franqueó un seto y huyó rápidamente hacia un talud que trepó. Lo vimos aún más lejos: entraba en un pequeño bosque.

Cuando alcanzamos ese bosque, Massol nos esperaba allí. Había juzgado inútil aventurarse más, por temor a perdernos.

—Y se lo agradezco, mi querido amigo —le dije—. Después de semejante carrera, nuestro individuo debe de estar sin aliento. Lo tenemos.

Examiné los alrededores, mientras reflexionaba sobre los medios de proceder solo al arresto del fugitivo, a fin de recuperar yo mismo lo que la justicia sin duda no habría tolerado sino después

de muchas investigaciones desagradables. Luego volví con mis compañeros.

—Ya está, es fácil. Usted, Massol, póngase a la izquierda. Usted, Delivet, a la derecha. Desde allí, vigilen toda la línea posterior del bosquecillo, y no puede salir de él, sin ser visto por ustedes, más que por esta hondonada, donde yo tomo posición. Si no sale, yo entro y, forzosamente, lo empujo hacia uno u otro. No tienen, pues, más que esperar. ¡Ah, se me olvidaba!: en caso de alerta, un disparo.

Massol y Delivet se alejaron cada uno por su lado. Tan pronto como desaparecieron, penetré en el bosque, con las mayores precauciones, de manera que no fuera visto ni oído. Eran matorrales espesos, acondicionados para la caza, y cortados por sendas muy estrechas por las que solo era posible caminar encorvado como en subterráneos de verdor.

Una de ellas desembocaba en un claro donde la hierba mojada presentaba huellas de pasos. Las seguí, teniendo cuidado de deslizarme a través de los matorrales. Me condujeron al pie de un pequeño montículo coronado por una casucha de yeso, medio demolida.

—Debe de estar ahí —pensé—. El observatorio está bien elegido.

Me arrastré hasta las proximidades de la construcción. Un ligero ruido me advirtió de su presencia y, de hecho, por una abertura, lo vi de espaldas a mí.

En dos saltos estuve sobre él. Intentó apuntar con el revólver que tenía en la mano. No le di tiempo, y lo arrastré al suelo, de tal

manera que sus dos brazos quedaron atrapados debajo de él, torcidos, y yo pesaba con mi rodilla sobre su pecho.

—Escucha, muchacho —le dije al oído—, soy Arsène Lupin. Vas a devolverme, enseguida y de buena gana, mi cartera y el bolso de la dama... a cambio de lo cual te saco de las garras de la policía y te enrolo entre mis amigos. Solo una palabra: ¿sí o no?

—Sí —murmuró.

—Tanto mejor. Tu asunto de esta mañana estaba muy bien combinado. Nos entenderemos.

Me levanté. Hurgó en su bolsillo, sacó un gran cuchillo y quiso golpearme con él.

—¡Imbécil! —exclamé.

Con una mano, había parado el ataque. Con la otra, le di un violento golpe en la arteria carótida, lo que se llama el «gancho a la carótida»... Cayó, aturdido.

En mi cartera, encontré mis papeles y mis billetes de banco. Por curiosidad, cogí la suya. En un sobre que le estaba dirigido, leí su nombre: Pierre Onfrey.

Me estremecí. ¡Pierre Onfrey, el asesino de la rue Lafontaine, en Auteuil! Pierre Onfrey, el que había degollado a la señora Delbois y a sus dos hijas. Me incliné sobre él. Sí, era ese rostro el que, en el compartimento, había despertado en mí el recuerdo de rasgos ya contemplados.

Pero el tiempo pasaba. Metí en un sobre dos billetes de cien francos, con una tarjeta y estas palabras: «Arsène Lupin a sus

buenos colegas Honoré Massol y Gaston Delivet, en testimonio de gratitud». Puse esto bien a la vista en medio de la habitación. Al lado, el bolso de la señora Renaud. ¿Podía no devolvérselo a la excelente amiga que me había socorrido? Confieso, sin embargo, que saqué de él todo lo que presentaba algún interés, dejando solo un peine de carey, una barra de labios rojo Dorin y un monedero vacío. ¡Qué diablos! Los negocios son los negocios. Y además, ¡la verdad es que su marido ejercía un oficio tan poco honorable!...

Quedaba el hombre. Empezaba a moverse. ¿Qué debía hacer? No tenía autoridad ni para salvarlo ni para condenarlo.

Le quité sus armas y disparé un tiro al aire.

—Los otros dos vendrán —pensé—. ¡Que se las arregle! Las cosas se cumplirán según el sentido de su destino.

Y me alejé a paso de carrera por el camino de la hondonada.

Veinte minutos más tarde, una carretera transversal, que había notado durante nuestra persecución, me devolvió junto a mi automóvil.

A las cuatro telegrafiaba a mis amigos de Ruán que un incidente imprevisto me obligaba a aplazar mi visita. Entre nosotros, mucho me temo, dado lo que deben de saber ahora, que me vea obligado a aplazarla indefinidamente. ¡Cruel desilusión para ellos!

A las seis, regresaba a París por L'Isle-Adam, Enghien y la Porte Bineau.

Los periódicos de la tarde me informaron de que por fin se había logrado apresar a Pierre Onfrey.

Al día siguiente —no desdeñemos las ventajas de una publicidad inteligente—, el Écho de France publicaba esta sensacional nota:

«Ayer, en los alrededores de Buchy, tras numerosos incidentes, Arsène Lupin llevó a cabo el arresto de Pierre Onfrey. El asesino de la rue Lafontaine acababa de desvalijar en la línea de París a El Havre a la señora Renaud, esposa del subdirector de los servicios penitenciarios. Arsène Lupin ha restituido a la señora Renaud el bolso que contenía sus joyas, y ha recompensado generosamente a los dos agentes de la Sûreté que lo habían ayudado en el curso de este dramático arresto.»

06

# El collar de la reina

*Empieza: «Dos o tres veces al año, con motivo de solemnidades importantes, como los bailes de la embajada de Austria o las veladas...»*

---

Dos o tres veces al año, con motivo de solemnidades importantes, como los bailes de la embajada de Austria o las veladas de lady Billingstone, la condesa de Dreux-Soubise lucía sobre sus blancos hombros «el collar de la reina».

Era, en efecto, el famoso collar, el legendario collar que Böhmer y Bassenge, joyeros de la corona, destinaban a la Du Barry, que el cardenal de Rohan-Soubise creyó ofrecer a María Antonieta, reina de Francia, y que la aventurera Jeanne de Valois, condesa de la Motte, despiezó una noche de febrero de 1785 con la ayuda de su marido y de su cómplice Rétaux de Villette.

A decir verdad, solo la montura era auténtica. Rétaux de Villette la había conservado, mientras que el señor de la Motte y su esposa dispersaban a los cuatro vientos las piedras brutalmente desengastadas, las admirables piedras tan cuidadosamente elegidas por Böhmer. Más tarde, en Italia, la vendió a Gaston de Dreux-Soubise, sobrino y heredero del cardenal, a quien este había salvado de la ruina durante la estrepitosa bancarrota de Rohan-Guéménée, y que, en recuerdo de su tío, recompró los pocos diamantes que quedaban en posesión del joyero inglés Jefferys, los

completó con otros de valor mucho menor, pero de la misma dimensión, y logró reconstituir el maravilloso «collar de esclava», tal como había salido de las manos de Böhmer y Bassenge.

De esta joya histórica, durante casi un siglo, los Dreux-Soubise se enorgullecieron. Aunque diversas circunstancias habían disminuido notablemente su fortuna, prefirieron reducir su tren de vida antes que enajenar la regia y preciosa reliquia. En particular, el conde actual la apreciaba como se aprecia la casa de los padres. Por prudencia, había alquilado una caja de seguridad en el Crédit Lyonnais para depositarla. Iba a buscarla él mismo la tarde del día en que su esposa quería engalanarse con ella, y la devolvía él mismo al día siguiente.

Esa noche, en la recepción del Palacio de Castilla, la condesa tuvo un verdadero éxito, y el rey Cristián, en cuyo honor se daba la fiesta, reparó en su magnífica belleza. Las pedrerías chorreaban alrededor de su grácil cuello. Las mil facetas de los diamantes brillaban y centelleaban como llamas a la claridad de las luces. Nadie más que ella, al parecer, habría podido llevar con tanta soltura y nobleza el peso de semejante aderezo.

Fue un doble triunfo, que el conde de Dreux disfrutó profundamente, y del que se congratuló cuando regresaron a la habitación de su viejo palacete del faubourg Saint-Germain. Estaba orgulloso de su esposa, y otro tanto quizá de la joya que había dado lustre a su casa durante cuatro generaciones. Y su esposa extraía de ello una vanidad un tanto pueril, pero que era bien la marca de su altivo carácter.

No sin pesar, se desprendió el collar de los hombros y se lo tendió a su marido, que lo examinó con admiración, como si no lo

conociera. Luego, tras guardarlo en su estuche de cuero rojo con las armas del Cardenal, pasó a un gabinete contiguo, una especie de alcoba más bien, que se había aislado por completo de la habitación, y cuya única entrada se encontraba al pie de su cama. Como las otras veces, lo disimuló en un estante bastante elevado, entre sombrereras y pilas de ropa. Cerró la puerta y se desvistió.

Por la mañana, se levantó hacia las nueve, con la intención de ir, antes del almuerzo, al Crédit Lyonnais. Se vistió, bebió una taza de café y bajó a las caballerizas. Allí dio órdenes. Uno de los caballos le preocupaba. Lo hizo caminar y trotar ante él en el patio. Luego regresó junto a su esposa.

Ella no había abandonado la habitación y se peinaba, ayudada por su doncella. Le dijo:

—¿Sales?

—Sí... para ese recado...

—¡Ah, en efecto!... es más prudente...

Penetró en el gabinete. Pero, al cabo de unos segundos, preguntó, sin el menor asombro por otra parte:

—¿Lo has cogido tú, querida?

Ella replicó:

—¿Cómo? No, no, yo no he cogido nada.

—Lo has movido de sitio.

—En absoluto... ni siquiera he abierto esa puerta.

Él apareció, descompuesto, y balbuceó, con voz apenas inteligible:

—¿No has sido tú?... ¿No?... Entonces...

Ella acudió, y buscaron febrilmente, arrojando las cajas al suelo y deshaciendo las pilas de ropa. Y el conde repetía:

—Inútil... todo lo que hacemos es inútil... Estaba aquí, aquí, en este estante, donde lo puse.

—Has podido equivocarte.

—Estaba aquí, aquí, en este estante, y no en otro.

Encendieron una vela, pues la pieza era bastante oscura, y retiraron toda la ropa y todos los objetos que la abarrotaban. Y cuando ya no hubo nada en el gabinete, tuvieron que admitir con desesperación que el famoso collar, «el collar de esclava de la Reina», había desaparecido.

De naturaleza resuelta, la condesa, sin perder tiempo en vanas lamentaciones, hizo avisar al comisario, el señor Valorbe, cuyo espíritu sagaz y clarividencia ya habían tenido ocasión de apreciar. Lo pusieron al corriente con todo detalle, y él preguntó de inmediato:

—¿Está usted seguro, señor conde, de que nadie pudo atravesar su habitación durante la noche?

—Absolutamente seguro. Tengo el sueño muy ligero. Más aún: la puerta de esta habitación estaba cerrada con el cerrojo. Tuve que correrlo esta mañana cuando mi esposa llamó a la doncella.

—¿Y no existe otro pasaje que permita introducirse en el gabinete?

—Ninguno.

—¿Ninguna ventana?

—Sí, pero está condenada.

—Desearía comprobarlo...

Encendieron velas, y al instante el señor Valorbe hizo notar que la ventana solo estaba condenada hasta media altura, por un bargueño que, además, no tocaba exactamente los batientes.

—Toca lo suficiente —replicó el señor de Dreux— como para que sea imposible desplazarlo sin hacer mucho ruido.

—¿Y a dónde da esta ventana?

—A un patio interior.

—¿Y tienen ustedes todavía un piso por encima de este?

—Dos, pero a nivel del de los criados, el patio está protegido por una reja de malla fina. Por eso tenemos tan poca luz.

Por otra parte, cuando hubieron apartado el bargueño, constataron que la ventana estaba cerrada, lo que no habría sido el caso si alguien hubiera penetrado desde el exterior.

—A menos —observó el conde— que ese alguien haya salido por nuestra habitación.

—En cuyo caso, no habría encontrado usted el cerrojo de esta habitación echado.

El comisario reflexionó un instante, luego, volviéndose hacia la condesa:

—¿Se sabía en su entorno, señora, que debía usted llevar este collar anoche?

—Ciertamente, no lo oculté. Pero nadie sabía que lo guardábamos en este gabinete.

—¿Nadie?

—Nadie... A menos que...

—Le ruego, señora, que precise. Este es un punto de suma importancia.

Le dijo a su marido:

—Pensaba en Henriette.

—¿Henriette? Ella ignora ese detalle como los demás.

—¿Estás seguro?

—¿Quién es esa dama? —interrogó el señor Valorbe.

—Una amiga de convento, que se enemistó con su familia por casarse con una especie de obrero. A la muerte de su marido, la acogí con su hijo y les amueblé un apartamento en este palacete.

Y añadió con embarazo:

—Me presta algunos servicios. Es muy hábil con las manos.

—¿En qué piso vive?

—En el nuestro, no lejos del resto... al final de este pasillo... E incluso, ahora que lo pienso... la ventana de su cocina...

—Da a este patio, ¿no es así?

—Sí, justo enfrente de la nuestra.

Un ligero silencio siguió a esta declaración.

Luego, el señor Valorbe pidió que lo condujeran ante Henriette.

La encontraron cosiendo, mientras su hijo Raoul, un niño de seis a siete años, leía a su lado. Bastante asombrado de ver el miserable apartamento que le habían amueblado, y que se componía en total de una habitación sin chimenea y un cuartucho que servía de cocina, el comisario la interrogó. Ella pareció trastornada al enterarse del robo cometido. La víspera por la noche, ella misma había vestido a la condesa y le había abrochado el collar alrededor del cuello.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¿Quién me lo hubiera dicho?

—¿Y no tiene ninguna idea? ¿Ni la menor duda? Es posible, sin embargo, que el culpable haya pasado por su habitación.

Se rio de buena gana, sin siquiera imaginar que pudieran rozarla con una sospecha:

—¡Pero si no la he abandonado, mi habitación! Yo no salgo nunca. Y además, ¿no ha visto usted?

Abrió la ventana del cuartucho.

—Mire, hay al menos tres metros hasta el alféizar de enfrente.

—¿Quién le ha dicho que contemplábamos la hipótesis de un robo efectuado por ahí?

—Pero... ¿no estaba el collar en el gabinete?

—¿Cómo lo sabe?

—¡Hombre! Siempre he sabido que lo guardaban allí por la noche... se ha hablado de ello delante de mí...

Su rostro, todavía joven, pero que las penas habían marchitado, mostraba una gran dulzura y resignación. Sin embargo, tuvo de repente, en el silencio, una expresión de angustia, como si un peligro la amenazara. Atrajo a su hijo hacia sí. El niño le tomó la mano y la besó tiernamente.

—No supongo —dijo el señor de Dreux al comisario, cuando estuvieron solos—, no supongo que usted sospeche de ella. Respondo por ella. Es la honradez personificada.

—¡Oh, estoy totalmente de acuerdo con usted! —afirmó el señor Valorbe—. Como mucho, había pensado en una complicidad inconsciente. Pero reconozco que esta explicación debe ser abandonada... tanto más cuanto que no resuelve en absoluto el problema al que nos enfrentamos.

El comisario no llevó más lejos esta investigación, que el juez de instrucción retomó y completó en los días siguientes. Se interrogó a los criados, se verificó el estado del cerrojo, se hicieron experimentos sobre el cierre y la apertura de la ventana del gabinete, se exploró el patio de arriba abajo... Todo fue inútil. El cerrojo estaba intacto. La ventana no podía abrirse ni cerrarse desde el exterior.

Más específicamente, las pesquisas se centraron en Henriette, pues, a pesar de todo, siempre se volvía a ella. Se investigó su vida minuciosamente, y se constató que, desde hacía tres años, solo había salido cuatro veces del palacete, y las cuatro veces para recados que se pudieron determinar. En realidad, servía de doncella y de costurera a la señora de Dreux, quien se mostraba hacia ella con un rigor del que todos los criados testificaron en confidencia.

—Además —decía el juez de instrucción, que, al cabo de una semana, llegó a las mismas conclusiones que el comisario—, admitiendo que conociéramos al culpable, y no estamos en ese punto, no sabríamos más sobre la manera en que se cometió el robo. Estamos bloqueados a derecha e izquierda por dos obstáculos: una puerta y una ventana cerradas. ¡El misterio es doble! ¿Cómo se pudo entrar, y cómo, lo que era mucho más difícil, se pudo escapar dejando tras de sí una puerta cerrada con cerrojo y una ventana cerrada?

Al cabo de cuatro meses de investigaciones, la idea secreta del juez era esta: el señor y la señora de Dreux, apremiados por necesidades de dinero que, de hecho, eran considerables, habían vendido el collar de la reina. Archivó el caso.

El robo de la preciosa joya asestó a los Dreux-Soubise un golpe del que conservaron la marca durante mucho tiempo. Al no estar su crédito respaldado por la especie de reserva que constituía semejante tesoro, se encontraron frente a acreedores más exigentes y prestamistas menos favorables. Tuvieron que hacer recortes drásticos, enajenar, hipotecar. En resumen, habría sido la ruina si dos grandes herencias de parientes lejanos no los hubieran salvado.

Sufrieron también en su orgullo, como si hubieran perdido un cuarto de nobleza. Y, cosa extraña, fue con su antigua amiga de internado con quien la condesa la tomó. Sentía contra ella un verdadero rencor y la acusaba abiertamente. Primero la relegaron al piso de los criados, luego la despidieron de la noche a la mañana.

Y la vida transcurrió, sin acontecimientos notables. Viajaron mucho.

Un solo hecho debe ser señalado en el curso de esta época. Unos meses después de la partida de Henriette, la condesa recibió de ella una carta que la llenó de asombro:

«Señora,

No sé cómo agradecerle. Porque ha sido usted, ¿verdad?, quien me ha enviado esto. Solo puede ser usted. Nadie más conoce mi retiro en el fondo de este pequeño pueblo. Si me equivoco, discúlpeme, y reciba al menos la expresión de mi gratitud por sus bondades pasadas...»

¿Qué quería decir? Las bondades presentes o pasadas de la condesa hacia ella se reducían a muchas injusticias. ¿Qué significaban esos agradecimientos?

Conminada a explicarse, respondió que había recibido por correo, en un sobre no certificado ni asegurado, dos billetes de mil francos. El sobre, que adjuntaba a su respuesta, estaba timbrado en París y solo llevaba su dirección, trazada con una escritura visiblemente disfrazada.

¿De dónde provenían esos dos mil francos? ¿Quién los había enviado? La justicia investigó. Pero, ¿qué pista se podía seguir en medio de esas tinieblas?

Y el mismo hecho se repitió doce meses después. Y una tercera vez; y una cuarta vez; y cada año durante seis años, con la diferencia de que el quinto y el sexto año, la suma se duplicó, lo que permitió a Henriette, que había caído repentinamente enferma, cuidarse como convenía.

Otra diferencia: habiendo la administración de correos confiscado una de las cartas con el pretexto de que no estaba asegurada, las dos últimas cartas fueron enviadas según el reglamento, la primera fechada en Saint-Germain, la otra en Suresnes. El remitente firmó primero Anquety, luego Péchard. Las direcciones que dio eran falsas.

Al cabo de seis años, Henriette murió. El enigma permaneció intacto.

Todos estos acontecimientos son conocidos por el público. El caso fue de los que apasionaron a la opinión, y es un destino extraño el de este collar que, después de haber convulsionado a Francia a finales del siglo XVIII, suscitó todavía tanta emoción un siglo más tarde. Pero lo que voy a decir es ignorado por todos, salvo por los principales interesados y algunas personas a las que el conde pidió secreto absoluto. Como es probable que un día u otro falten a su promesa, yo no tengo ningún escrúpulo en rasgar el velo y se tendrá así, al mismo tiempo que la clave del enigma, la explicación de la carta publicada por los periódicos de anteayer por la mañana, carta extraordinaria que añadía aún, si es posible, un poco más de sombra y misterio a las oscuridades de este drama.

Hace cinco días de esto. Entre los invitados que almorzaban en casa del señor de Dreux-Soubise, se encontraban sus dos sobrinas y su prima, y, como hombres, el presidente de Essaville, el diputado Bochas, el caballero Floriani, a quien el conde había conocido en Sicilia, y el general marqués de Rouzières, un viejo compañero de club.

Después de la comida, las damas sirvieron el café, y a los señores se les autorizó a fumar un cigarrillo, a condición de no desertar del

salón. Se charló. Una de las jóvenes se entretuvo echando las cartas y leyendo la buenaventura. Luego se pasó a hablar de crímenes célebres. Y fue a este propósito que el señor de Rouzières, que nunca perdía la ocasión de chinchar al conde, recordó la aventura del collar, tema de conversación que el señor de Dreux aborrecía.

Inmediatamente, cada uno dio su opinión. Cada uno rehízo la instrucción a su manera. Y, por supuesto, todas las hipótesis se contradecían, todas igualmente inadmisibles.

—¿Y usted, señor? —preguntó la condesa al caballero Floriani—. ¿Cuál es su opinión?

—¡Oh! Yo no tengo opinión, señora.

Hubo protestas. Precisamente, el caballero acababa de relatar muy brillantemente diversas aventuras en las que se había visto envuelto con su padre, magistrado en Palermo, y en las que se habían afirmado su juicio y su gusto por estas cuestiones.

—Confieso —dijo— que me ha ocurrido tener éxito cuando otros más hábiles habían renunciado. Pero de ahí a considerarme un Sherlock Holmes... Y además, apenas sé de qué se trata.

Se volvieron hacia el dueño de la casa. A regañadientes, tuvo que resumir los hechos. El caballero escuchó, reflexionó, formuló algunas preguntas y murmuró:

—Es curioso... a primera vista no me parece que la cosa sea tan difícil de adivinar.

El conde se encogió de hombros. Pero las otras personas se apresuraron a rodear al caballero, y él reanudó con un tono un tanto dogmático:

—En general, para remontarse al autor de un crimen o de un robo, hay que determinar cómo ese crimen o ese robo han sido cometidos, o al menos cómo han podido ser cometidos. En el caso actual, nada más simple en mi opinión, pues nos encontramos ante, no varias hipótesis, sino una certeza, una certeza única, rigurosa, y que se enuncia así: el individuo solo podía entrar por la puerta de la habitación o por la ventana del gabinete. Ahora bien, no se abre, desde el exterior, una puerta cerrada con cerrojo. Por lo tanto, entró por la ventana.

—Estaba cerrada y se la encontró cerrada —declaró netamente el señor de Dreux.

—Para ello —continuó Floriani sin hacer caso de la interrupción—, no tuvo más que establecer un puente, tabla o escalera, entre el balcón de la cocina y el alféizar de la ventana, y en cuanto el estuche...

—¡Pero le repito que la ventana estaba cerrada! —exclamó el conde con impaciencia.

Esta vez, Floriani tuvo que responder. Lo hizo con la mayor tranquilidad, como un hombre a quien una objeción tan insignificante no perturba.

—Quiero creer que lo estaba, pero ¿no hay un tragaluz?

—¿Cómo lo sabe?

—Primero, es casi una regla en los palacetes de esa época. Y segundo, es forzoso que sea así, puesto que, de otro modo, el robo es inexplicable.

—En efecto, lo hay, pero estaba cerrado, como la ventana. Ni siquiera se le prestó atención.

—Es un error. Porque si se le hubiera prestado atención, se habría visto evidentemente que había sido abierto.

—¿Y cómo?

—Supongo que, al igual que todos los demás, ¿se abre mediante un cordón de alambre trenzado, provisto de una anilla en su extremo inferior?

—Sí.

—¿Y esa anilla colgaba entre el batiente y el bargueño?

—Sí, pero no entiendo...

—He aquí. Por una rendija practicada en el cristal, se pudo, con la ayuda de un instrumento cualquiera, digamos una varilla de hierro provista de un gancho, agarrar la anilla, tirar y abrir.

El conde se mofó:

—¡Perfecto! ¡Perfecto! ¡Usted arregla todo esto con una soltura! Solo que olvida una cosa, querido señor, y es que no hubo ninguna rendija practicada en el cristal.

—Hubo una rendija.

—¡Vamos! Se habría visto.

—Para ver hay que mirar, y no se miró. La rendija existe, es materialmente imposible que no exista, a lo largo del cristal, contra la masilla... en sentido vertical, por supuesto...

El conde se levantó. Parecía muy excitado. Recorrió dos o tres veces el salón con paso nervioso y, acercándose a Floriani:

—Nada ha cambiado allá arriba desde ese día... nadie ha puesto los pies en ese gabinete.

—En ese caso, señor, es usted libre de asegurarse de que mi explicación concuerda con la realidad.

—No concuerda con ninguno de los hechos que la justicia constató. Usted no ha visto nada, no sabe nada, y va en contra de todo lo que hemos visto y de todo lo que sabemos.

Floriani no pareció notar la irritación del conde, y dijo sonriendo:

—Dios mío, señor, trato de ver claro, eso es todo. Si me equivoco, demuéstreme mi error.

—Sin más tardar... Confieso que, a la larga, su seguridad...

El señor de Dreux masculló algunas palabras más, luego, de repente, se dirigió hacia la puerta y salió.

No se pronunció ni una palabra. Se esperaba ansiosamente, como si, realmente, una parcela de la verdad fuera a aparecer. Y el silencio tenía una gravedad extrema.

Finalmente, el conde apareció en el vano de la puerta. Estaba pálido y singularmente agitado. Dijo a sus amigos con voz temblorosa:

—Les pido perdón... las revelaciones del señor son tan imprevistas... nunca lo habría pensado...

Su esposa lo interrogó ávidamente:

—Habla... te lo suplico... ¿qué ocurre?

Él balbuceó:

—La rendija existe... en el lugar mismo indicado... a lo largo del cristal...

Agarró bruscamente el brazo del caballero y le dijo con tono imperioso:

—Y ahora, señor, prosiga... reconozco que tiene usted razón hasta ahora, pero ahora... Esto no ha terminado... responda... ¿qué ocurrió según usted?

Floriani se zafó suavemente y, tras un instante, sentenció:

—Pues bien, según yo, esto es lo que ocurrió. El individuo, sabiendo que la señora de Dreux iba al baile con el collar, tendió su pasarela durante la ausencia de ustedes. A través de la ventana los vigiló y lo vio a usted esconder la joya. En cuanto usted se marchó, cortó el cristal y tiró de la anilla.

—De acuerdo, pero la distancia es demasiado grande para que haya podido, por el tragaluz, alcanzar el pestillo de la ventana.

—Si no pudo abrirla, es que entró por el propio tragaluz.

—Imposible; no hay hombre lo bastante delgado para introducirse por ahí.

—Entonces no es un hombre.

—¡Cómo!

—Ciertamente. Si el paso es demasiado estrecho para un hombre, es forzoso que sea un niño.

—¡Un niño!

—¿No me ha dicho usted que su amiga Henriette tenía un hijo?

—En efecto... un hijo que se llamaba Raoul.

—Es infinitamente probable que sea este Raoul quien cometió el robo.

—¿Qué prueba tiene de ello?

—¡Qué prueba!... No faltan pruebas... Así, por ejemplo...

Se calló y reflexionó unos segundos. Luego reanudó:

—Así, por ejemplo, esa pasarela, no es de creer que el niño la haya traído de fuera y se la haya llevado sin que nadie se diera cuenta. Debió de emplear lo que estaba a su disposición. En el cuartucho donde Henriette cocinaba, había, ¿no es así, estantes colgados en la pared donde se ponían las cacerolas?

—Dos estantes, si mal no recuerdo.

—Habría que asegurarse de si esas tablas están realmente fijadas a los listones de madera que las soportan. En caso contrario, estaríamos autorizados a pensar que el niño las desclavó y luego las ató una a la otra. Quizá también, puesto que había un fogón, se encontraría el gancho del fogón del que debió de servirse para abrir el tragaluz.

Sin decir palabra, el conde salió, y esta vez los presentes ni siquiera sintieron la pequeña ansiedad de lo desconocido que habían experimentado la primera vez. Sabían, sabían de forma absoluta, que las previsiones de Floriani eran justas. Emanaba de ese hombre una impresión de certeza tan rigurosa que se le escuchaba

no como si dedujera los hechos unos de otros, sino como si relatara acontecimientos cuya autenticidad era fácil de verificar sobre la marcha.

Y nadie se extrañó cuando, a su regreso, el conde declaró:

—Ha sido el niño, ha sido él, todo lo atestigua.

—¿Ha visto usted las tablas... el gancho?

—He visto... las tablas han sido desclavadas... el gancho todavía está allí.

Pero la señora de Dreux-Soubise exclamó:

—¡Es él!... Quiere usted decir más bien que es su madre. Henriette es la única culpable. Habrá obligado a su hijo...

—No —afirmó el caballero—, la madre no tiene nada que ver.

—¡Vamos! Vivían en la misma habitación, el niño no habría podido actuar a espaldas de Henriette.

—Vivían en la misma habitación, pero todo ocurrió en la pieza contigua, por la noche, mientras la madre dormía.

—¿Y el collar? —dijo el conde—. Se lo habrían encontrado en las cosas del niño.

—¡Perdón! Él salía. La misma mañana en que lo sorprendió usted ante su mesa de trabajo, venía de la escuela, y quizá la justicia, en lugar de agotar sus recursos contra la madre inocente, habría estado mejor inspirada registrando allí, en el pupitre del niño, entre sus libros de clase.

—De acuerdo, pero esos dos mil francos que Henriette recibía cada año, ¿no es el mejor signo de su complicidad?

—Cómplice, ¿les habría agradecido ese dinero? Y además, ¿no la vigilaban? Mientras que el niño es libre, él tiene toda la facilidad para correr hasta la ciudad vecina, para entrevistarse con un revendedor cualquiera y cederle a vil precio un diamante, dos diamantes, según el caso... con la única condición de que el envío de dinero se efectúe desde París, a cambio de lo cual se recommenzará al año siguiente.

Un malestar indefinible oprimía a los Dreux-Soubise y a sus invitados. Realmente había en el tono, en la actitud de Floriani, algo más que esa certeza que, desde el principio, había irritado tanto al conde. Había como una ironía, y una ironía que parecía más hostil que simpática y amistosa, como habría sido conveniente.

El conde fingió reír.

—Todo esto es de una ingenuidad que me deleita, mis felicitaciones. ¡Qué imaginación tan brillante!

—No, no —exclamó Floriani con más gravedad—, no imagino, evoco circunstancias que fueron inevitablemente tales como las muestro.

—¿Qué sabe usted?

—Lo que usted mismo me ha dicho. Me imagino la vida de la madre y del niño, allá, en el fondo de la provincia, la madre que cae enferma, las artimañas y los inventos del pequeño para vender las pedrerías y salvar a su madre o al menos endulzar sus últimos momentos. El mal se la lleva. Muere. Pasan los años. El niño crece,

se convierte en un hombre. Y entonces —y por esta vez, quiero admitir que mi imaginación se da rienda suelta— supongamos que este hombre siente la necesidad de volver a los lugares donde vivió su infancia, que los vuelve a ver, que reencuentra a aquellos que sospecharon, que acusaron a su madre... ¿se imagina el interés conmovedor de tal encuentro en la vieja casa donde se desarrollaron las peripecias del drama?

Sus palabras resonaron unos segundos en el silencio inquieto, y en el rostro del señor y la señora de Dreux se leía un esfuerzo desesperado por comprender, al mismo tiempo que el miedo, que la angustia de comprender. El conde murmuró:

—¿Quién es usted, pues, señor?

—¿Yo? Pues el caballero Floriani, a quien conoció usted en Palermo, y a quien ha sido tan amable de invitar a su casa ya varias veces.

—Entonces, ¿qué significa esta historia?

—¡Oh, nada en absoluto! Es un simple juego por mi parte. Intento figurarme la alegría que el hijo de Henriette, si aún existe, tendría en decirles que fue el único culpable, y que lo fue porque su madre era desdichada, a punto de perder el puesto de... criada del que vivía, y porque el niño sufría de ver a su madre desdichada.

Se expresaba con una emoción contenida, medio levantado e inclinado hacia la condesa. No podía subsistir ninguna duda. El caballero Floriani no era otro que el hijo de Henriette. Todo, en su actitud, en sus palabras, lo proclamaba. Además, ¿no era esa su intención evidente, su voluntad misma de ser reconocido como tal?

El conde dudó. ¿Qué conducta iba a adoptar con el audaz personaje? ¿Llamar? ¿Provocar un escándalo? ¿Desenmascarar a quien lo había despojado antaño? ¡Pero había pasado tanto tiempo! ¿Y quién iba a admitir esa historia absurda de un niño culpable? No, era mejor aceptar la situación, fingiendo no captar su verdadero sentido. Y el conde, acercándose a Floriani, exclamó con jovialidad:

—Muy divertido, muy curioso, su relato. Le juro que me apasiona. Pero, según usted, ¿qué ha sido de ese buen joven, ese modelo de hijos? Espero que no se haya detenido en tan buen camino.

—¡Oh, ciertamente no!

—¡Verdad que no! ¡Después de semejante comienzo! ¡Llevarse el collar de la reina a los seis años, el célebre collar que codiciaba María Antonieta!

—Y llevárselo —observó Floriani, siguiéndole el juego al conde—, llevárselo sin que le cueste el menor disgusto, sin que a nadie se le ocurra examinar el estado de los cristales o se dé cuenta de que el alféizar de la ventana está demasiado limpio, ese alféizar que había limpiado para borrar las huellas de su paso sobre el espeso polvo... Confiese que era para que se le subiera a la cabeza a un chiquillo de su edad. ¿Es tan fácil, entonces? ¿No hay más que querer y tender la mano?... A fe mía, quiso...

—Y tendió la mano.

—Las dos manos —repuso el caballero riendo.

Hubo un escalofrío. ¿Qué misterio ocultaba la vida de este supuesto Floriani? ¡Cuán extraordinaria debía de ser la existencia

de este aventurero, ladrón genial a los seis años, y que, hoy, por un refinamiento de diletante en busca de emociones, o a lo sumo para satisfacer un sentimiento de rencor, venía a desafiar a su víctima en su propia casa, audazmente, locamente, y sin embargo con toda la corrección de un hombre galante de visita!

Se levantó y se acercó a la condesa para despedirse. Ella reprimió un movimiento de retroceso. Él sonrió.

—¡Oh, señora, tiene usted miedo! ¿Habré llevado demasiado lejos mi pequeña comedia de brujo de salón?

Ella se dominó y respondió con la misma desenvoltura un tanto burlona:

—En absoluto, señor. La leyenda de ese buen hijo me ha, por el contrario, interesado mucho, y estoy feliz de que mi collar haya sido la ocasión de un destino tan brillante. Pero, ¿no cree usted que el hijo de esa... mujer, de esa Henriette, obedecía sobre todo a su vocación?

Él se estremeció, sintiendo la pulla, y replicó:

—Estoy persuadido de ello, e incluso era necesario que esa vocación fuera seria para que el niño no se desanimara.

—¿Y cómo es eso?

—Pues sí, ya lo sabe usted, la mayoría de las piedras eran falsas. Solo eran verdaderos los pocos diamantes recomprados al joyero inglés; los otros habían sido vendidos uno a uno según las duras necesidades de la vida.

—Seguía siendo el collar de la reina, señor —dijo la condesa con altivez—, y eso, me parece, es lo que el hijo de Henriette no podía comprender.

—Debió de comprender, señora, que, falso o verdadero, el collar era ante todo un objeto de ostentación, una insignia.

El señor de Dreux hizo un gesto. Su esposa se le adelantó inmediatamente.

—Señor —dijo ella—, si el hombre al que usted alude tiene el menor pudor...

Se interrumpió, intimidada por la mirada tranquila de Floriani.

Él repitió:

—Si ese hombre tiene el menor pudor...

Ella sintió que no ganaría nada hablándole de esa manera y, a su pesar, a pesar de su cólera y su indignación, toda temblorosa de orgullo humillado, le dijo casi cortésmente:

—Señor, la leyenda cuenta que Rétaux de Villette, cuando tuvo el collar de la reina entre sus manos y le hubo arrancado todos los diamantes con Jeanne de Valois, no se atrevió a tocar la montura. Comprendió que los diamantes no eran más que el adorno, el accesorio, pero que la montura era la obra esencial, la creación misma del artista, y la respetó. ¿Piensa usted que ese hombre lo ha comprendido igualmente?

—No dudo de que la montura exista. El niño la respetó.

—Pues bien, señor, si le ocurre encontrarse con él, le dirá que guarda injustamente una de esas reliquias que son la propiedad y

la gloria de ciertas familias, y que pudo arrancarle las piedras sin que el collar de la reina dejara de pertenecer a la casa de Dreux-Soubise. Nos pertenece como nuestro nombre, como nuestro honor.

El caballero respondió simplemente:

—Se lo diré, señora.

Se inclinó ante ella, saludó al conde, saludó uno tras otro a todos los presentes y salió.

Cuatro días después, la señora de Dreux encontró sobre la mesa de su habitación un estuche de cuero rojo con las armas del Cardenal. Abrió. Era el collar de esclava de la Reina.

Pero como todas las cosas deben, en la vida de un hombre preocupado por la unidad y la lógica, concurrir al mismo fin —y que un poco de publicidad nunca viene mal—, al día siguiente el Écho de France publicaba estas sensacionales líneas:

«El collar de la reina, la célebre joya histórica robada antaño a la familia de Dreux-Soubise, ha sido encontrado por Arsène Lupin. Arsène Lupin se ha apresurado a devolverlo a sus legítimos propietarios. No se puede sino aplaudir esta delicada y caballeresca atención.»

07

# El siete de corazones

*Empieza: «Se plantea una pregunta, y me la han hecho a menudo:»*

---

Se plantea una pregunta, y me la han hecho a menudo:

—¿Cómo conocí a Arsène Lupin?

Nadie duda de que lo conozco. Los detalles que acumulo sobre este hombre desconcertante, los hechos irrefutables que expongo, las pruebas nuevas que aporto, la interpretación que doy de ciertos actos de los que solo se habían visto las manifestaciones exteriores sin penetrar en sus razones secretas ni en su mecanismo invisible, todo ello demuestra, si no una intimidad, que la propia existencia de Lupin haría imposible, al menos unas relaciones amistosas y confidencias continuas.

Pero, ¿cómo lo conocí? ¿De dónde me viene el favor de ser su historiógrafo? ¿Por qué yo y no otro?

La respuesta es fácil: el azar solo ha presidido una elección en la que mi mérito no tiene nada que ver. Es el azar el que me ha puesto en su camino. Es por azar que me vi envuelto en una de sus más extrañas y misteriosas aventuras, por azar, en fin, que fui actor en un drama del que él fue el maravilloso director de escena, un drama oscuro y complejo, erizado de tales peripecias que siento cierta turbación en el momento de emprender su relato.

El primer acto transcurre durante esa famosa noche del 22 al 23 de junio de la que tanto se ha hablado. Y, por mi parte, digámoslo de inmediato, atribuyo la conducta bastante anómala que mantuve en la ocasión al estado de ánimo muy especial en el que me encontraba al regresar a casa. Habíamos cenado entre amigos en el restaurante de la Cascade y, durante toda la velada, mientras fumábamos y la orquesta de gitanos tocaba valses melancólicos, no habíamos hablado más que de crímenes y robos, de intrigas espantosas y tenebrosas. Esa es siempre una mala preparación para el sueño.

Los Saint-Martin se marcharon en automóvil. Jean Daspry —ese encantador y despreocupado Daspry que debía, seis meses después, morir de forma tan trágica en la frontera de Marruecos—, Jean Daspry y yo regresamos a pie en la noche oscura y cálida. Cuando llegamos ante el pequeño palacete que yo habitaba desde hacía un año en Neuilly, en el bulevar Maillot, me dijo:

—¿No tiene usted miedo nunca?

—¡Qué idea!

—Hombre, ¡este pabellón está tan aislado! Sin vecinos... terrenos baldíos... La verdad, no soy cobarde, y sin embargo...

—¡Vaya, qué alegre está usted!

—¡Oh! Digo esto como podría decir otra cosa. Los Saint-Martin me han impresionado con sus historias de bandidos.

Tras estrecharme la mano, se alejó. Tomé mi llave y abrí.

—¡Vaya, hombre! —murmuré—. Antoine ha olvidado encenderme una vela.

Y de repente recordé: Antoine no estaba, le había dado el día libre.

Enseguida la sombra y el silencio me resultaron desagradables. Subí a mi habitación a tientas, lo más rápido posible, y, de inmediato, contrariamente a mi costumbre, giré la llave y eché el cerrojo.

La llama de la vela me devolvió la sangre fría. Sin embargo, tuve cuidado de sacar mi revólver de su funda, un revólver grande de largo alcance, y lo puse al lado de mi cama. Esta precaución terminó de tranquilizarme. Me acosté y, como de costumbre, para dormirme, tomé de la mesita de noche el libro que me esperaba allí cada noche.

Me quedé muy asombrado. En lugar del marcapáginas con el que lo había marcado la víspera, se encontraba un sobre, sellado con cinco lacres rojos. Lo cogí vivamente. Llevaba como dirección mi nombre y apellidos, acompañados de esta mención: «Urgente».

¡Una carta! ¡Una carta a mi nombre! ¿Quién podía haberla puesto en ese lugar? Un poco nervioso, rasgué el sobre y leí:

«A partir del momento en que abra usted esta carta, pase lo que pase, oiga lo que oiga, no se mueva, no haga un gesto, no lance un grito. De lo contrario, está perdido.»

Yo tampoco soy un cobarde y, como cualquiera, sé mantenerme firme ante el peligro real o sonreír ante los peligros quiméricos que asustan nuestra imaginación. Pero, repito, me encontraba en una situación de ánimo anómala, más fácilmente impresionable, con los nervios a flor de piel. Y además, ¿no había en todo aquello algo turbador e inexplicable que habría conmovido el alma del más intrépido?

Mis dedos apretaban febrilmente la hoja de papel, y mis ojos releían sin cesar las frases amenazadoras... «No haga un gesto... no lance un grito... de lo contrario, está perdido...» ¡Vamos!, pensé, es alguna broma, una farsa imbécil.

Estuve a punto de reír, incluso quise reír a carcajadas. ¿Quién me lo impidió? ¿Qué temor indeciso me oprimió la garganta?

Al menos soplaría la vela. No, no pude soplarla. «Ni un gesto, o está perdido», estaba escrito.

Pero, ¿por qué luchar contra esas autosugestiones a menudo más imperiosas que los hechos más precisos? No había más que cerrar los ojos. Cerré los ojos.

En el mismo momento, un ruido ligero pasó en el silencio, luego unos crujidos. Y provenían, me pareció, de una gran sala vecina donde había instalado mi despacho y de la que solo me separaba la antecámara.

La proximidad de un peligro real me sobreexcitó, y tuve la sensación de que iba a levantarme, coger mi revólver y precipitarme en esa sala. No me levanté: frente a mí, una de las cortinas de la ventana izquierda se había movido.

La duda no era posible: ¡se había movido! ¡Se movía todavía! Y vi —¡oh, lo vi claramente!— que había entre las cortinas y la ventana, en ese espacio demasiado estrecho, una forma humana cuyo grosor impedía que la tela cayera recta.

Y el ser también me veía, era seguro que me veía a través de las mallas muy anchas de la tela. Entonces lo comprendí todo. Mientras los otros se llevaban su botín, su misión era mantenerme

a raya. ¿Levantarme? ¿Coger un revólver? Imposible... ¡estaba allí! Al menor gesto, al menor grito, estaba perdido.

Un golpe violento sacudió la casa, seguido de pequeños golpes agrupados de dos en dos o de tres en tres, como los de un martillo que golpea clavos y rebota. O al menos eso es lo que imaginaba, en la confusión de mi cerebro. Y otros ruidos se entrecruzaron, un verdadero estruendo que demostraba que no se cortaban en absoluto y que actuaban con total seguridad.

Tenían razón: no me moví. ¿Fue cobardía? No, más bien aniquilación, impotencia total para mover un solo de mis miembros. Sabiduría también, porque, al fin y al cabo, ¿para qué luchar? Detrás de ese hombre, había otros diez que acudirían a su llamada. ¿Iba a arriesgar mi vida por salvar unos tapices y unas baratijas?

Y toda la noche duró este suplicio. ¡Suplicio intolerable, angustia terrible! El ruido se había interrumpido, pero no dejaba de esperar que recommenzara. ¡Y el hombre! ¡El hombre que me vigilaba, arma en mano! Mi mirada asustada no lo abandonaba. ¡Y mi corazón latía! ¡Y el sudor corría por mi frente y todo mi cuerpo!

Y de repente un bienestar inexpresable me invadió: un carro de lechero, cuyo traqueteo conocía bien, pasó por el bulevar, y al mismo tiempo tuve la impresión de que el alba se colaba entre las persianas cerradas y que un poco de luz de fuera se mezclaba con la sombra.

Y la luz penetró en la habitación. Y otros carros pasaron. Y todos los fantasmas de la noche se desvanecieron.

Entonces saqué un brazo de la cama, lenta, sigilosamente. Enfrente, nada se movió. Marqué con los ojos el pliegue de la cortina, el lugar preciso donde debía apuntar, calculé exactamente los movimientos que debía ejecutar y, rápidamente, empuñé mi revólver y disparé.

Salté de la cama con un grito de liberación y me abalancé sobre la cortina. La tela estaba perforada, el cristal estaba perforado. En cuanto al hombre, no había podido alcanzarlo... por la buena razón de que no había nadie.

¡Nadie! Así que, ¡toda la noche había estado hipnotizado por un pliegue de cortina! Y mientras tanto, unos malhechores... Rabioso, con un impulso que nada habría detenido, giré la llave en la cerradura, abrí mi puerta, crucé la antecámara, abrí otra puerta y me lancé a la sala.

Pero un estupor me clavó en el umbral, jadeante, aturdido, más asombrado aún de lo que lo había estado por la ausencia del hombre: no había desaparecido nada. Todas las cosas que suponía sustraídas, muebles, cuadros, viejos terciopelos y viejas sedas, ¡todas esas cosas estaban en su sitio!

¡Espectáculo incomprensible! ¡No daba crédito a mis ojos! Sin embargo, ese estruendo, esos ruidos de mudanza... Di la vuelta a la habitación, inspeccioné las paredes, hice inventario de todos esos objetos que conocía tan bien. ¡No faltaba nada! Y lo que más me desconcertaba es que nada revelaba tampoco el paso de los malhechores, ningún indicio, ni una silla movida, ni una huella de pisada.

—Veamos, veamos —me decía, cogiéndome la cabeza con las dos manos—, ¡no estoy loco! ¡Lo he oído!...

Pulgada a pulgada, con los procedimientos de investigación más minuciosos, examiné la sala. Fue en vano. O más bien... ¿pero podía considerar esto un descubrimiento? Debajo de una pequeña alfombra persa, arrojada sobre el parqué, recogí una carta, un naipe. Era un siete de corazones, parecido a todos los sietes de corazones de las barajas francesas, pero que retuvo mi atención por un detalle bastante curioso. La punta extrema de cada una de las siete marcas rojas en forma de corazón estaba perforada por un agujero, el agujero redondo y regular que habría practicado la punta de un punzón.

Eso fue todo. Una carta y una nota encontrada en un libro. Aparte de eso, nada. ¿Era suficiente para afirmar que no había sido juguete de un sueño?

Durante todo el día, proseguí mis investigaciones en el salón. Era una gran estancia desproporcionada con la pequeñez del palacete, y cuya ornamentación atestiguaba el gusto extraño de quien la había concebido. El parqué estaba hecho de un mosaico de pequeñas piedras multicolores, formando grandes dibujos simétricos. El mismo mosaico recubría las paredes, dispuesto en paneles, alegorías pompeyanas, composiciones bizantinas, frescos de la Edad Media. Un Baco cabalgaba un tonel. Un emperador coronado de oro, de barba florida, sostenía una espada en su mano derecha.

En lo más alto, un poco a la manera de un taller, se recortaba la única y vasta ventana. Como esta ventana estaba siempre abierta por la noche, era probable que los hombres hubieran pasado por

allí, con ayuda de una escalera. Pero, aquí tampoco, ninguna certeza. Los soportes de la escalera deberían haber dejado huellas en el suelo apisonado del patio: no había ninguna. La hierba del terreno baldío que rodeaba el palacete debería haber estado recién pisada: no lo estaba.

Confieso que no se me ocurrió acudir a la policía, tan inconsistentes y absurdos eran los hechos que habría tenido que exponer. Se habrían burlado de mí. Pero, dos días después, era mi día de crónica en el Gil Blas, donde escribía entonces. Obsesionado por mi aventura, la conté con todo detalle.

El artículo no pasó desapercibido, pero vi que no se lo tomaban muy en serio y que lo consideraban más como una fantasía que como una historia real. Los Saint-Martin se burlaron de mí. Daspry, sin embargo, que no carecía de cierta competencia en estas materias, vino a verme, se hizo explicar el asunto y lo estudió... sin más éxito, por otra parte.

Pues bien, una de las mañanas siguientes, sonó el timbre de la verja, y Antoine vino a avisarme de que un señor deseaba hablar conmigo. No había querido dar su nombre. Le rogué que subiera.

Era un hombre de unos cuarenta años, muy moreno, de rostro enérgico, y cuyas ropas limpias, pero gastadas, anunciaban una preocupación por la elegancia que contrastaba con sus maneras más bien vulgares.

Sin preámbulos, me dijo —con una voz ronca, con acentos que me confirmaron la situación social del individuo—:

—Señor, de viaje, en un café, el Gil Blas cayó en mis manos. Leí su artículo. Me interesó... mucho.

—Se lo agradezco.

—Y he vuelto.

—¡Ah!

—Sí, para hablar con usted. ¿Son exactos todos los hechos que ha contado?

—Absolutamente exactos.

—¿No hay ni uno solo que sea de su invención?

—Ni uno solo.

—En ese caso, quizá tenga alguna información que proporcionarle.

—Le escucho.

—No.

—¿Cómo que no?

—Antes de hablar, tengo que verificar si son ciertos.

—¿Y para verificarlos?

—Necesito quedarme solo en esta habitación.

Lo miré con sorpresa.

—No veo muy bien...

—Es una idea que tuve al leer su artículo. Ciertos detalles establecen una coincidencia realmente extraordinaria con otra aventura que el azar me ha revelado. Si me he equivocado, es preferible que guarde silencio. Y la única manera de saberlo es que me quede solo...

¿Qué había detrás de esa proposición? Más tarde recordé que, al formularla, el hombre tenía un aire inquieto, una expresión de fisonomía ansiosa. Pero, en el momento, aunque un poco asombrado, no encontré nada particularmente anormal en su petición. ¡Y además, me estimulaba tal curiosidad!

Respondí:

—De acuerdo. ¿Cuánto tiempo necesita?

—¡Oh! Tres minutos, no más. Dentro de tres minutos, me reuniré con usted.

Salí de la habitación. Abajo, saqué mi reloj. Pasó un minuto. Dos minutos... ¿Por qué me sentía oprimido? ¿Por qué esos instantes me parecían más solemnes que otros?

Dos minutos y medio... Dos minutos y tres cuartos... Y de repente, sonó un disparo.

En unas pocas zancadas, subí los escalones y entré. Un grito de horror se me escapó.

En medio de la sala, el hombre yacía, inmóvil, acostado sobre el lado izquierdo. La sangre manaba de su cráneo, mezclada con restos de sesos. Cerca de su puño, un revólver, todavía humeante.

Una convulsión lo agitó, y eso fue todo.

Pero más aún que ese espectáculo espantoso, algo me golpeó, algo que hizo que no pidiera auxilio de inmediato y que no me arrodillara para ver si el hombre respiraba. ¡A dos pasos de él, en el suelo, había un siete de corazones!

Lo recogí. Las siete puntas de las siete marcas rojas estaban perforadas por un agujero...

Media hora después, llegaba el comisario de policía de Neuilly, luego el médico forense, luego el jefe de la Sûreté, el señor Dudouis. Tuve buen cuidado de no tocar el cadáver. Nada pudo falsear las primeras constataciones.

Fueron breves, tanto más breves cuanto que al principio no se descubrió nada, o muy poco. En los bolsillos del muerto, ningún papel; en sus ropas, ningún nombre; en su ropa interior, ninguna inicial. En resumen, ni un indicio capaz de establecer su identidad. Y en la sala, el mismo orden que antes. Los muebles no habían sido movidos, y los objetos habían conservado su antigua posición. Sin embargo, ¡ese hombre no había venido a mi casa con la única intención de suicidarse, y porque juzgaba que mi domicilio convenía mejor que ningún otro para su suicidio! Era necesario que un motivo lo hubiera determinado a ese acto de desesperación, y que ese motivo mismo resultara de un hecho nuevo, constatado por él en el curso de los tres minutos que había pasado solo.

¿Qué hecho? ¿Qué había visto? ¿Qué había sorprendido? ¿Qué secreto espantoso había penetrado? No se permitía ninguna suposición.

Pero, en el último momento, se produjo un incidente que nos pareció de considerable interés. Cuando dos agentes se agachaban para levantar el cadáver y llevárselo en una camilla, se dieron cuenta de que la mano izquierda, cerrada hasta entonces y crispada, se había relajado, y que una tarjeta de visita, toda arrugada, se escapaba de ella.

Esta tarjeta llevaba: Georges Andermatt, rue de Berry, 37.

¿Qué significaba aquello? Georges Andermatt era un importante banquero de París, fundador y presidente de ese Comptoir des métaux que había dado tal impulso a las industrias metalúrgicas de Francia. Llevaba un gran tren de vida, poseía un mail-coach, automóviles, una cuadra de carreras. Sus reuniones eran muy concurridas y se citaba a la señora Andermatt por su gracia y por su belleza.

—¿Será el nombre del muerto? —murmuré.

El jefe de la Sûreté se inclinó.

—No es él. El señor Andermatt es un hombre pálido y un poco canoso.

—Pero entonces, ¿por qué esta tarjeta?

—¿Tiene usted teléfono, señor?

—Sí, en el vestíbulo. Si quiere acompañarme.

Buscó en la guía y pidió el 415.21.

—¿Está el señor Andermatt en casa? —Haga el favor de decirle que el señor Dudouis le ruega que venga a toda prisa al 102 del bulevar Maillot. Es urgente.

Veinte minutos más tarde, el señor Andermatt descendía de su automóvil. Se le expusieron las razones que necesitaban su intervención, y luego se le condujo ante el cadáver.

Tuvo un segundo de emoción que contrajo su rostro, y pronunció en voz baja, como si hablara a su pesar:

—Étienne Varin.

—¿Lo conocía?

—No... o al menos sí... pero solo de vista. Su hermano...

—¿Tiene un hermano?

—Sí, Alfred Varin... Su hermano vino una vez a solicitarme... no recuerdo con qué motivo...

—¿Dónde vive?

—Los dos hermanos vivían juntos... en la rue de Provence, creo.

—¿Y no sospecha la razón por la que este se ha suicidado?

—En absoluto.

—Sin embargo, ¿esta tarjeta que tenía en la mano?... ¡Su tarjeta con su dirección!

—No entiendo nada. Evidentemente, no es más que una casualidad que la instrucción nos explicará.

Una casualidad, en todo caso, muy curiosa, pensé, y sentí que todos teníamos la misma impresión.

Esta impresión la reencontré en los periódicos del día siguiente, y en todos mis amigos con los que hablé de la aventura. En medio de los misterios que la complicaban, tras el doble descubrimiento, tan desconcertante, de ese siete de corazones siete veces perforado, tras los dos acontecimientos tan enigmáticos uno como el otro de los que mi morada había sido el teatro, esta tarjeta de visita parecía por fin prometer un poco de luz. A través de ella se llegaría a la verdad.

Pero, contrariamente a las previsiones, el señor Andermatt no proporcionó ninguna indicación.

—He dicho lo que sabía —repetía—. ¿Qué más se quiere? Soy el primer estupefacto de que esta tarjeta se haya encontrado allí, y espero como todo el mundo que este punto se aclare.

No se aclaró. La investigación estableció que los hermanos Varin, de origen suizo, habían llevado, bajo diferentes nombres, una vida muy agitada, frecuentando garitos, en relaciones con toda una banda de extranjeros de la que se ocupaba la policía, y que se había dispersado tras una serie de robos en los que su participación solo se estableció posteriormente. En el número 24 de la rue de Provence, donde los hermanos Varin habían habitado en efecto seis años antes, se ignoraba qué había sido de ellos.

Confieso que, por mi parte, este asunto me parecía tan embrollado que no creía mucho en la posibilidad de una solución, y que me esforzaba por no pensar más en ello. Pero Jean Daspry, por el contrario, a quien vi mucho en esa época, se apasionaba cada día más.

Fue él quien me señaló este eco de un periódico extranjero que toda la prensa reproducía y comentaba:

«Se van a proceder, en presencia del emperador, y en un lugar que se mantendrá secreto hasta el último minuto, a los primeros ensayos de un submarino que debe revolucionar las condiciones futuras de la guerra naval. Una indiscreción nos ha revelado su nombre: se llama El Siete de Corazones.»

¡El Siete de Corazones! ¿Era una coincidencia? ¿O se debía establecer un vínculo entre el nombre de este submarino y los

incidentes de los que hemos hablado? Pero, ¿un vínculo de qué naturaleza? Lo que pasaba aquí no podía de ninguna manera relacionarse con lo que pasaba allá.

—¿Qué sabe usted? —me decía Daspry—. Los efectos más dispares a menudo provienen de una causa única.

Dos días después, nos llegaba otro eco:

«Se pretende que los planos de El Siete de Corazones, el submarino cuyas pruebas tendrán lugar próximamente, han sido ejecutados por ingenieros franceses. Estos ingenieros, habiendo solicitado en vano el apoyo de sus compatriotas, se habrían dirigido luego, sin más éxito, al Almirantazgo inglés. Damos estas noticias con toda reserva.»

No me atrevo a insistir demasiado en hechos de naturaleza extremadamente delicada, y que provocaron, se recordará, una emoción tan considerable. Sin embargo, puesto que todo peligro de complicación está descartado, debo hablar del artículo del Écho de France, que tanto ruido hizo entonces, y que arrojó sobre el asunto del Siete de Corazones, como se le llamaba, algunas claridades... confusas.

Helo aquí, tal como apareció bajo la firma de Salvator:

El asunto del Siete de Corazones. Un rincón del velo levantado.

«Seremos breves. Hace diez años, un joven ingeniero de minas, Louis Lacombe, deseoso de consagrar su tiempo y su fortuna a los estudios que proseguía, dimitió de su cargo y alquiló, en el número 102 del bulevar Maillot, un pequeño palacete que un conde italiano había hecho construir y decorar recientemente. Por intermedio de

dos individuos, los hermanos Varin, de Lausana, uno de los cuales lo asistía en sus experimentos como preparador, y el otro le buscaba patrocinadores, entró en relaciones con H. Georges Andermatt, que acababa de fundar el Comptoir des Métaux.

»Tras varias entrevistas, logró interesarlo en un proyecto de submarino en el que trabajaba, y se acordó que, en cuanto la invención estuviera definitivamente a punto, el señor Andermatt usaría su influencia para obtener del ministerio de Marina una serie de ensayos.

»Durante dos años, Louis Lacombe frecuentó asiduamente el palacete Andermatt y sometió al banquero los perfeccionamientos que aportaba a su proyecto, hasta el día en que, satisfecho él mismo de su trabajo, habiendo encontrado la fórmula definitiva que buscaba, rogó al señor Andermatt que se pusiera en campaña.

»Ese día, Louis Lacombe cenó en casa de los Andermatt. Se marchó, por la noche, hacia las once y media. Desde entonces no se le ha vuelto a ver.

»Releyendo los periódicos de la época, se vería que la familia del joven acudió a la justicia y que la fiscalía se preocupó. Pero no se llegó a ninguna certeza, y generalmente se admitió que Louis Lacombe, que pasaba por un muchacho original y fantasioso, se había ido de viaje sin avisar a nadie.

»Aceptemos esta hipótesis... inverosímil. Pero se plantea una pregunta, capital para nuestro país: ¿qué ha sido de los planos del submarino? ¿Se los llevó Louis Lacombe? ¿Están destruidos?

»De la muy seria investigación a la que nos hemos dedicado, resulta que esos planos existen. Los hermanos Varin los tuvieron

en sus manos. ¿Cómo? Aún no hemos podido establecerlo, como tampoco sabemos por qué no intentaron venderlos antes. ¿Temían que se les preguntara cómo los habían obtenido? En todo caso, ese temor no ha persistido, y podemos afirmar con toda certeza lo siguiente: los planos de Louis Lacombe son propiedad de una potencia extranjera, y estamos en condiciones de publicar la correspondencia intercambiada a este propósito entre los hermanos Varin y el representante de esa potencia. Actualmente, El Siete de Corazones imaginado por Louis Lacombe está siendo realizado por nuestros vecinos.

»¿Responderá la realidad a las previsiones optimistas de quienes se han visto envueltos en esta traición? Tenemos, para esperar lo contrario, razones que el acontecimiento, quisiéramos creer, no desmentirá.»

Y un post scriptum añadía:

«Última hora.—Esperábamos con razón. Nuestras informaciones particulares nos permiten anunciar que los ensayos de El Siete de Corazones no han sido satisfactorios. Es bastante probable que a los planos entregados por los hermanos Varin les faltara el último documento aportado por Louis Lacombe al señor Andermatt la noche de su desaparición, documento indispensable para la comprensión total del proyecto, una especie de resumen donde se encuentran las conclusiones definitivas, las evaluaciones y las medidas contenidas en los otros papeles. Sin este documento, los planos son imperfectos; del mismo modo que, sin los planos, el documento es inútil.

»Por lo tanto, todavía estamos a tiempo de actuar y de recuperar lo que nos pertenece. Para esta tarea muy difícil, contamos mucho

con la asistencia del señor Andermatt. Tendrá a bien explicar la conducta inexplicable que ha mantenido desde el principio. Dirá no solo por qué no contó lo que sabía en el momento del suicidio de Étienne Varin, sino también por qué nunca reveló la desaparición de los papeles de la que tenía conocimiento. Dirá por qué, desde hace seis años, hace vigilar a los hermanos Varin por agentes a su sueldo.

»Esperamos de él, no palabras, sino actos. De lo contrario...»

La amenaza era brutal. Pero, ¿en qué consistía? ¿Qué medio de intimidación poseía Salvator, el autor... anónimo del artículo, sobre el señor Andermatt?

Una nube de reporteros asaltó al banquero, y diez entrevistas expresaron el desdén con el que respondió a este requerimiento. A lo que el corresponsal del Écho de France ripostó con estas tres líneas:

«Quiera o no el señor Andermatt, es desde ahora nuestro colaborador en la obra que emprendemos.»

El día en que apareció esta réplica, Daspry y yo cenamos juntos. Por la noche, con los periódicos extendidos sobre mi mesa, discutíamos el asunto y lo examinábamos desde todas sus facetas con esa irritación que se sentiría al caminar indefinidamente en la sombra y chocar siempre con los mismos obstáculos.

Y de repente, sin que mi criado me hubiera avisado, sin que el timbre hubiera sonado, la puerta se abrió y una dama entró, cubierta con un espeso velo.

Me levanté de inmediato y me adelanté. Ella me dijo:

—¿Es usted, señor, quien vive aquí?

—Sí, señora, pero le confieso...

—La verja del bulevar no estaba cerrada —explicó ella.

—¿Pero la puerta del vestíbulo?

No respondió, y pensé que debía de haber dado la vuelta por la escalera de servicio. ¿Conocía entonces el camino?

Hubo un silencio un poco embarazoso. Miró a Daspry. A mi pesar, como habría hecho en un salón, lo presenté. Luego le rogué que se sentara y me expusiera el motivo de su visita.

Se quitó el velo y vi que era morena, de rostro regular y, si no muy bella, al menos de un encanto infinito, que provenía sobre todo de sus ojos, unos ojos graves y dolorosos.

Dijo simplemente:

—Soy la señora Andermatt.

—¡La señora Andermatt! —repetí, cada vez más asombrado.

Un nuevo silencio. Y ella reanudó con una voz tranquila, y con el aire más sereno:

—Vengo por este asunto... que ya sabe. He pensado que quizá podría obtener de usted alguna información...

—Dios mío, señora, no sé más de lo que han dicho los periódicos. Haga el favor de precisar en qué puedo serle útil.

—No sé... No sé...

Solo entonces tuve la intuición de que su calma era ficticia, y que, bajo ese aire de seguridad perfecta, se escondía una gran turbación. Y nos callamos, tan incómodos el uno como el otro.

Pero Daspry, que no había dejado de observarla, se acercó y le dijo:

—¿Me permite, señora, hacerle algunas preguntas?

—¡Oh, sí! —exclamó ella—, así hablaré.

—Hablará... ¿cualesquiera que sean esas preguntas?

—Cualesquiera que sean.

Reflexionó y sentenció:

—¿Conocía usted a Louis Lacombe?

—Sí, por mi marido.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—La noche en que cenó en nuestra casa.

—Esa noche, ¿nada pudo darle a entender que no lo volvería a ver?

—No. Había aludido a un viaje a Rusia, ¡pero tan vagamente!

—¿Contaba entonces con volver a verlo?

—Dos días después, para cenar.

—¿Y cómo explica esta desaparición?

—No la explico.

—¿Y el señor Andermatt?

—Lo ignoro.

—Sin embargo...

—No me interrogue sobre eso.

—El artículo del Écho de France parece decir...

—Lo que parece decir es que los hermanos Varin no son ajenos a esta desaparición.

—¿Es esa su opinión?

—Sí.

—¿En qué se basa su convicción?

—Al dejarnos, Louis Lacombe llevaba una cartera que contenía todos los papeles relativos a su proyecto. Dos días después, hubo una entrevista entre mi marido y uno de los hermanos Varin, el que vive, en el curso de la cual mi marido adquirió la prueba de que esos papeles estaban en manos de los dos hermanos.

—¿Y no los denunció?

—No.

—¿Por qué?

—Porque, en la cartera, había algo más que los papeles de Louis Lacombe.

—¿El qué?

Dudó, estuvo a punto de responder, pero, finalmente, guardó silencio. Daspry continuó:

—Esa es, pues, la causa por la que su marido, sin avisar a la policía, hacía vigilar a los dos hermanos. Esperaba a la vez recuperar los

papeles y esa cosa... comprometedora gracias a la cual los dos hermanos ejercían sobre él una especie de chantaje.1

—Sobre él... y sobre mí.2

—¡Ah! ¿Sobre usted también?3

—Sobre mí principalmente4.

Articuló estas tres palabras con una voz sorda. Daspry la observó, dio unos pasos y, volviendo a ella:

—¿Usted escribió a Louis Lacombe?

—Ciertamente... mi marido estaba en relaciones...

—Aparte de esas cartas oficiales, ¿no escribió usted a Louis Lacombe... otras cartas? Disculpe mi insistencia, pero es indispensable que sepa toda la verdad. ¿Escribió usted otras cartas?

Toda sonrojada, murmuró:

—Sí.

—¿Y son esas cartas las que poseían los hermanos Varin?

—Sí.

—¿El señor Andermatt lo sabe, entonces?

—No las ha visto, pero Alfred Varin le reveló su existencia, amenazándolo con publicarlas si mi marido actuaba contra ellos. Mi marido tuvo miedo... retrocedió ante el escándalo.

—Solo que ha hecho todo lo posible por arrancarles esas cartas.

—Ha hecho todo lo posible... al menos, eso supongo, porque, a partir de esa última entrevista con Alfred Varin, y tras las pocas palabras muy violentas con las que me dio cuenta de ella, ya no ha habido entre mi marido y yo ninguna intimidad, ninguna confianza. Vivimos como dos extraños.

—En ese caso, si no tiene nada que perder, ¿qué teme?

—Por muy indiferente que me haya vuelto para él, soy la que amó, la que aún habría podido amar; —¡oh, de eso estoy segura! —murmuró con una voz ardiente—, aún me habría amado, si no se hubiera apoderado de esas malditas cartas...

—¡Cómo! ¿Lo habría conseguido?... ¿Pero los dos hermanos desconfiaban, sin embargo?

—Sí, e incluso se jactaban, al parecer, de tener un escondite seguro.

—¿Entonces?...

—¡Tengo toda la razón para creer que mi marido ha descubierto ese escondite!

—¡Vamos! ¿Dónde se encontraba?

—Aquí.

Me estremecí.

—¡Aquí!

—Sí, y siempre lo había sospechado. Louis Lacombe, muy ingenioso, apasionado de la mecánica, se divertía, en sus horas perdidas, confeccionando cofres y cerraduras. Los hermanos Varin debieron de sorprender y, posteriormente, utilizar uno de esos

escondites para disimular las cartas... y otras cosas también, sin duda.

—¡Pero no vivían aquí! —exclamé.

—Hasta la llegada de usted, hace cuatro meses, este pabellón permaneció desocupado. Es probable, pues, que volvieran, y pensaron además que la presencia de usted no los molestaría el día en que necesitaran retirar todos sus papeles. Pero contaban sin mi marido que, en la noche del 22 al 23 de junio, forzó el cofre, tomó... lo que buscaba, y dejó su tarjeta para demostrar a los dos hermanos que ya no tenía que temerles y que los papeles cambiaban. Dos días más tarde, advertido por el artículo del Gil Blas, Étienne Varin se presentó en su casa a toda prisa, se quedó solo en este salón, encontró el cofre vacío... y se suicidó.

Tras un instante, Daspry preguntó:

—Es una simple suposición, ¿no es así? ¿El señor Andermatt no le ha dicho nada?

—No.

—¿Su actitud hacia usted no se ha modificado? ¿No le ha parecido más sombrío, más preocupado?

—No.

—¡Y cree usted que sería así si hubiera encontrado las cartas! Para mí, no las tiene. Para mí, no fue él quien entró aquí.

—¿Pero quién entonces?

—El personaje misterioso que conduce este asunto, que tiene todos los hilos y que lo dirige hacia un fin que apenas entrevemos a

través de tantas complicaciones, el personaje misterioso cuya acción visible y todopoderosa se siente desde la primera hora. Es él y sus amigos quienes entraron en este hotel el 22 de junio, es él quien descubrió el escondite, es él quien dejó la tarjeta del señor Andermatt, es él quien posee la correspondencia y las pruebas de la traición de los hermanos Varin.

—¿Quién, él? —interrumpí, no sin impaciencia.

—El corresponsal del Écho de France, ¡pardiez, ese Salvator! ¿No es de una evidencia cegadora? ¿No da en su artículo detalles que solo puede conocer el hombre que ha penetrado los secretos de los dos hermanos?

—En ese caso —balbuceó la señora Andermatt con espanto—, ¡él tiene también mis cartas, y es él a su vez quien amenaza a mi marido! ¡Qué hacer, Dios mío!

—Escribirle —declaró netamente Daspry—, confiarse a él sin rodeos; contarle todo lo que sabe y todo lo que pueda averiguar.

—¡Qué dice!

—Su interés es el mismo que el suyo. Está fuera de toda duda que actúa contra el superviviente de los dos hermanos. No es contra el señor Andermatt que busca armas, sino contra Alfred Varin. Ayúdelo.

—¿Cómo?

—¿Tiene su marido ese documento que completa y que permite utilizar los planos de Louis Lacombe?

—Sí.

—Adviértaselo a Salvator. Si es necesario, trate de procurarle ese documento. En resumen, entre en correspondencia con él. ¿Qué arriesga?

El consejo era audaz, peligroso incluso a primera vista, pero la señora Andermatt no tenía mucha elección. Además, como decía Daspry, ¿qué arriesgaba? Si el desconocido era un enemigo, esta gestión no agravaba la situación. Si era un extraño que perseguía un fin particular, debía de atribuir a esas cartas solo una importancia secundaria.

Sea como fuere, había allí una idea, y la señora Andermatt, en su desasosiego, se alegró demasiado de acogerla. Nos agradeció con efusión y prometió mantenernos al corriente.

Dos días después, en efecto, nos envió esta nota que había recibido en respuesta:

«Las cartas no se encontraban allí. Pero las tendré, esté tranquila. Velo por todo. S.»

Tomé el papel. Era la escritura de la nota que habían introducido en mi libro de cabecera la noche del 22 de junio.

Daspry tenía razón, pues, Salvator era el gran organizador de este asunto.

En verdad, empezábamos a discernir algunos destellos entre las tinieblas que nos rodeaban y ciertos puntos se iluminaban con una luz inesperada. Pero, ¡cuántos otros permanecían oscuros, como el descubrimiento de los dos sietes de corazones! Por mi parte, volvía siempre a ello, más intrigado quizá de lo que hubiera sido necesario por esas dos cartas cuyas siete pequeñas figuras

traspasadas habían golpeado mis ojos en circunstancias tan turbadoras. ¿Qué papel desempeñaban en el drama? ¿Qué importancia debía atribuírseles? ¿Qué conclusión debía sacarse de este hecho de que el submarino construido sobre los planos de Louis Lacombe llevara el nombre de Siete de Corazones?

Daspry, por su parte, se ocupaba poco de las dos cartas, dedicado por entero al estudio de otro problema cuya solución le parecía más urgente: buscaba incansablemente el famoso escondite.

—Y quién sabe —decía—, si no encontraré allí las cartas que Salvator no encontró... por inadvertencia quizá. Es tan poco creíble que los hermanos Varin hayan retirado de un lugar que suponían inaccesible, el arma cuyo valor inestimable conocían.

Y buscaba. Como la gran sala pronto no tuvo más secretos para él, extendió sus investigaciones a todas las otras habitaciones del pabellón: escrutó el interior y el exterior, examinó las piedras y los ladrillos de las murallas, levantó las pizarras del tejado.

Un día, llegó con un pico y una pala, me dio la pala, se quedó con el pico y, señalando el terreno baldío:

—Vamos allá.

Lo seguí sin entusiasmo. Dividió el terreno en varias secciones que inspeccionó sucesivamente. Pero, en un rincón, en el ángulo que formaban los muros de dos propiedades vecinas, un amontonamiento de escombros y guijarros, cubiertos de zarzas y hierbas, atrajo su atención. Lo atacó.

Tuve que ayudarlo. Durante una hora, a pleno sol, trabajamos inútilmente. Pero cuando, bajo las piedras apartadas, llegamos al

suelo mismo, y lo hubimos abierto, el pico de Daspry dejó al descubierto unos huesos, un resto de esqueleto alrededor del cual todavía se deshilachaban jirones de ropa.

Y de repente me sentí palidecer. Veía clavada en tierra una pequeña placa de hierro, recortada en forma de rectángulo y en la que me pareció distinguir manchas rojas. Me agaché. Era eso: la placa tenía las dimensiones de un naipe, y las manchas rojas, de un rojo de minio roído en algunos lugares, eran siete, dispuestas como los siete puntos de un siete de corazones, y perforadas por un agujero en cada una de las siete puntas.

—Escuche, Daspry, estoy harto de todas estas historias. Tanto mejor para usted si le interesan. Yo lo dejo.

¿Fue la emoción? ¿Fue la fatiga de un trabajo ejecutado bajo un sol demasiado rudo? El caso es que vacilé al marcharme, y tuve que meterme en la cama, donde permanecí cuarenta y ocho horas, febril y ardiente, obsesionado por esqueletos que danzaban a mi alrededor y se arrojaban a la cabeza sus corazones sanguinolentos.

Daspry me fue fiel. Cada día me dedicaba tres o cuatro horas, que pasaba, es verdad, en la gran sala, husmeando, golpeando y tamborileando.

—Las cartas están aquí, en esta habitación —venía a decirme de vez en cuando—, están aquí. Pondría mi mano en el fuego.

—Déjeme en paz —respondía yo, erizado.

La mañana del tercer día, me levanté bastante débil todavía, pero curado. Un almuerzo sustancioso me reconfortó. Pero un mensaje neumático que recibí hacia las cinco contribuyó, más que nada, a

mi completo restablecimiento, de tanto que mi curiosidad fue, de nuevo y a pesar de todo, picada en vivo.

El neumático contenía estas palabras:

«Señor:

El drama cuyo primer acto tuvo lugar en la noche del 22 al 23 de junio, toca a su fin. La fuerza misma de las cosas exige que ponga en presencia uno del otro a los dos principales personajes de este drama y que esta confrontación tenga lugar en su casa, por lo que le estaría infinitamente agradecido si me prestara su domicilio para la velada de hoy. Sería bueno que, de nueve a once, su criado estuviera ausente, y preferible que usted mismo tuviera la extrema amabilidad de dejar el campo libre a los adversarios. Pudo usted comprobar, en la noche del 22 al 23 de junio, que llevo hasta el escrúpulo el respeto por todo lo que le pertenece. Por mi parte, creería hacerle un agravio si dudara un solo instante de su absoluta discreción con respecto a quien firma

Su devoto,

SALVATOR.»

Había en esta misiva un tono de ironía cortés y, en la petición que expresaba, una fantasía tan bonita, que me deleité. Era de una desenvoltura encantadora, ¡y mi corresponsal parecía tan seguro de mi aquiescencia! Por nada del mundo habría querido decepcionarlo o responder a su confianza con ingratitud.

A las ocho, mi criado, a quien había ofrecido una entrada de teatro, acababa de salir cuando llegó Daspry. Le mostré el neumático.

—¿Y bien? —me dijo.

—Pues bien, dejo la verja del jardín abierta, para que se pueda entrar.

—¿Y usted se va?

—¡Jamás en la vida!

—Pero si se lo piden...

—Se me pide discreción. Seré discreto. Pero tengo unas ganas locas de ver lo que va a pasar.

Daspry se echó a reír.

—A fe mía, tiene usted razón, y yo también me quedo. Tengo la idea de que no nos aburriremos.

Un timbrazo lo interrumpió.

—¿Ellos ya? —murmuró—. ¡Y veinte minutos antes! Imposible.

Desde el vestíbulo, tiré del cordón que abría la verja. Una silueta de mujer cruzó el jardín: la señora Andermatt.

Parecía trastornada, y fue sofocándose como balbuceó:

—Mi marido... viene... tiene una cita... deben darle las cartas...

—¿Cómo lo sabe? —le dije.

—Una casualidad. Una nota que mi marido recibió durante la cena.

—¿Un neumático?

—Un mensaje telefónico. El criado me lo entregó por error. Mi marido lo tomó enseguida, pero era demasiado tarde... lo había leído.

—Había leído...

—Esto más o menos: «A las nueve, esta noche, esté en el bulevar Maillot con los documentos que conciernen al asunto. A cambio, las cartas.» Después de la cena, subí a mi habitación y salí.

—¿Sin que el señor Andermatt lo supiera?

—Sí.

Daspry me miró.

—¿Qué piensa?

—Pienso lo que usted piensa, que el señor Andermatt es uno de los adversarios convocados.

—¿Por quién? ¿Y con qué fin?

—Eso es precisamente lo que vamos a saber.

Los conduje a la gran sala.

A duras penas podíamos caber los tres bajo el manto de la chimenea, y disimularnos detrás del cortinaje de terciopelo. Nos instalamos. La señora Andermatt se sentó entre nosotros dos. Por las rendijas de la cortina, toda la estancia se nos aparecía.

Sonaron las nueve. Unos minutos más tarde, la verja del jardín chirrió sobre sus goznes.

Confieso que no dejaba de sentir cierta angustia y que una fiebre nueva me sobreexcitaba. ¡Estaba a punto de conocer la clave del enigma! La desconcertante aventura cuyas peripecias se desarrollaban ante mí desde hacía semanas, iba por fin a cobrar su verdadero sentido, y era ante mis ojos que la batalla iba a librarse.

Daspry cogió la mano de la señora Andermatt y murmuró:

—¡Sobre todo, ni un movimiento! Oiga o vea lo que oiga o vea, permanezca impasible.

Alguien entró. Y reconocí en seguida, por su gran parecido con Étienne Varin, a su hermano Alfred. Mismo andar pesado, mismo rostro terroso invadido por la barba.

Entró con el aire inquieto de un hombre que tiene la costumbre de temer emboscadas a su alrededor, que las olfatea y las evita. De un vistazo abarcó la estancia, y tuve la impresión de que esa chimenea enmascarada por una portezuela de terciopelo le resultaba desagradable. Dio tres pasos hacia nuestro lado. Pero una idea, más imperiosa sin duda, lo desvió, pues se dirigió hacia la pared, se detuvo ante el viejo rey de mosaico, de barba florida y espada flamígera, y lo examinó largamente, subiéndose a una silla, siguiendo con el dedo el contorno de los hombros y del rostro, y palpando ciertas partes de la imagen.

Pero bruscamente saltó de su silla y se alejó de la pared. Resonaba un ruido de pasos. En el umbral apareció el señor Andermatt.

El banquero lanzó un grito de sorpresa.

—¡Usted! ¡Usted! ¿Es usted quien me ha llamado?

—¿Yo? Pero en absoluto —protestó Varin con una voz quebrada que me recordó la de su hermano—. Es su carta la que me ha hecho venir.

—¡Mi carta!

—Una carta firmada por usted, donde me ofrece...

—Yo no le he escrito.

—¡No me ha escrito!

Instintivamente, Varin se puso en guardia, no contra el banquero, sino contra el enemigo desconocido que lo había atraído a esa trampa. Una segunda vez sus ojos se volvieron hacia nuestro lado y, rápidamente, se dirigió hacia la puerta.

El señor Andermatt le cerró el paso.

—¿Qué hace, Varin?

—Hay aquí maquinaciones que no me gustan. Me voy. Buenas noches.

—¡Un momento!

—Veamos, señor Andermatt, no insista, no tenemos nada que decirnos.

—Tenemos mucho que decirnos y la ocasión es demasiado buena...

—Déjeme pasar.

—No, no, no, no pasará.

Varin retrocedió, intimidado por la actitud resuelta del banquero, y masculló:

—Entonces, rápido, hablemos, ¡y que se acabe!

Una cosa me asombraba, y no dudaba de que mis dos compañeros sintieran la misma decepción. ¿Cómo era posible que Salvator no estuviera allí? ¿No entraba en sus planes intervenir? ¿Y le parecía suficiente la sola confrontación del banquero y de Varin? Estaba singularmente turbado. Por su ausencia, este duelo, combinado por

él, querido por él, tomaba el aire trágico de los acontecimientos que suscita y comanda el orden riguroso del destino, y la fuerza que enfrentaba a estos dos hombres impresionaba tanto más cuanto que residía fuera de ellos.

Tras un momento, el señor Andermatt se acercó a Varin y, bien de frente, mirándolo a los ojos:

—Ahora que han pasado años y que ya no tiene nada que temer, respóndame francamente, Varin. ¿Qué ha hecho con Louis Lacombe?

—¡Vaya pregunta! ¡Como si yo pudiera saber qué ha sido de él!

—¡Usted lo sabe! ¡Usted lo sabe! Su hermano y usted seguían sus pasos, vivían casi en su casa, en la misma casa donde estamos. Estaban al corriente de todos sus trabajos, de todos sus proyectos. Y la última noche, Varin, cuando acompañé a Louis Lacombe hasta mi puerta, vi dos siluetas que se escabullían en la sombra. Eso, estoy dispuesto a jurarlo.

—Y después, ¿cuando lo haya jurado?

—Eran su hermano y usted, Varin.

—Pruébelo.

—Pero la mejor prueba es que, dos días más tarde, usted mismo me mostró los papeles y los planos que había recogido de la cartera de Lacombe, y que me propuso vendérmelos. ¿Cómo estaban esos papeles en su poder?

—Ya se lo dije, señor Andermatt, los encontramos en la misma mesa de Louis Lacombe a la mañana siguiente, después de su

desaparición.

—No es verdad.

—Pruébelo.

—La justicia podría haberlo probado.

—¿Por qué no acudió a la justicia?

—¿Por qué? ¡Ah, por qué!...

Se calló, con el rostro sombrío. Y el otro reanudó:

—Mire, señor Andermatt, si hubiera tenido la menor certeza, no es la pequeña amenaza que le hicimos la que habría impedido...

—¿Qué amenaza? ¿Esas cartas? ¿Se imagina que alguna vez creí un instante?...

—Si no creyó en esas cartas, ¿por qué me ofreció miles y miles por recuperarlas? Y por qué, desde entonces, nos ha hecho acosar como a bestias, a mi hermano y a mí?

—Para recuperar unos planos que me interesaban.

—¡Vamos! Era por las cartas. Una vez en posesión de las cartas, nos denunciaba. ¡Ni hablar de que me deshiciera de ellas!

Soltó una carcajada que interrumpió de repente.

—Pero ya basta. Por mucho que repitamos las mismas palabras, no avanzaremos más. Por consiguiente, lo dejaremos aquí.

—No lo dejaremos aquí —dijo el banquero—, y puesto que ha hablado de las cartas, no saldrá de aquí antes de habérmelas devuelto.

—Saldré.

—No, no.

—Escuche, señor Andermatt, le aconsejo...

—No saldrá.

—Eso ya lo veremos —dijo Varin con tal acento de rabia que la señora Andermatt ahogó un débil grito.

Debió de oírla, pues quiso pasar a la fuerza. El señor Andermatt lo empujó violentamente. Entonces lo vi deslizar su mano en el bolsillo de su chaleco.

—¡Una última vez!

—Primero las cartas.

Varin sacó un revólver y, apuntando al señor Andermatt:

—¿Sí o no?

El banquero se agachó vivamente.

Sonó un disparo. El arma cayó.

Me quedé estupefacto. ¡El disparo había sonado cerca de mí! ¡Y había sido Daspry quien, de un pistoletazo, había hecho saltar el arma de la mano de Alfred Varin!

Y, erguido de repente entre los dos adversarios, frente a Varin, se mofaba:

—Tiene suerte, amigo mío, una suerte bárbara. Apuntaba a la mano, y he alcanzado el revólver.

Ambos lo contemplaban, inmóviles y confundidos. Dijo al banquero:

—Me disculpará, señor, por meterme en lo que no me incumbe. Pero realmente está jugando su partida con demasiada torpeza. Permítame llevar las cartas.

Volviéndose hacia el otro:

—A nosotros dos, camarada. Y rápido, te lo ruego. El triunfo es corazones, y yo juego el siete.

Y, a tres pulgadas de su nariz, le pegó la placa de hierro donde estaban marcados los siete puntos rojos.

Jamás me ha sido dado ver tal trastorno. Lívido, con los ojos desorbitados, las facciones torcidas de angustia, el hombre parecía hipnotizado por la imagen que se le ofrecía.

—¿Quién es usted? —balbuceó.

—Ya lo he dicho, un señor que se ocupa de lo que no le incumbe... pero que se ocupa a fondo.

—¿Qué quiere?

—Todo lo que has traído.

—No he traído nada.

—Sí, si no, no habrías venido. Has recibido esta mañana una nota convocándote aquí para las nueve, y ordenándote que trajeras todos los papeles que tenías. Y aquí estás. ¿Dónde están los papeles?

Había en la voz de Daspry, había en su actitud, una autoridad que me desconcertaba, una forma de actuar totalmente nueva en este hombre más bien nonchalante de ordinario y dulce. Absolutamente domado, Varin señaló uno de sus bolsillos.

—Los papeles están ahí.

—¿Están todos?

—Sí.

—¿Todos los que encontraste en la cartera de Louis Lacombe y que vendiste al mayor von Lieben?

—Sí.

—¿Es la copia o el original?

—El original.

—¿Cuánto quieres por ellos?

—Cien mil.

Daspry soltó una carcajada.

—Estás loco. El mayor no te dio más que veinte mil. Veinte mil tirados al agua, puesto que los ensayos fallaron.

—No supieron usar los planos.

—Los planos están incompletos.

—Entonces, ¿por qué me los pide?

—Los necesito. Te ofrezco cinco mil francos. Ni un céntimo más.

—Diez mil. Ni un céntimo menos.

—Concedido.

Daspry volvió al señor Andermatt.

—Haga el favor de firmar un cheque, señor.

—Pero... es que no tengo...

—¿Su talonario? Aquí está.

Aturdido, el señor Andermatt palpó el talonario que Daspry le tendía.

—Es mío... ¿Cómo es posible?

—No más palabras vanas, se lo ruego, querido señor, no tiene más que firmar.

El banquero sacó su estilográfica y firmó. Varin adelantó la mano.

—Quita las zarpas —dijo Daspry—, no hemos terminado.

Y dirigiéndose al banquero:

—También se habló de unas cartas, ¿que usted reclama?

—Sí, un paquete de cartas.

—¿Dónde están, Varin?

—No las tengo.

—¿Dónde están, Varin?

—Lo ignoro. Es mi hermano quien se había encargado de ellas.

—Están escondidas aquí, en esta habitación.

—En ese caso, usted sabe dónde están.

—¿Cómo iba a saberlo?

—Hombre, ¿no es usted quien visitó el escondite? Parece usted tan bien informado... como Salvator.

—Las cartas no están en el escondite.

—Están allí.

—Ábrelo.

Varin lanzó una mirada de desconfianza. ¿Eran Daspry y Salvator realmente la misma persona, como todo parecía indicar? Si era así, no arriesgaba nada mostrando un escondite ya conocido. Si no, era inútil...

—Ábrelo —repitió Daspry.

—No tengo un siete de corazones.

—Sí, este —dijo Daspry, tendiéndole la placa de hierro.

Varin retrocedió, aterrorizado:

—No... no... no quiero...

—No importa...

Daspry se dirigió hacia el viejo monarca de barba florida, se subió a una silla y aplicó el siete de corazones en la parte inferior de la espada, contra la guarda, y de manera que los bordes de la placa recubrieran exactamente los dos bordes de la hoja. Luego, con la ayuda de un punzón, que introdujo alternativamente en cada uno de los siete agujeros practicados en la punta de los siete puntos de corazón, presionó siete de las pequeñas teselas del mosaico. Al presionar la séptima tesela, se produjo un resorte, y todo el busto

del rey giró, descubriendo una amplia abertura acondicionada como un cofre, con revestimientos de hierro y dos estantes de acero reluciente.

—Ya ves, Varin, el cofre está vacío.

—En efecto... Entonces es que mi hermano habrá retirado las cartas.

Daspry volvió hacia el hombre y le dijo:

—No te hagas el listo conmigo. Hay otro escondite. ¿Dónde está?

—No lo hay.

—¿Es dinero lo que quieres? ¿Cuánto?

—Diez mil.

—Señor Andermatt, ¿valen esas cartas diez mil francos para usted?

—Sí —dijo el banquero con voz fuerte.

Varin cerró el cofre, tomó el siete de corazones, no sin una repugnancia visible, y lo aplicó sobre la espada, contra la guarda, y justo en el mismo lugar. Sucesivamente, hundió el punzón en la punta de los siete puntos de corazón. Se produjo un segundo resorte, pero esta vez, cosa inesperada, solo una parte del cofre giró, descubriendo un pequeño cofre practicado en el espesor mismo de la puerta que cerraba el más grande.

El paquete de cartas estaba allí, atado con un cordel y lacrado. Varin se lo entregó a Daspry. Este preguntó:

—¿El cheque está listo, señor Andermermatt?

—Sí.

—¿Y tiene usted también el último documento que recibió de Louis Lacombe, y que completa los planos del submarino?

—Sí.

Se hizo el intercambio. Daspry se embolsó el documento y el cheque, y ofreció el paquete al señor Andermatt.

—Aquí tiene lo que deseaba, señor.

El banquero dudó un momento, como si tuviera miedo de tocar esas páginas malditas que había buscado con tanto ahínco. Luego, con un gesto nervioso, se apoderó de ellas.

Cerca de mí oí un gemido. Cogí la mano de la señora Andermatt: estaba helada.

Y Daspry dijo al banquero:

—Creo, señor, que nuestra conversación ha terminado. ¡Oh! Nada de agradecimientos, se lo suplico. Solo el azar ha querido que pudiera serle útil.

El señor Andermatt se retiró. Se llevaba las cartas de su mujer a Louis Lacombe.

—¡A las mil maravillas! —exclamó Daspry con aire encantado—. Todo se arregla para bien. No nos queda más que zanjar nuestro asunto, camarada. ¿Tienes los papeles?

—Aquí están todos.

Daspry los compulsó, los examinó atentamente y los guardó en su bolsillo.

—Perfecto, has cumplido tu palabra.

—Pero...

—¿Pero qué?

—¿Los dos cheques?... ¿El dinero?...

—Vaya, tienes descaro, amigo. ¡Cómo te atreves a reclamar!

—Reclamo lo que se me debe.

—¿Se te debe algo por unos papeles que has robado?

Pero el hombre parecía fuera de sí. Temblaba de cólera, con los ojos inyectados en sangre.

—El dinero... los veinte mil... —balbuceó.

—Imposible... tengo un uso para ellos.

—¡El dinero!...

—Vamos, sé razonable, y deja tranquilo tu puñal.

Le agarró el brazo tan brutalmente que el otro aulló de dolor, y añadió:

—Vete, camarada, el aire te sentará bien. ¿Quieres que te acompañe? Nos iremos por el terreno baldío, y te mostraré un montón de piedras bajo el cual...

—¡No es verdad! ¡No es verdad!

—Pero sí, es verdad. Esa pequeña placa de hierro con los siete puntos rojos viene de allí. Nunca se separaba de Louis Lacombe, ¿recuerdas? Tu hermano y tú la enterrasteis con el cadáver... y con otras cosas que interesarán enormemente a la justicia.

Varin se cubrió el rostro con sus puños rabiosos. Luego pronunció:

—De acuerdo. Me han engañado. No hablemos más de ello. Una palabra, sin embargo... una sola palabra... quisiera saber...

—Escucho.

—Había en ese cofre, en el más grande de los dos, ¿un cofrecillo?

—Sí.

—Cuando vino usted aquí, la noche del 22 al 23 de junio, ¿estaba allí?

—Sí.

—¿Contenía?...

—Todo lo que los hermanos Varin habían encerrado allí, una bonita colección de joyas, diamantes y perlas, conseguidos de aquí y de allá por dichos hermanos.

—¿Y usted lo cogió?

—¡Hombre! Ponte en mi lugar.

—Entonces... ¿fue al constatar la desaparición del cofrecillo que mi hermano se mató?

—Probable. La desaparición de vuestra correspondencia con el mayor von Lieben no habría sido suficiente. Pero la desaparición del cofrecillo... ¿Es eso todo lo que tenías que preguntarme?

—Esto todavía: ¿su nombre?

—Dices eso como si tuvieras ideas de venganza.

—¡Pardiez! La suerte cambia. Hoy usted es el más fuerte. Mañana...

—Serás tú.

—Cuento con ello. ¿Su nombre?

—Arsène Lupin.

—¡Arsène Lupin!

El hombre vaciló, aturdido como por un mazazo. Se diría que esas dos palabras le quitaban toda esperanza. Daspry se echó a reír.

—¡Ah, vamos! ¿Te imaginabas que un señor Durand o Dupont habría podido montar todo este tinglado? ¡Anda ya, hacía falta al menos un Arsène Lupin! Y ahora que estás informado, muchacho, ve a preparar tu venganza. Arsène Lupin te espera.

Y lo empujó fuera, sin una palabra más.

—¡Daspry, Daspry! —grité, llamándolo todavía, y a mi pesar, por el nombre con el que lo había conocido.

Aparté la cortina de terciopelo.

Él acudió.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—La señora Andermatt no se encuentra bien.

Se apresuró, le hizo oler sales y, mientras la cuidaba, me interrogaba:

—Y bien, ¿qué ha pasado entonces?

—Las cartas —le dije—, ¡las cartas de Louis Lacombe que le ha dado a su marido!

Se golpeó la frente.

—¡Creyó que yo había hecho eso!... Pero sí, después de todo, podía creerlo. ¡Imbécil de mí!

La señora Andermatt, reanimada, lo escuchaba ávidamente. Sacó de su cartera un pequeño paquete en todo punto semejante al que se había llevado el señor Andermatt.

—Aquí tiene sus cartas, señora, las verdaderas.

—Pero... ¿las otras?

—Las otras son las mismas que estas, pero recopiadas por mí, esta noche, y cuidadosamente arregladas. Su marido estará tanto más feliz de leerlas cuanto que no sospechará la sustitución, puesto que todo ha parecido pasar ante sus ojos...

—La escritura...

—No hay escritura que no se pueda imitar.

Ella le agradeció, con las mismas palabras de gratitud que habría dirigido a un hombre de su mundo, y vi que no debió de oír las últimas frases intercambiadas entre Varin y Arsène Lupin.

Yo lo miraba no sin embarazo, sin saber muy bien qué decir a este antiguo amigo que se revelaba ante mí bajo una luz tan imprevista. ¡Lupin! ¡Era Lupin! ¡Mi compañero de club no era otro que Lupin! No salía de mi asombro. Pero él, muy a sus anchas:

—Puede usted despedirse de Jean Daspry.

—¡Ah!

—Sí, Jean Daspry se va de viaje. Lo envío a Marruecos. Es muy posible que encuentre allí un fin digno de él. Confieso incluso que es su intención.

—¿Pero Arsène Lupin se queda con nosotros?

—¡Oh, más que nunca! Arsène Lupin no está más que al principio de su carrera, y cuenta con...

Un movimiento de curiosidad irresistible me lanzó sobre él, y llevándolo a cierta distancia de la señora Andermatt:

—¿Así que ha descubierto al fin el segundo escondite, el que contenía el paquete de cartas?

—¡Me ha costado bastante! Fue ayer solamente, por la tarde, mientras usted estaba acostado. Y sin embargo, ¡Dios sabe lo fácil que era! Pero las cosas más simples son aquellas en las que se piensa en último lugar.

Y mostrándome el siete de corazones:

—Había adivinado que, para abrir el gran cofre, había que aplicar esta carta contra la espada del hombre de mosaico...

—¿Cómo lo había adivinado?

—Fácilmente. Por mis informaciones particulares, sabía al venir aquí, la noche del 22 de junio...

—Después de dejarme...

—Sí, y después de haberlo puesto con conversaciones escogidas en un estado de ánimo tal que un nervioso y un impresionable como usted debía fatalmente dejarme actuar a mi antojo, sin salir de su cama.

—El razonamiento era justo.

—Sabía, pues, al venir aquí, que había un cofrecillo escondido en un cofre con cerradura secreta, y que el siete de corazones era la llave, la palabra de esa cerradura. No se trataba más que de aplicar ese siete de corazones en un lugar que le estuviera visiblemente reservado. Una hora de examen me bastó.

—¡Una hora!

—Observe al hombre de mosaico.

—¿El viejo emperador?

—Ese viejo emperador es la representación exacta del rey de corazones de todas las barajas, Carlomagno.

—En efecto... ¿Pero por qué el siete de corazones abre a veces el gran cofre y a veces el pequeño? ¿Y por qué no abrió usted primero más que el gran cofre?

—¿Por qué? Pues porque me obstinaba siempre en colocar mi siete de corazones en el mismo sentido. Ayer solamente me di cuenta de que, al darle la vuelta, es decir, al poner el séptimo punto, el del medio, hacia arriba en lugar de ponerlo hacia abajo, la disposición de los siete puntos cambiaba.

—¡Pardiez!

—Evidentemente, pardiez, pero todavía había que pensar en ello.

—Otra cosa: ¿ignoraba usted la historia de las cartas antes de que la señora Andermatt...

—...hablara de ello delante de mí? Sí. No había descubierto en el cofre, aparte del cofrecillo, más que la correspondencia de los dos

hermanos, correspondencia que me puso sobre la pista de su traición.

—En resumen, ¿fue por casualidad que se vio usted llevado, primero a reconstruir la historia de los dos hermanos, y luego a buscar los planos y los documentos del submarino?

—Por casualidad.

—Pero, ¿con qué fin ha buscado?...

Daspry me interrumpió riendo:

—¡Dios mío, cómo le interesa este asunto!

—Me apasiona.

—Pues bien, dentro de un rato, cuando haya acompañado a la señora Andermatt y haya llevado al Écho de France la nota que voy a escribir, volveré y entraremos en detalles.

Se sentó y escribió una de esas pequeñas notas lapidarias en las que se divierte la fantasía del personaje. ¿Quién no recuerda el ruido que hizo esta en el mundo entero?

«Arsène Lupin ha resuelto el problema que Salvator planteó últimamente. Dueño de todos los documentos y planos originales del ingeniero Louis Lacombe, los ha hecho llegar a manos del ministro de Marina. Con esta ocasión, abre una suscripción con el fin de ofrecer al Estado el primer submarino construido según esos planos. Y él mismo se inscribe a la cabeza de esta suscripción por la suma de veinte mil francos.»

—¿Los veinte mil francos de los cheques del señor Andermatt? —le dije, cuando me hubo dado el papel a leer.

—Precisamente. Era justo que Varin redimiera en parte su traición.

Y así es como conocí a Arsène Lupin. Así es como supe que Jean Daspry, compañero de club, relación mundana, no era otro que Arsène Lupin, caballero ladrón. Así es como anudé lazos de amistad muy agradables con nuestro gran hombre, y como, poco a poco, gracias a la confianza con la que se digna honrarme, me he convertido en su muy humilde, muy fiel y muy agradecido historiógrafo.

0 8

# La caja fuerte de la señora Imbert

*Empieza: «A las tres de la mañana, todavía quedaba media docena de coches ante uno de los pequeños hoteles de artista que componen...»*

---

A las tres de la mañana, todavía quedaba media docena de coches ante uno de los pequeños hoteles de artista que componen el único lado del bulevar Berthier. La puerta de dicho hotel se abrió. Un grupo de invitados, hombres y damas, salió. Cuatro coches se marcharon a derecha e izquierda y en la avenida solo quedaron dos señores que se despidieron en la esquina de la rue de Courcelles, donde vivía uno de ellos. El otro resolvió regresar a pie hasta la Porte-Maillot.

Atravesó, pues, la avenida de Villiers y continuó su camino por la acera opuesta a las fortificaciones. En aquella bella noche de invierno, pura y fría, era un placer caminar. Se respiraba bien. El ruido de los pasos resonaba alegremente.

Pero al cabo de unos minutos tuvo la desagradable impresión de que lo seguían. De hecho, al volverse, divisó la sombra de un hombre que se deslizaba entre los árboles. No era miedoso; sin embargo, apresuró el paso para llegar lo más rápido posible al puesto de aduanas de Ternes. Pero el hombre se echó a correr. Bastante inquieto, juzgó más prudente hacerle frente y sacar el revólver del bolsillo.

No tuvo tiempo. El hombre lo asaltó violentamente, y de inmediato se entabló una lucha en el bulevar desierto, una lucha cuerpo a cuerpo en la que sintió al instante que llevaba las de perder. Pidió auxilio, se debatió y fue derribado contra un montón de guijarros, agarrado por el cuello, amordazado con un pañuelo que su adversario le embutía en la boca. Sus ojos se cerraron, sus oídos zumbaron, e iba a perder el conocimiento cuando, de repente, el agarre se aflojó, y el hombre que lo ahogaba con su peso se levantó para defenderse a su vez de un ataque imprevisto.

Un bastonazo en la muñeca, una patada en el tobillo... el hombre soltó dos gruñidos de dolor y huyó cojeando y maldiciendo.

Sin dignarse a perseguirlo, el recién llegado se inclinó y dijo:

—¿Está usted herido, señor?

No estaba herido, pero sí muy aturdido e incapaz de tenerse en pie. Por suerte, uno de los empleados del puesto de aduanas, atraído por los gritos, acudió. Se requirió un coche. El señor tomó asiento en él acompañado de su salvador, y lo condujeron a su hotel de la avenida de la Grande-Armée.

Ante la puerta, ya completamente recuperado, se deshizo en agradecimientos.

—Le debo la vida, señor, créame que no lo olvidaré. No quiero asustar a mi mujer en este momento, pero deseo que ella misma le exprese, a partir de hoy, toda mi gratitud.

Lo invitó a almorzar y le dijo su nombre: Ludovic Imbert, añadiendo:

—¿Puedo saber a quién tengo el honor...?

—Desde luego —dijo el otro.

Y se presentó:

—Arsène Lupin.

Arsène Lupin no tenía entonces la celebridad que le han valido el asunto Cahorn, su evasión de la Santé y tantas otras hazañas resonantes. Ni siquiera se llamaba Arsène Lupin. Este nombre, al que el porvenir reservaba tal lustre, fue especialmente imaginado para designar al salvador del señor Imbert, y se puede decir que en este asunto recibió el bautismo de fuego. Listo para el combate, es verdad, armado hasta los dientes, pero sin recursos, sin la autoridad que da el éxito, Arsène Lupin no era más que un aprendiz en una profesión en la que pronto se convertiría en maestro.

¡Así que qué escalofrío de alegría al despertar, cuando recordó la invitación de la noche! ¡Por fin tocaba el objetivo! ¡Por fin emprendía una obra digna de sus fuerzas y de su talento! Los millones de los Imbert, ¡qué presa magnífica para un apetito como el suyo!

Se vistió de manera especial: levita raída, pantalón gastado, sombrero de seda un poco rojizo, puños y cuellos postizos deshilachados, todo muy limpio, pero oliendo a miseria. Como corbata, una cinta negra prendida con un alfiler con un diamante de imitación del tamaño de una nuez. Y, así ataviado, descendió la escalera del apartamento que ocupaba en Montmartre. En el tercer piso, sin detenerse, golpeó con el pomo de su bastón en el batiente de una puerta cerrada. Fuera, se dirigió a los bulevares exteriores. Pasaba un tranvía. Subió a él, y alguien que caminaba detrás, el inquilino del tercer piso, se sentó a su lado.

Al cabo de un instante, este hombre le dijo:

—Y bien, ¿jefe?

—Pues bien, está hecho.

—¿Cómo?

—Almuerzo allí.

—¡Que almuerza allí!

—No querrás, espero, que haya expuesto gratuitamente unos días tan preciosos como los míos. He arrancado al señor Ludovic Imbert de la muerte segura que le reservabas. El señor Ludovic Imbert es una naturaleza agradecida. Me invita a almorzar.

Un silencio, y el otro se aventuró:

—Entonces, ¿no renuncia usted?

—Amigo mío —dijo Arsène—, si he maquinado la pequeña agresión de esta noche, si me he tomado la molestia, a las tres de la mañana, a lo largo de las fortificaciones, de darte un bastonazo en la muñeca y una patada en la tibia, arriesgándome así a dañar a mi único amigo, no es para renunciar ahora al beneficio de un salvamento tan bien organizado.

—Pero los malos rumores que corren sobre la fortuna...

—Deja que corran. Hace seis meses que sigo el asunto, seis meses que me informo, que estudio, que tiendo mis redes, que interrogo a los criados, a los prestamistas y a los testaferros, seis meses que vivo en la sombra del marido y de la mujer. Por consiguiente, sé a qué atenerme. Que la fortuna provenga del viejo Brawford, como

ellos pretenden, o de otra fuente, afirmo que existe. Y puesto que existe, es mía.

—¡Caramba, cien millones!

—Pongamos diez, o incluso cinco, ¡da igual! Hay grandes paquetes de títulos en el cofre fuerte. Malo será si, un día u otro, no le pongo la mano encima a la llave.

El tranvía se detuvo en la plaza de l'Étoile. El hombre murmuró:

—Entonces, ¿por el momento?

—Por el momento, nada que hacer. Te avisaré. Tenemos tiempo.

Cinco minutos después, Arsène Lupin subía la suntuosa escalera del hotel Imbert, y Ludovic lo presentaba a su mujer. Gervaise era una buena señora, bajita y redonda, muy parlanchina. Dispensó a Lupin la mejor de las acogidas.

—He querido que estemos solos para festejar a nuestro salvador —dijo.

Y desde el primer momento trataron a «nuestro salvador» como a un amigo de toda la vida. A los postres, la intimidad era completa y las confidencias fluyeron. Arsène contó su vida, la vida de su padre, un íntegro magistrado, las tristezas de su infancia, las dificultades del presente. Gervaise, a su vez, contó su juventud, su matrimonio, las bondades del viejo Brawford, los cien millones que había heredado, los obstáculos que retrasaban la toma de posesión, los préstamos que había tenido que contraer a tipos exorbitantes, sus interminables pleitos con los sobrinos de Brawford, ¡y los embargos! ¡y las incautaciones! ¡Todo, en fin!

—Imagínese, señor Lupin, los títulos están ahí, al lado, en el despacho de mi marido, y si desprendemos un solo cupón, ¡lo perdemos todo! Están ahí, en nuestro cofre fuerte, ¡y no podemos tocarlos!

Un ligero estremecimiento sacudió al señor Lupin ante la idea de esa vecindad. Y tuvo la sensación muy nítida de que el señor Lupin nunca tendría la suficiente elevación de alma como para sentir los mismos escrúpulos que la buena dama.

—¡Ah, están ahí! —murmuró, con la garganta seca.

—Están ahí.

Unas relaciones comenzadas bajo tales auspicios no podían sino estrechar lazos. Delicadamente interrogado, Arsène Lupin confesó su miseria, su apuro. Al instante, el desdichado muchacho fue nombrado secretario particular de ambos esposos, con un sueldo de ciento cincuenta francos al mes. Continuaría viviendo en su casa, pero vendría cada día a recibir las órdenes de trabajo y, para mayor comodidad, se ponía a su disposición, como despacho, una de las habitaciones del segundo piso.

Eligió. ¿Por qué excelente casualidad resultó estar encima del despacho de Ludovic?

Arsène no tardó en darse cuenta de que su puesto de secretario se parecía furiosamente a una sinecura. En dos meses, solo tuvo que copiar cuatro cartas insignificantes y solo fue llamado una vez al despacho de su patrón, lo que le permitió contemplar oficialmente el cofre fuerte una sola vez. Además, notó que el titular de esta sinecura no debía de ser juzgado digno de figurar junto al diputado

Anquety o al decano del colegio de abogados Grouvel, pues omitieron invitarlo a las famosas recepciones de sociedad.

No se quejó, prefiriendo con mucho conservar su modesto puestecito a la sombra, y se mantuvo al margen, feliz y libre. Por otra parte, no perdía el tiempo. Primero realizó un cierto número de visitas clandestinas al despacho de Ludovic y presentó sus respetos al cofre fuerte, el cual no por ello dejó de permanecer herméticamente cerrado. Era un enorme bloque de fundición y acero, de aspecto hosco, y contra el cual no podían prevalecer ni las limas, ni los taladros, ni las cizallas.

Arsène Lupin no era obstinado.

—Donde la fuerza fracasa, la astucia triunfa —se dijo—. Lo esencial es tener un ojo y un oído en el lugar.

Tomó, pues, las medidas necesarias, y tras minuciosos y penosos sondeos a través del parqué de su habitación, introdujo un tubo de plomo que desembocaba en el techo del despacho entre dos molduras de la cornisa. Por este tubo, tubo acústico y catalejo, esperaba ver y oír.

Desde entonces, vivió tumbado boca abajo sobre su parqué. Y, de hecho, vio a menudo a los Imbert en conciliábulo ante el cofre, compulsando registros y manejando dosieres. Cuando giraban sucesivamente los cuatro botones que comandaban la cerradura, él intentaba, para saber la combinación, captar el número de muescas que pasaban. Vigilaba sus gestos, espiaba sus palabras. ¿Qué hacían con la llave? ¿La escondían?

Un día, bajó a toda prisa, al verlos salir de la estancia sin cerrar el cofre. Y entró resueltamente. Habían vuelto.

—¡Oh, disculpen! —dijo—. Me he equivocado de puerta.

Pero Gervaise se precipitó y, atrayéndolo, dijo:

—Entre, señor Lupin, entre, ¿no está usted en su casa? Va a darnos un consejo. ¿Qué títulos debemos vender? ¿Deuda Exterior o Renta del Estado?

—Pero, ¿y el embargo? —objetó Lupin, muy asombrado.

—¡Oh, no afecta a todos los títulos!

Abrió el batiente. En los estantes se apilaban carteras ceñidas con correas. Agarró una. Pero su marido protestó.

—No, no, Gervaise, sería una locura vender Deuda Exterior. Va a subir... Mientras que la Renta está en su punto más alto. ¿Qué opina, mi querido amigo?

El querido amigo no tenía opinión, sin embargo, aconsejó el sacrificio de la Renta. Entonces ella tomó otro fajo y, de ese fajo, al azar, un papel. Era un título del 3% de 1.374 francos. Ludovic se lo guardó en el bolsillo. Por la tarde, acompañado de su secretario, hizo vender este título por un agente de bolsa y cobró cuarenta y seis mil francos.

A pesar de lo que había dicho Gervaise, Arsène Lupin no se sentía en su casa. Muy al contrario, su situación en el hotel Imbert lo llenaba de sorpresa. En diversas ocasiones, pudo constatar que los criados ignoraban su nombre. Lo llamaban «el señor». Ludovic siempre se refería a él así: «Avise usted al señor... ¿Ha llegado el señor?». ¿Por qué esta denominación enigmática?

Por otra parte, tras el entusiasmo del principio, los Imbert apenas le hablaban y, aunque lo trataban con las consideraciones debidas a un benefactor, ¡nunca se ocupaban de él! Parecía que lo consideraban un original al que no le gusta que lo importunen, y respetaban su aislamiento, como si este aislamiento fuera una regla dictada por él, un capricho de su parte. Una vez, mientras pasaba por el vestíbulo, oyó a Gervaise que decía a dos señores:

—¡Es tan huraño!

«De acuerdo», pensó, «somos un huraño». Y renunciando a explicarse las rarezas de esa gente, proseguía la ejecución de su plan. Había adquirido la certeza de que no debía contar con el azar ni con un descuido de Gervaise, a quien la llave del cofre no abandonaba, y que, además, nunca se habría llevado esa llave sin haber previamente desordenado las letras de la combinación. Así pues, debía actuar.

Un acontecimiento precipitó las cosas: la violenta campaña llevada a cabo contra los Imbert por ciertos periódicos. Se les acusaba de estafa. Arsène Lupin asistió a las peripecias del drama, a las agitaciones del matrimonio, y comprendió que, si tardaba más, lo perdería todo.

Cinco días seguidos, en lugar de marcharse hacia las seis como tenía por costumbre, se encerró en su habitación. Se le suponía fuera. Él se tumbaba en el parqué y vigilaba el despacho de Ludovic.

Las cinco noches, al no producirse la circunstancia favorable que esperaba, se marchó en mitad de la noche, por la pequeña puerta que daba al patio. Poseía una llave.

Pero al sexto día se enteró de que los Imbert, en respuesta a las insinuaciones malintencionadas de sus enemigos, habían propuesto que se abriera el cofre y se hiciera inventario.

—Es para esta noche —pensó Lupin.

Y, en efecto, después de la cena, Ludovic se instaló en su despacho. Gervaise se reunió con él. Se pusieron a hojear los registros del cofre.

Pasó una hora, luego otra. Oyó a los criados que se acostaban. Ahora ya no había nadie en el primer piso. Medianoche. Los Imbert continuaban su tarea.

—Manos a la obra —murmuró Lupin.

Abrió su ventana. Daba al patio, y el espacio, en la noche sin luna y sin estrellas, estaba oscuro. Sacó de su armario una cuerda con nudos que sujetó a la barandilla del balcón, saltó y se deslizó suavemente, ayudándose de un canalón, hasta la ventana situada debajo de la suya. Era la del despacho, y el espeso velo de las cortinas acolchadas ocultaba la estancia. De pie en el balcón, permaneció un momento inmóvil, con el oído atento y el ojo avizor.

Tranquilizado por el silencio, empujó ligeramente los dos batientes. Si nadie había tenido cuidado de verificarlos, debían ceder al esfuerzo, pues él, en el transcurso de la tarde, había girado la falleba de modo que ya no entrara en los pestillos.

Los batientes cedieron. Entonces, con infinitas precauciones, los entreabrió más. En cuanto pudo asomar la cabeza, se detuvo. Un poco de luz se filtraba entre las dos cortinas mal unidas: divisó a Gervaise y a Ludovic sentados junto al cofre.

Intercambiaban solo raras palabras y en voz baja, absortos en su trabajo. Arsène calculó la distancia que lo separaba de ellos, estableció los movimientos exactos que tendría que hacer para reducirlos uno tras otro a la impotencia, antes de que tuvieran tiempo de pedir auxilio, e iba a precipitarse, cuando Gervaise dijo:

—¡Cómo se ha enfriado la habitación desde hace un rato! Voy a meterme en la cama. ¿Y tú?

—Quisiera terminar.

—¡Terminar! Pero si tienes para toda la noche.

—No, no, una hora como mucho.

Se retiró. Pasaron veinte minutos, treinta minutos. Arsène empujó la ventana un poco más. Las cortinas temblaron. Empujó de nuevo. Ludovic se volvió y, al ver las cortinas hinchadas por el viento, se levantó para cerrar la ventana...

No hubo un grito, ni siquiera una apariencia de lucha. En unos pocos gestos precisos, y sin hacerle el menor daño, Arsène lo aturdió, le envolvió la cabeza con la cortina, lo ató, y de tal manera que Ludovic ni siquiera distinguió el rostro de su agresor.

Luego, rápidamente, se dirigió al cofre, cogió dos carteras que se puso bajo el brazo, salió del despacho, bajó la escalera, cruzó el patio y abrió la puerta de servicio. Un coche estaba estacionado en la calle.

—Toma esto primero —le dijo al cochero—, y sígueme.

Regresó al despacho. En dos viajes vaciaron el cofre. Luego Arsène subió a su habitación, quitó la cuerda, borró todo rastro de su paso.

Estaba hecho.

Unas horas después, Arsène Lupin, ayudado por su compañero, procedió al despojo de las carteras. No sintió ninguna decepción, pues lo había previsto, al constatar que la fortuna de los Imbert no tenía la importancia que se le atribuía. Los millones no se contaban por centenas, ni siquiera por decenas. Pero, al fin y al cabo, el total formaba todavía una cifra muy respetable, y eran excelentes valores: obligaciones de ferrocarriles, Bonos de la Villa de París, fondos del Estado, Suez, minas del Norte, etc.

Se declaró satisfecho.

—Ciertamente —dijo—, habrá una merma considerable cuando llegue el momento de negociar. Nos toparemos con embargos, y habrá que liquidar más de una vez a vil precio. No importa, con esta primera aportación de fondos, me encargo de vivir como me plazca... y de realizar algunos sueños que me importan mucho.

—¿Y el resto?

—Puedes quemarlo, amigo. Esos montones de papeles quedaban bien en el cofre fuerte. Para nosotros, son inútiles. En cuanto a los títulos, vamos a guardarlos bien tranquilos en el armario, y esperaremos el momento propicio.

Al día siguiente, Arsène pensó que ninguna razón le impedía volver al hotel Imbert. Pero la lectura de los periódicos le reveló esta noticia imprevista: Ludovic y Gervaise habían desaparecido.

La apertura del cofre tuvo lugar con gran solemnidad. Los magistrados encontraron en él lo que Arsène Lupin había dejado... poca cosa.

Tales son los hechos, y tal es la explicación que da a algunos de ellos la intervención de Arsène Lupin. Tengo el relato de él mismo, un día que estaba en vena de confidencias.

Ese día, se paseaba de un lado a otro en mi despacho, y sus ojos tenían una pequeña fiebre que no le conocía.

—En resumen —le dije—, ¿es este su mejor golpe?

Sin responderme directamente, reanudó:

—Hay en este asunto secretos impenetrables. Así, incluso después de la explicación que le he dado, ¡cuántas oscuridades todavía! ¿Por qué esa huida? ¿Por qué no aprovecharon el socorro que les aportaba involuntariamente? ¡Era tan simple decir: «Los cien millones estaban en el cofre. Ya no están porque los han robado»!

—Perdieron la cabeza.

—Sí, eso es, perdieron la cabeza... Por otra parte, es verdad...

—¿Es verdad...?

—No, nada.

¿Qué significaba esa reticencia? No lo había dicho todo, era visible, y lo que no había dicho, se resistía a decirlo. Estaba intrigado. Tenía que ser algo grave para provocar vacilación en un hombre así.

Le hice preguntas al azar.

—¿No los ha vuelto a ver?

—No.

—¿Y no le ha ocurrido sentir, con respecto a esos dos desdichados, alguna piedad?

—¡Yo! —profirió, sobresaltándose.

Su rebelión me asombró. ¿Había dado en el clavo? Insistí:

—Evidentemente. Sin usted, quizá habrían podido hacer frente al peligro... o al menos marcharse con los bolsillos llenos.

—Remordimientos, eso es lo que me atribuye, ¿no es así?

—¡Hombre!

Golpeó violentamente mi mesa.

—Entonces, ¿según usted, debería tener remordimientos?

—Llámelo remordimientos o pesar, en fin, un sentimiento cualquiera...

—Un sentimiento cualquiera por gente...

—Por gente a la que ha robado una fortuna.

—¿Qué fortuna?

—En fin... esos dos o tres fajos de títulos...

—¡Esos dos o tres fajos de títulos! Les he robado paquetes de títulos, ¿no es así? ¿Una parte de su herencia? ¿Esa es mi falta? ¿Ese es mi crimen?

»Pero, ¡diablos, amigo mío! ¿No ha adivinado usted que eran falsos, esos títulos?... ¿me oye?

¡ERAN FALSOS!

Lo miré, estupefacto.

—Falsos, los cuatro o cinco millones.

—¡Falsos! —exclamó rabiosamente—. ¡Archifalsos! ¡Las obligaciones, los Bonos de la Villa de París, los fondos del Estado, papel, nada más que papel! ¡Ni un céntimo, no he sacado ni un céntimo de todo el bloque! ¿Y me pide que tenga remordimientos? ¡Pero si son ellos quienes deberían tenerlos! ¡Me han engañado como a un vulgar primo! ¡Me han desplumado como al último de sus incautos, y al más estúpido!

Una cólera real lo agitaba, hecha de rencor y de amor propio herido.

—¡Pero si de principio a fin he llevado las de perder! ¡Desde la primera hora! ¿Sabe usted el papel que he desempeñado en este asunto, o más bien el papel que me han hecho desempeñar? ¡El de André Brawford! ¡Sí, amigo mío, y no me enteré de nada!

»Fue después, por los periódicos, y relacionando ciertos detalles, cuando me di cuenta. ¡Mientras yo posaba de benefactor, del señor que ha arriesgado su vida para sacarlos de las garras de los apaches, ellos me hacían pasar por uno de los Brawford!

»¿No es admirable? ¡Ese original que tenía su habitación en el segundo piso, ese huraño al que mostraban de lejos, era Brawford, y Brawford era yo! ¡Y gracias a mí, gracias a la confianza que inspiraba bajo el nombre de Brawford, los banqueros prestaban, y los notarios animaban a sus clientes a prestar! ¡Eh, qué escuela para un debutante! ¡Ah, le juro que la lección me ha servido!

Se detuvo bruscamente, me agarró del brazo y me dijo con un tono exasperado en el que era fácil, sin embargo, sentir matices de ironía y de admiración, me dijo esta frase inefable:

—Amigo mío, ¡en estos momentos, Gervaise Imbert me debe mil quinientos francos!

Ahí sí que no pude evitar reír. Era realmente de una bufonería superior. Y él mismo tuvo un acceso de franca alegría.

—¡Sí, amigo mío, mil quinientos francos! No solo no he palpado el primer céntimo de mi sueldo, ¡sino que además me pidió prestados mil quinientos francos! ¡Todos mis ahorros de joven! ¿Y sabe para qué? Le doy mil oportunidades... ¡Para sus pobres! ¡Como se lo digo! ¡Para unos supuestos desdichados a los que socorría a espaldas de Ludovic!

»¡Y piqué el anzuelo! ¿No es bastante gracioso, eh? ¡Arsène Lupin estafado en mil quinientos francos, y estafado por la buena dama a la que robaba cuatro millones en títulos falsos! ¡Y cuántas combinaciones, esfuerzos y astucias geniales he necesitado para llegar a este hermoso resultado!

»Es la única vez que me han engañado en mi vida. Pero, caramba, ¡bien que me la jugaron esa vez, y con matrícula de honor!...

09

# La perla negra

*Empieza: «Un violento timbrazo despertó a la portera del número 9 de la avenida Hoche. Tiró del cordón refunfuñando:»*

---

Un violento timbrazo despertó a la portera del número 9 de la avenida Hoche. Tiró del cordón refunfuñando:

—Creía que ya habían vuelto todos. ¡Son por lo menos las tres!

Su marido gruñó:

—Quizá sea para el doctor.

En efecto, una voz preguntó:

—El doctor Harel... ¿qué piso?

—Tercero a la izquierda. Pero el doctor no sale de noche.

—Tendrá que salir.

El señor penetró en el vestíbulo, subió un piso, dos pisos y, sin siquiera detenerse en el rellano del doctor Harel, continuó hasta el quinto. Allí, probó dos llaves. Una accionó la cerradura, la otra el cerrojo de seguridad.

—A las mil maravillas —murmuró—, la tarea se simplifica considerablemente. Pero antes de actuar, hay que asegurar nuestra retirada. Veamos... ¿he tenido lógicamente tiempo de llamar a casa

del doctor y de ser despedido por él? Todavía no... un poco de paciencia...

Al cabo de unos diez minutos, volvió a bajar y golpeó el cristal de la portería, maldiciendo contra el doctor. Le abrieron y cerró la puerta de un portazo tras de sí. Ahora bien, esa puerta no se cerró, pues el hombre había aplicado vivamente un trozo de hierro en el cerradero para que el pestillo no pudiera introducirse.

Regresó, pues, sin ruido, a espaldas de los porteros. En caso de alarma, su retirada estaba asegurada.

Subió apaciblemente los cinco pisos. En la antecámara, a la luz de una linterna eléctrica, depositó su abrigo y su sombrero en una de las sillas, se sentó en otra y envolvió sus botines en gruesas zapatillas de fieltro.

—¡Uf, ya está!... ¡Y con qué facilidad! Me pregunto por qué no todo el mundo elige el cómodo oficio de ladrón. Con un poco de destreza y reflexión, no hay otro más encantador. Un oficio de lo más tranquilo... un oficio de padre de familia... Demasiado cómodo incluso... se vuelve tedioso.

Desplegó un plano detallado del apartamento.

—Empecemos por orientarnos. Aquí, diviso el rectángulo del vestíbulo donde me encuentro. Del lado de la calle, el salón, el tocador y el comedor. Inútil perder el tiempo por ahí, parece que la condesa tiene un gusto deplorable... ¡ni un objeto de valor!... Así que, directo al grano... ¡Ah! Aquí está el trazado de un pasillo, el que lleva a las habitaciones. A tres metros, debo encontrar la puerta del armario ropero que comunica con la habitación de la condesa.

Replegó su plano, apagó su linterna y se adentró en el pasillo contando:

—Un metro... dos metros... tres metros... Aquí está la puerta... ¡Qué bien sale todo, Dios mío! Un simple cerrojo, un pequeño cerrojo, me separa de la habitación y, lo que es más, sé que ese cerrojo se encuentra a un metro cuarenta y tres del suelo... De modo que, gracias a una ligera incisión que voy a practicar alrededor, nos libraremos de él...

Sacó de su bolsillo los instrumentos necesarios, pero una idea lo detuvo.

—¿Y si, por casualidad, ese cerrojo no estuviera echado? Probemos... ¡Por lo que cuesta!

Giró el pomo de la cerradura. La puerta se abrió.

—Mi buen Lupin, decididamente la suerte te favorece. ¿Qué necesitas ahora? Conoces la topografía de los lugares donde vas a operar; conoces el lugar donde la condesa esconde la perla negra... Por consiguiente, para que la perla negra sea tuya, se trata simplemente de ser más silencioso que el silencio, más invisible que la noche.

Arsène Lupin empleó una buena media hora para abrir la segunda puerta, una puerta acristalada que daba a la habitación. Pero lo hizo con tanta precaución que, aunque la condesa no hubiera estado dormida, ningún chirrido equívoco habría podido inquietarla.

Según las indicaciones de su plano, no tenía más que seguir el contorno de una chaise longue. Eso lo conducía a un sillón, y luego

a una pequeña mesa situada cerca de la cama. Sobre la mesa había una caja de papel de cartas y, guardada simplemente en esa caja, la perla negra.

Se tumbó en la alfombra y siguió los contornos de la chaise longue. Pero en el extremo se detuvo para reprimir los latidos de su corazón. Aunque ningún temor lo agitaba, le era imposible vencer esa especie de angustia nerviosa que se siente en el silencio excesivo. Y se asombraba de ello, pues, al fin y al cabo, había vivido sin emoción minutos más solemnes. Ningún peligro lo amenazaba. Entonces, ¿por qué su corazón latía como una campana enloquecida? ¿Era esa mujer dormida lo que lo impresionaba, esa vida tan próxima a la suya?

Escuchó y creyó discernir el ritmo de una respiración. Se sintió tranquilizado como por una presencia amiga.

Buscó el sillón, luego, con pequeños gestos insensibles, reptó hacia la mesa, tanteando la sombra con su brazo extendido. Su mano derecha encontró una de las patas de la mesa.

¡Por fin! No tenía más que levantarse, coger la perla y marcharse. ¡Afortunadamente! Porque su corazón recommenzaba a saltar en su pecho como una bestia aterrorizada, y con tal ruido que le parecía imposible que la condesa no se despertara.

Lo apaciguó con un prodigioso impulso de voluntad, pero, en el momento en que intentaba incorporarse, su mano izquierda tropezó en la alfombra con un objeto que reconoció enseguida como un candelabro, un candelabro volcado; y de inmediato, se presentó otro objeto, un reloj, uno de esos pequeños relojes de viaje recubiertos con una funda de cuero.

¿Qué? ¿Qué pasaba? No comprendía. Ese candelabro... ese reloj... ¿por qué no estaban esos objetos en su lugar habitual? ¡Ah! ¿Qué pasaba en la sombra espantosa?

Y de repente, se le escapó un grito. Había tocado... ¡oh, qué cosa tan extraña, innombrable! Pero no, no, el miedo le turbaba el cerebro. Veinte segundos, treinta segundos, permaneció inmóvil, espantado, con sudor en las sienes. Y sus dedos conservaban la sensación de ese contacto.

Con un esfuerzo implacable, extendió el brazo de nuevo. Su mano, de nuevo, rozó la cosa, la cosa extraña, innombrable. La palpó. Exigió que su mano la palpara y se diera cuenta. Era un cabello, un rostro... y ese rostro estaba frío, casi helado.

Por terrorífica que sea la realidad, un hombre como Arsène Lupin la domina en cuanto toma conocimiento de ella. Rápidamente, accionó el resorte de su linterna. Una mujer yacía ante él, cubierta de sangre. Espantosas heridas devastaban su cuello y sus hombros. Se inclinó y la examinó. Estaba muerta.

—Muerta, muerta —repitió con estupor.

Y miraba esos ojos fijos, el rictus de esa boca, esa carne lívida y esa sangre, toda esa sangre que había corrido por la alfombra y se cuajaba ahora, espesa y negra.

Habiéndose levantado, giró el interruptor de la electricidad, la estancia se llenó de luz, y pudo ver todos los signos de una lucha encarnizada. La cama estaba completamente deshecha, las mantas y las sábanas arrancadas. En el suelo, el candelabro, luego el reloj —las agujas marcaban las once y veinte—, luego, más lejos, una silla volcada, y por todas partes sangre, charcos de sangre.

—¿Y la perla negra? —murmuró.

La caja de papel de cartas estaba en su sitio. La abrió vivamente. Contenía el estuche. Pero el estuche estaba vacío.

—¡Diablos! —se dijo—. Te has jactado un poco pronto de tu suerte, amigo Arsène Lupin... La condesa asesinada, la perla negra desaparecida... ¡la situación no es brillante! Huyamos, si no te arriesgas a incurrir en graves responsabilidades.

Sin embargo, no se movió.

—¿Huir? Sí, otro huiría. Pero, ¿Arsène Lupin? ¿No hay nada mejor que hacer? Veamos, procedamos por orden. Después de todo, tu conciencia está tranquila... Supón que eres comisario de policía y que debes proceder a una investigación... Sí, pero para eso, haría falta tener un cerebro más claro. ¡Y el mío está en un estado!

Se dejó caer en un sillón, con los puños crispados contra su frente ardiente.

El caso de la avenida Hoche es uno de los que más vivamente nos han intrigado en los últimos tiempos, y ciertamente no lo habría contado si la participación de Arsène Lupin no lo iluminara con una luz muy especial. Esta participación, pocos la sospechan. Nadie sabe en todo caso la exacta y curiosa verdad.

¿Quién no conocía, por haberla encontrado en el Bois, a Léontine Zalti, la antigua cantante, esposa y viuda del conde d'Andillot, la Zalti cuyo lujo deslumbraba a París hace unos veinte años, la Zalti, condesa d'Andillot, a quien sus aderezos de diamantes y perlas le valieron una reputación europea? Se decía de ella que llevaba sobre sus hombros la caja fuerte de varias casas de banca y las

minas de oro de varias compañías australianas. Los grandes joyeros trabajaban para la Zalti como se trabajaba antaño para los reyes y las reinas.

¿Y quién no recuerda la catástrofe en la que todas esas riquezas fueron engullidas? Casas de banca y minas de oro, el abismo lo devoró todo. De la maravillosa colección, dispersada por el subastador, no quedó más que la famosa perla negra. ¡La perla negra!, es decir, una fortuna, si hubiera querido desprenderse de ella.

No quiso. Prefirió restringirse, vivir en un simple apartamento con su dama de compañía, su cocinera y un criado, antes que vender esa inestimable joya. Había para ello una razón que no temía confesar: ¡la perla negra era el regalo de un emperador! Y casi arruinada, reducida a la existencia más mediocre, permaneció fiel a su compañera de los buenos tiempos.

—Mientras viva —decía—, no la abandonaré.

De la mañana a la noche, la llevaba en su cuello. Por la noche, la guardaba en un lugar conocido solo por ella.

Todos estos hechos recordados por la prensa estimularon la curiosidad y, cosa extraña pero fácil de comprender para quienes tienen la clave del enigma, fue precisamente el arresto del presunto asesino lo que complicó el misterio y prolongó la emoción. Dos días después, en efecto, los periódicos publicaban la siguiente noticia:

«Se nos anuncia el arresto de Victor Danègre, el criado de la condesa d'Andillot. Los cargos que pesan sobre él son abrumadores. En la manga de lustrina de su chaleco de librea, que

el señor Dudouis, jefe de la Sûreté, encontró en su buhardilla, entre el somier y el colchón, se han constatado manchas de sangre. Además, a este chaleco le faltaba un botón forrado de tela. Pues bien, este botón, desde el inicio de las pesquisas, había sido recogido bajo la misma cama de la víctima.

»Es probable que, después de la cena, Danègre, en lugar de regresar a su buhardilla, se haya deslizado en el armario ropero, y que, por la puerta acristalada, haya visto a la condesa esconder la perla negra.

»Debemos decir que, hasta ahora, ninguna prueba ha venido a confirmar esta suposición. En todo caso, otro punto queda oscuro. A las siete de la mañana, Danègre se dirigió al estanco del bulevar de Courcelles: la portera primero, y luego la estanquera, han testificado en este sentido. Por otra parte, la cocinera de la condesa y su dama de compañía, que duermen ambas al final del pasillo, afirman que a las ocho, cuando se levantaron, la puerta de la antecámara y la puerta de la cocina estaban cerradas con doble vuelta. Desde hace veinte años al servicio de la condesa, estas dos personas están por encima de toda sospecha. Uno se pregunta, pues, cómo pudo Danègre salir del apartamento. ¿Se había hecho hacer otra llave? La instrucción aclarará estos diferentes puntos.»

La instrucción no aclaró absolutamente nada, al contrario. Se supo que Victor Danègre era un reincidente peligroso, un alcohólico y un depravado, a quien una cuchillada no asustaba. Pero el asunto mismo parecía, a medida que se estudiaba, envolverse en tinieblas más espesas y contradicciones más inexplicables.

Primero, una señorita de Sinclèves, prima y única heredera de la víctima, declaró que la condesa, un mes antes de su muerte, le

había confiado en una de sus cartas la forma en que escondía la perla negra. Al día siguiente de recibir esta carta, constató su desaparición. ¿Quién la había robado?

Por su parte, los porteros contaron que habían abierto la puerta a un individuo, el cual había subido a casa del doctor Harel. Se citó al doctor. Nadie había llamado a su puerta. Entonces, ¿quién era ese individuo? ¿Un cómplice?

Esta hipótesis de un cómplice fue adoptada por la prensa y por el público. Ganimard, el viejo inspector principal Ganimard, la defendía, no sin razón.

—Hay algo de Lupin en esto —le decía al juez.

—¡Bah! —replicaba este—. Usted lo ve por todas partes, a su Lupin.

—Lo veo por todas partes porque está en todas partes.

—Diga más bien que lo ve cada vez que algo no le parece muy claro. Además, en este caso, fíjese en esto: el crimen se cometió a las once y veinte de la noche, como atestigua el reloj, y la visita nocturna, denunciada por los porteros, no tuvo lugar hasta las tres de la mañana.

La justicia obedece a menudo a esos impulsos de convicción que hacen que se obligue a los acontecimientos a plegarse a la primera explicación que se les ha dado. Los deplorables antecedentes de Victor Danègre, reincidente, borracho y depravado, influyeron en el juez, y aunque ninguna circunstancia nueva vino a corroborar los dos o tres indicios descubiertos inicialmente, nada pudo hacerle cambiar de opinión. Cerró su instrucción. Unas semanas después, comenzaron los debates.

Fueron confusos y lánguidos. El presidente los dirigió sin ardor. El ministerio público atacó débilmente. En estas condiciones, el abogado de Danègre lo tenía fácil. Mostró las lagunas y las imposibilidades de la acusación. No existía ninguna prueba material. ¿Quién había forjado la llave, la indispensable llave sin la cual Danègre, tras su partida, no habría podido cerrar con doble vuelta la puerta del apartamento? ¿Quién la había visto, esa llave, y qué había sido de ella? ¿Quién había visto el cuchillo del asesino, y qué había sido de él?

—Y, en todo caso —concluía el abogado—, prueben que fue mi cliente quien mató. Prueben que el autor del robo y del crimen no es ese misterioso personaje que se introdujo en la casa a las tres de la mañana. El reloj marcaba las once, me dirán. ¿Y qué? ¿No se pueden poner las agujas de un reloj a la hora que a uno le conviene?

Victor Danègre fue absuelto.

Salió de prisión un viernes al atardecer, adelgazado, deprimido por seis meses de celda. La instrucción, la soledad, los debates, las deliberaciones del jurado, todo ello lo había llenado de un espanto enfermizo. Por la noche, horribles pesadillas, visiones de cadalso lo atormentaban. Temblaba de fiebre y de terror.

Bajo el nombre de Anatole Dufour, alquiló una pequeña habitación en las alturas de Montmartre, y vivió al azar de los trabajos, haciendo chapuzas aquí y allá.

¡Vida lamentable! Tres veces contratado por tres patrones diferentes, fue reconocido y despedido en el acto.

A menudo se dio cuenta, o creyó darse cuenta, de que unos hombres lo seguían, hombres de la policía, no le cabía duda, que no renunciaban a hacerlo caer en alguna trampa. Y de antemano sentía el rudo agarre de la mano que lo cogería por el cuello.

Una noche que cenaba en una casa de comidas del barrio, alguien se instaló frente a él. Era un individuo de unos cuarenta años, vestido con una levita negra de dudosa limpieza. Pidió una sopa, verduras y un litro de vino.

Y cuando hubo comido la sopa, volvió los ojos hacia Danègre y lo miró largamente.

Danègre palideció. Seguro que ese individuo era de los que lo seguían desde hacía semanas. ¿Qué quería de él? Danègre intentó levantarse. No pudo. Sus piernas vacilaban bajo él.

El hombre se sirvió un vaso de vino y llenó el vaso de Danègre.

—¿Brindamos, camarada?

Victor balbuceó:

—Sí... sí... a su salud, camarada.

—A su salud, Victor Danègre.

El otro se sobresaltó:

—¡Yo!... ¡Yo!... pero no... se lo juro...

—¿Me jura qué? ¿Que no es usted? ¿El criado de la condesa?

—¿Qué criado? Me llamo Dufour. Pregúntele al dueño.

—Dufour, Anatole, sí, para el dueño, pero Danègre para la justicia, Victor Danègre.

—¡No es verdad! ¡No es verdad! Le han mentido.

El recién llegado sacó de su bolsillo una tarjeta y se la tendió. Victor leyó: «Grimaudan, exinspector de la Sûreté. Informes confidenciales.» Se estremeció.

—¿Es usted de la policía?

—Ya no lo soy, pero el oficio me gustaba, y continúo de una manera más... lucrativa. Se encuentran de vez en cuando asuntos de oro... como el suyo.

—¿El mío?

—Sí, el suyo, es un asunto excepcional, si es que quiere usted poner un poco de buena voluntad.

—¿Y si no la pongo?

—Tendrá que hacerlo. Está usted en una situación en la que no puede negarme nada.

Una sorda aprensión invadía a Victor Danègre. Preguntó:

—¿Qué pasa?... hable.

—De acuerdo —respondió el otro—, acabemos con esto. En dos palabras, he aquí: soy enviado por la señorita de Sinclèves.

—¿Sinclèves?

—La heredera de la condesa d'Andillot.

—¿Y bien?

—Pues bien, la señorita de Sinclèves me encarga que le reclame la perla negra.

—¿La perla negra?

—La que usted robó.

—¡Pero yo no la tengo!

—Usted la tiene.

—Si la tuviera, sería yo el asesino.

—Usted es el asesino.

Danègre se esforzó por reír.

—Afortunadamente, mi buen señor, el Tribunal no ha sido de la misma opinión. Todos los jurados, ¿me oye?, me han reconocido inocente. Y cuando uno tiene la conciencia tranquila y la estima de doce hombres de bien...

El exinspector le agarró el brazo:

—Déjate de frases, muchacho. Escúchame bien atentamente y pesa mis palabras, valen la pena. Danègre, tres semanas antes del crimen, le robaste a la cocinera la llave que abre la puerta de servicio, e hiciste hacer una llave similar en casa de Outard, cerrajero, 244, rue Oberkampf.

—¡No es verdad, no es verdad! —gruñó Victor—. Nadie ha visto esa llave... no existe.

—Aquí está.

Tras un silencio, Grimaudan reanudó:

—Mataste a la condesa con la ayuda de un cuchillo con virola comprado en el bazar de la República, el mismo día que encargaste tu llave. La hoja es triangular y acanalada.

—¡Paparruchas, todo eso, habla usted al azar! Nadie ha visto el cuchillo.

—Aquí está.

Victor Danègre dio un respingo. El exinspector continuó:

—Tiene manchas de óxido. ¿Es necesario que le explique su procedencia?

—¿Y qué?... usted tiene una llave y un cuchillo... ¿Quién puede afirmar que me pertenecían?

—El cerrajero, para empezar, y luego el empleado al que le compraste el cuchillo. Ya les he refrescado la memoria. Frente a ti, no dudarán en reconocerte.

Hablaba seca y duramente, con una precisión terrorífica. Danègre estaba convulso de miedo. Ni el juez, ni el presidente del tribunal, ni el fiscal lo habían acorralado tanto, no habían visto tan claro en cosas que él mismo ya no discernía muy nítidamente.

Sin embargo, intentó todavía fingir indiferencia.

—¡Si esas son todas sus pruebas!

—Me queda esta. Volviste a salir, después del crimen, por el mismo camino. Pero, en medio del armario ropero, presa del espanto, tuviste que apoyarte en la pared para mantener el equilibrio.

—¿Cómo lo sabe? —balbuceó Victor—. Nadie puede saberlo.

—La justicia, no; a ninguno de esos señores de la fiscalía se le podía ocurrir encender una vela y examinar las paredes. Pero si se hiciera, se vería en el yeso blanco una marca roja muy ligera, pero lo bastante nítida como para reconocer la huella de la cara anterior

de tu pulgar, de tu pulgar todo húmedo de sangre y que posaste contra la pared. Pues bien, no ignoras que en antropometría, ese es uno de los principales medios de identificación.

Victor Danègre estaba lívido. Gotas de sudor caían de su frente sobre la mesa. Consideraba con ojos de loco a ese hombre extraño que evocaba su crimen como si hubiera sido su testigo invisible.

Bajó la cabeza, vencido, impotente. Durante meses había luchado contra todo el mundo. Contra ese hombre, tenía la impresión de que no había nada que hacer.

—Si le devuelvo la perla —balbuceó—, ¿cuánto me dará?

—Nada.

—¡Cómo! ¡Se burla! ¿Le daría yo algo que vale miles y cientos de miles, y no recibiría nada?

—Sí, la vida.

El miserable se estremeció. Grimaudan añadió, con un tono casi dulce:

—Vamos, Danègre, esta perla no tiene ningún valor para ti. Te es imposible venderla. ¿Para qué guardarla?

—Hay peristas... y un día u otro, a cualquier precio...

—Un día u otro, será demasiado tarde.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Pues porque la justicia habrá vuelto a ponerte la mano encima y, esta vez, con las pruebas que yo le proporcionaré, el cuchillo, la llave, la indicación del pulgar, estás liquidado, amigo.

Victor se apretó la cabeza con ambas manos y reflexionó. Se sentía perdido, en efecto, irremediablemente perdido, y, al mismo tiempo, una gran fatiga lo invadía, una inmensa necesidad de reposo y de abandono.

Murmuró:

—¿Para cuándo la quiere?

—Esta noche, antes de una hora.

—¿Si no?

—Si no, echo al correo esta carta en la que la señorita de Sinclèves te denuncia al fiscal de la República.

Danègre se sirvió dos vasos de vino que bebió uno tras otro y, levantándose:

—Pague la cuenta y vamos... estoy harto de este maldito asunto.

Había anochecido. Los dos hombres bajaron la rue Lepic y siguieron los bulevares exteriores en dirección a l'Étoile. Caminaban silenciosamente, Victor, muy cansado y con la espalda encorvada.

En el parque Monceau, dijo:

—Es por el lado de la casa...

—¡Pardiez! Antes de tu arresto, solo saliste para ir al estanco.

—Ya estamos —dijo Danègre, con voz sorda.

Bordearon la verja del jardín y cruzaron una calle en cuya esquina estaba el estanco. Danègre se detuvo unos pasos más allá. Sus piernas vacilaban. Cayó sobre un banco.

—¿Y bien? —preguntó su compañero.

—Está ahí.

—¡Está ahí! ¿Qué me estás contando?

—Sí, ahí, delante de nosotros.

—¡Delante de nosotros! Oye, Danègre, no deberías...

—Le repito que está ahí.

—¿Dónde?

—Entre dos adoquines.

—¿Cuáles?

—Busque.

—¿Cuáles? —repitió Grimaudan.

Victor no respondió.

—Ah, perfecto, quieres tomarme el pelo, amigo.

—No... pero... me voy a morir de miseria.

—¿Y entonces, dudas? Vamos, seré generoso. ¿Cuánto necesitas?

—Para comprar mi billete de tercera para América.

—Convenido.

—Y un billete de cien para los primeros gastos.

—Tendrás dos. Habla.

—Cuente los adoquines, a la derecha de la alcantarilla. Está entre el duodécimo y el decimotercero.

—¿En la reguera?

—Sí, al pie de la acera.

Grimaudan miró a su alrededor. Pasaban tranvías, pasaba gente. ¡Pero bah! ¿Quién podía sospechar...?

Abrió su cortaplumas y lo clavó entre el duodécimo y el decimotercer adoquín.

—¿Y si no está?

—Si nadie me vio agacharme y hundirla, todavía está.

¿Era posible que estuviera allí? ¡La perla negra arrojada al barro de una reguera, a disposición del primero que pasara! La perla negra... ¡una fortuna!

—¿A qué profundidad?

—Unos diez centímetros.

Cavó en la arena mojada. La punta de su cortaplumas golpeó algo. Con sus dedos ensanchó el agujero.

Vio la perla negra.

—Toma, aquí tienes tus doscientos francos. Te enviaré tu billete para América.

Al día siguiente, el Écho de France publicaba esta breve nota, que fue reproducida por los periódicos del mundo entero:

Desde ayer, la famosa perla negra está en manos de Arsène Lupin, quien la ha recuperado del asesino de la condesa d'Andillot. En breve, facsímiles de esta preciosa joya serán expuestos en Londres, San Petersburgo, Calcuta, Buenos Aires y Nueva York.

Arsène Lupin espera las propuestas que quieran hacerle sus corresponsales.

—Y así es como el crimen es siempre castigado y la virtud recompensada —concluyó Arsène Lupin, cuando me hubo revelado los entresijos del asunto.

—Y así es como, bajo el nombre de Grimaudan, exinspector de la Sûreté, fue usted elegido por el destino para arrebatar al criminal el beneficio de su fechoría.

—Justamente. Y confieso que es una de las aventuras de las que estoy más orgulloso. Los cuarenta minutos que pasé en el apartamento de la condesa, después de haber constatado su muerte, son de los más asombrosos y profundos de mi vida. En cuarenta minutos, enredado en la situación más inextricable, reconstituí el crimen, adquirí la certeza, con la ayuda de algunos indicios, de que el culpable solo podía ser un criado de la condesa. Finalmente, comprendí que, para tener la perla, era necesario que ese criado fuera arrestado —y dejé el botón del chaleco—, pero que no era necesario que se levantaran contra él pruebas irrefutables de su culpabilidad —y recogí el cuchillo olvidado en la alfombra, me llevé la llave olvidada en la cerradura, cerré la puerta con doble vuelta y borré las huellas de los dedos en el yeso del armario ropero. En mi opinión, fue uno de esos destellos...

—De genio —interrumpí.

—De genio, si quiere, y que no habría iluminado el cerebro de un cualquiera. Adivinar en un segundo los dos términos del problema —un arresto y una absolución—, servirme del formidable aparato de la justicia para desquiciar a mi hombre, para embrutecerlo, en

fin, para ponerlo en un estado de ánimo tal que una vez libre debía inevitablemente, fatalmente, caer en la trampa un tanto burda que le tendía...

—¿Un tanto? Diga mucho, pues no corría ningún peligro.

—¡Oh, ni el más mínimo, puesto que toda absolución es cosa definitiva!

—Pobre diablo...

—Pobre diablo... ¡Victor Danègre! ¿No piensa que es un asesino? Habría sido de la mayor inmoralidad que la perla negra se quedara con él. ¡Vive, imagínese, Danègre vive!

—Y la perla negra es suya.

La sacó de uno de los bolsillos secretos de su cartera, la examinó, la acarició con sus dedos y sus ojos emocionados, y suspiraba:

—¿Qué boyardo, qué rajá imbécil y vanidoso poseerá este tesoro? ¿A qué multimillonario americano está destinado el pequeño trozo de belleza y lujo que adornaba los blancos hombros de Léontine Zalti, condesa d'Andillot?...

10

# Herlock Sholmes llega demasiado tarde

*Empieza: «¡Es extraño lo que se parece usted a Arsène Lupin, Velmont!»*

---

—¡Es extraño lo que se parece usted a Arsène Lupin, Velmont!

—¿Lo conoce usted?

—¡Oh!, como todo el mundo, por sus fotografías, de las que ninguna es igual a las otras, pero cada una de las cuales deja la impresión de una fisonomía idéntica... que es exactamente la suya.

Horace Velmont pareció más bien molesto.

—¿Verdad que sí, mi querido Devanne? Y créame que no es usted el primero en hacerme esa observación.

—Hasta tal punto —insistió Devanne— que si no me lo hubiera recomendado mi primo d'Estevan, y si no fuera usted el conocido pintor cuyas bellas marinas admiro, me pregunto si no habría avisado a la policía de su presencia en Dieppe.

La ocurrencia fue acogida con una risa general. Se encontraban allí, en el gran comedor del castillo de Thibermesnil, además de Velmont: el abate Gélis, cura del pueblo, y una docena de oficiales, cuyos regimientos maniobraban en los alrededores y que habían respondido a la invitación del banquero Georges Devanne y de su madre. Uno de ellos exclamó:

—Pero, ¿no se ha señalado precisamente a Arsène Lupin en la costa, después de su famoso golpe del rápido de París a El Havre?

—Perfectamente, hace de eso tres meses, y a la semana siguiente trabé conocimiento en el casino con nuestro excelente Velmont, quien, desde entonces, ha tenido a bien honrarme con algunas visitas; agradable preámbulo de una visita domiciliaria más seria que me hará uno de estos días... ¡o más bien una de estas noches!

Se rieron de nuevo y pasaron a la antigua sala de guardia, una vasta estancia, muy alta, que ocupa toda la parte inferior de la torre de Guillermo, y donde Georges Devanne ha reunido las incomparables riquezas acumuladas a través de los siglos por los señores de Thibermesnil. La decoran bargueños y credencias, morillos y candelabros. Magníficos tapices cuelgan de los muros de piedra. Las troneras de las cuatro ventanas son profundas, provistas de bancos, y terminan en crucerías ojivales con vidrieras enmarcadas en plomo. Entre la puerta y la ventana de la izquierda, se erige una biblioteca monumental de estilo renacentista, en cuyo frontón se lee, en letras de oro, «Thibermesnil» y debajo, el altivo lema de la familia: «Fais ce que veulx» (Haz lo que quieras).

Y mientras se encendían los puros, Devanne reanudó:

—Solo que dese prisa, Velmont, es la última noche que le queda.

—¿Y por qué? —dijo el pintor, que, decididamente, se tomaba la cosa a broma.

Devanne iba a responder cuando su madre le hizo una seña. Pero la excitación de la cena, el deseo de interesar a sus huéspedes, pudieron más.

—¡Bah! —murmuró—, ya puedo hablar. Una indiscreción ya no es de temer.

Se sentaron a su alrededor con viva curiosidad, y él declaró, con el aire satisfecho de quien anuncia una gran noticia:

—Mañana, a las cuatro de la tarde, Herlock Sholmès, el gran detective inglés para quien no existe misterio; Herlock Sholmès, el más extraordinario descifrador de enigmas que jamás se haya visto; el prodigioso personaje que parece forjado enteramente por la imaginación de un novelista, Herlock Sholmès será mi huésped.

Hubo exclamaciones. ¡Herlock Sholmès en Thibermesnil! ¿Era, pues, serio? ¿Se encontraba realmente Arsène Lupin en la comarca?

—Arsène Lupin y su banda no andan lejos. Sin contar el asunto del barón Cahorn, ¿a quién atribuir los robos de Montigny, de Gruchet, de Crasville, si no es a nuestro ladrón nacional? Hoy me toca a mí.

—¿Y está usted avisado, como lo estuvo el barón Cahorn?

—El mismo truco no funciona dos veces.

—¿Entonces?

—¿Entonces?... Pues entonces, he aquí.

Se levantó y, señalando con el dedo, en uno de los estantes de la biblioteca, un pequeño espacio vacío entre dos enormes infolios:

—Ahí había un libro, un libro del siglo XVI titulado la Crónica de Thibermesnil, que era la historia del castillo desde su construcción por el duque Rollon sobre el emplazamiento de una fortaleza feudal. Contenía tres láminas grabadas. Una representaba una

vista caballera del dominio en su conjunto, la segunda el plano de los edificios y la tercera —y llamo su atención sobre esto— el trazado de un subterráneo cuya una de las salidas se abre al exterior de la primera línea de las murallas, y cuya otra desemboca aquí, sí, en la misma sala donde nos encontramos. Pues bien, ese libro ha desaparecido desde el mes pasado.

—¡Diablos! —dijo Velmont—. Es mala señal. Solo que eso no basta para motivar la intervención de Herlock Sholmès.

—Ciertamente, no habría bastado si no hubiera ocurrido otro hecho que da a lo que acabo de contarles todo su significado. Existía en la Biblioteca Nacional un segundo ejemplar de esta Crónica, y esos dos ejemplares diferían en ciertos detalles concernientes al subterráneo, como el establecimiento de un perfil y de una escala, y diversas anotaciones, no impresas, sino escritas a tinta y más o menos borradas. Yo conocía estas particularidades y sabía que el trazado definitivo solo podía reconstituirse mediante una confrontación minuciosa de los dos mapas. Pues bien, al día siguiente de la desaparición de mi ejemplar, el de la Biblioteca Nacional fue solicitado por un lector que se lo llevó sin que fuera posible determinar las condiciones en que se efectuó el robo.

Exclamaciones acogieron estas palabras.

—Esta vez, el asunto se pone serio.

—Por eso, esta vez —dijo Devanne—, la policía se conmovió y hubo una doble investigación que, por otra parte, no tuvo ningún resultado.

—Como todas aquellas de las que Arsène Lupin es objeto.

—Precisamente. Fue entonces cuando se me ocurrió pedir su colaboración a Herlock Sholmès, quien me respondió que tenía el más vivo deseo de entrar en contacto con Arsène Lupin.

—¡Qué gloria para Arsène Lupin! —dijo Velmont—. Pero si nuestro ladrón nacional, como usted lo llama, no alberga ningún proyecto sobre Thibermesnil, ¿Herlock Sholmès no tendrá más que cruzarse de brazos?

—Hay otra cosa que le interesará vivamente: el descubrimiento del subterráneo.

—¡Cómo! ¡Nos ha dicho que una de las entradas se abre al campo y la otra en este mismo salón!

—¿Dónde? ¿En qué lugar de este salón? La línea que representa el subterráneo en los mapas termina, en efecto, por un lado en un pequeño círculo acompañado de estas dos mayúsculas «T. G.», lo que sin duda significa, ¿no es así?, Torre de Guillermo. Pero la torre es redonda, ¿y quién podría determinar en qué punto del círculo comienza el trazado del dibujo?

Devanne encendió un segundo puro y se sirvió un vaso de benedictino. Lo acosaban a preguntas. Él sonreía, feliz del interés provocado. Finalmente, sentenció:

—El secreto se ha perdido. Nadie en el mundo lo conoce. De padres a hijos, dice la leyenda, los poderosos señores se lo transmitían en su lecho de muerte, hasta el día en que Geoffroy, último de su nombre, fue decapitado en el cadalso, el 7 de termidor del año II, a sus diecinueve años.

—Pero, desde hace un siglo, ¿se habrá buscado?

—Se ha buscado, pero en vano. Yo mismo, cuando compré el castillo al sobrino bisnieto del convencional Leribourg, hice hacer excavaciones. ¿Para qué? Piense que esta torre, rodeada de agua, solo está unida al castillo por un punto, y que es necesario, en consecuencia, que el subterráneo pase por debajo de los antiguos fosos. El plano de la Biblioteca Nacional muestra, además, una serie de cuatro escaleras que suman cuarenta y ocho escalones, lo que supone una profundidad de más de diez metros. Y la escala, anexa al otro plano, fija la distancia en doscientos metros. En realidad, todo el problema está aquí, entre este suelo, este techo y estos muros. A fe mía, confieso que dudo en demolerlos.

—¿Y no se tiene ningún indicio?

—Ninguno.

El abate Gélis objetó:

—Señor Devanne, debemos tener en cuenta dos citas.

—¡Oh! —exclamó Devanne riendo—. El señor cura es un rebuscador de archivos, un gran lector de memorias, y todo lo que toca a Thibermesnil le apasiona. Pero la explicación de la que habla no sirve más que para enredar las cosas.

—Pero, ¿aun así?

—¿Insiste usted?

—Enormemente.

—Sabrá usted, pues, que de sus lecturas se desprende que dos reyes de Francia tuvieron la clave del enigma.

—¡Dos reyes de Francia!

—Enrique IV y Luis XVI.

—No son cualquiera. ¿Y cómo está el señor abate al corriente...?

—¡Oh, es muy simple! —continuó Devanne—. La antevíspera de la batalla de Arques, el rey Enrique IV vino a cenar y a dormir a este castillo. A las once de la noche, Louise de Tancarville, la dama más bella de Normandía, fue introducida ante él por el subterráneo con la complicidad del duque Edgard, quien, en esa ocasión, desveló el secreto de familia. Este secreto, Enrique IV se lo confió más tarde a su ministro Sully, quien relata la anécdota en sus Économies royales d'État sin acompañarla de otro comentario que esta frase incomprensible:

«El hacha gira en el aire que tiembla, pero el ala se abre, y se va hasta Dios.»

Hubo un silencio, y Velmont se mofó:

—No es de una claridad cegadora.

—¿Verdad que no? El señor cura sostiene que Sully anotó con ello la clave del enigma, sin traicionar el secreto a los escribas a quienes dictaba sus memorias.

—La hipótesis es ingeniosa.

—Lo concedo, pero, ¿qué hacha es esa que gira, y qué pájaro es ese que alza el vuelo?

—¿Y qué es lo que va hasta Dios?

—¡Misterio!

Velmont reanudó:

—Y ese buen Luis XVI, ¿fue también para recibir la visita de una dama que se hizo abrir el subterráneo?

—Lo ignoro. Todo lo que se puede decir es que Luis XVI se alojó en 1784 en Thibermesnil, y que el famoso armario de hierro, encontrado en el Louvre por denuncia de Gamain, contenía un papel con estas palabras escritas por él: «Thibermesnil: 2-6-12».

Horace Velmont soltó una carcajada:

—¡Victoria! Las tinieblas se disipan cada vez más. Dos por seis son doce.

—Ría a su gusto, señor —dijo el abate—, pero no por ello deja de ser cierto que estas dos citas contienen la solución, y que un día u otro vendrá alguien que sabrá interpretarlas.

—Herlock Sholmès, para empezar —dijo Devanne—. A menos que Arsène Lupin se le adelante. ¿Qué opina, Velmont?

Velmont se levantó, puso la mano en el hombro de Devanne y declaró:

—Opino que a los datos proporcionados por su libro y por el de la Biblioteca les faltaba una información de la más alta importancia, y que ha tenido usted la gentileza de ofrecérmela. Se lo agradezco.

—¿De modo que...?

—De modo que ahora, habiendo girado el hacha, habiendo huido el pájaro y siendo dos por seis doce, no me queda más que ponerme en campaña.

—Sin perder un minuto.

—¡Sin perder un segundo! ¿No es necesario que esta noche, es decir, antes de la llegada de Herlock Sholmès, desvalije yo su castillo?

—Es un hecho que apenas tiene tiempo. ¿Quiere que lo acompañe?

—¿Hasta Dieppe?

—Hasta Dieppe. Aprovecharé para traer yo mismo al señor y a la señora d'Androl y a una joven amiga suya que llegan en el tren de medianoche.

Y dirigiéndose a los oficiales, Devanne añadió:

—Por otra parte, nos encontraremos todos aquí mañana para almorzar, ¿no es así, señores? Cuento con ustedes, puesto que este castillo debe ser cercado por sus regimientos y tomado por asalto a eso de las once.

La invitación fue aceptada, se separaron, y un instante más tarde, un 20-30 Étoile d'or se llevaba a Devanne y a Velmont por la carretera de Dieppe. Devanne dejó al pintor ante el casino y se dirigió a la estación.

A medianoche, sus amigos bajaron del tren. A las doce y media, el automóvil franqueaba las puertas de Thibermesnil. A la una, tras una cena ligera servida en el salón, cada uno se retiró. Poco a poco, todas las luces se apagaron. El gran silencio de la noche envolvió el castillo.

Pero la luna apartó las nubes que la velaban y, por dos de las ventanas, llenó el salón de una claridad blanca. Solo duró un momento. Muy pronto la luna se escondió tras la cortina de las colinas. Y se hizo la oscuridad. El silencio aumentó con la sombra

más espesa. Apenas, de vez en cuando, lo turbaban crujidos de muebles, o bien el susurro de los juncos en el estanque que baña los viejos muros con sus aguas verdes.

El reloj desgranaba el rosario infinito de los segundos. Dio las dos. Luego, de nuevo, los segundos cayeron presurosos y monótonos en la pesada paz de la noche. Luego dieron las tres.

Y de repente algo resonó, como lo hace, al paso de un tren, el disco de una señal que se abre y se abate. Y un fino haz de luz atravesó el salón de parte a parte, como una flecha que dejara tras de sí una estela centelleante. Brotó de la acanaladura central de una pilastra en la que se apoya, a la derecha, el frontón de la biblioteca. Se inmovilizó primero en el panel opuesto en un círculo resplandeciente, luego se paseó por todas partes como una mirada inquieta que escruta la sombra, y luego se desvaneció para brotar de nuevo, mientras toda una parte de la biblioteca giraba sobre sí misma y descubría una ancha abertura, en forma de bóveda.

Entró un hombre que sostenía en la mano una linterna eléctrica. Surgieron otro hombre y un tercero que llevaban un rollo de cuerdas y diferentes instrumentos. El primero inspeccionó la estancia, escuchó y dijo:

—Llamad a los camaradas.

De esos camaradas, vinieron ocho por el subterráneo, mozos fornidos, de rostro enérgico. Y la mudanza comenzó.

Fue rápida. Arsène Lupin pasaba de un mueble a otro, lo examinaba y, según sus dimensiones o su valor artístico, lo perdonaba u ordenaba:

—¡Lleváoslo!

Y el objeto era retirado, tragado por la boca abierta del túnel, despachado a las entrañas de la tierra.

Y así fueron escamoteados seis sillones y seis sillas Luis XV, y tapices de Aubusson, y candelabros firmados por Gouthière, y dos Fragonard, y un Nattier, y un busto de Houdon, y estatuillas. A veces Lupin se demoraba ante un magnífico bargueño o un soberbio cuadro y suspiraba:

—Demasiado pesado, este... demasiado grande... ¡qué lástima!

Y continuaba su peritaje.

En cuarenta minutos, el salón fue «despejado» según la expresión de Arsène. Y todo ello se había realizado con un orden admirable, sin ningún ruido, como si todos los objetos que manejaban esos hombres estuvieran guarnecidos de una espesa guata.

Dijo entonces al último de ellos que se marchaba, portador de un reloj de sobremesa firmado por Boulle:

—Inútil que volváis. Queda entendido, ¿no es así?, que en cuanto el autocamión esté cargado, os marcháis hasta el granero de Roquefort.

—¿Pero usted, jefe?

—Que me dejen la motocicleta.

Una vez que el hombre se hubo marchado, empujó, hasta cerrarlo, el panel móvil de la biblioteca, y luego, tras hacer desaparecer las huellas de la mudanza, borrando las marcas de pisadas, levantó una portezuela y penetró en una galería que servía de

comunicación entre la torre y el castillo. En medio había una vitrina, y era a causa de esta vitrina que Arsène Lupin había proseguido sus investigaciones.

Contenía maravillas, una colección única de relojes, tabaqueras, anillos, castellanas, miniaturas de la más bella factura. Con unas tenazas forzó la cerradura, y fue para él un placer inexprimible tomar esas joyas de oro y plata, esas pequeñas obras de un arte tan precioso y delicado.

Llevaba, cruzada en bandolera alrededor del cuello, una ancha bolsa de tela especialmente dispuesta para estas gangas. La llenó. Y llenó también los bolsillos de su chaqueta, de su pantalón y de su chaleco. Y cerraba su brazo izquierdo sobre una pila de esos ridículos de perlas tan apreciados por nuestros antepasados y que la moda actual busca con tanta pasión... cuando un ligero ruido golpeó su oído.

Escuchó: no se equivocaba, el ruido se precisaba.

Y de repente recordó: en el extremo de la galería, una escalera interior conducía a un apartamento, desocupado hasta entonces, pero que, desde esa noche, estaba reservado a esa joven que Devanne había ido a buscar a Dieppe, con sus amigos los d'Androl.

Con un gesto rápido, presionó con el dedo el resorte de su linterna: se apagó. Apenas había ganado la tronera de una ventana cuando, en lo alto de la escalera, se abrió la puerta y un débil resplandor iluminó la galería.

Tuvo la sensación —pues, medio oculto por una cortina, no veía— de que una persona descendía con precaución los primeros escalones. Esperó que no fuera más lejos. Sin embargo, descendió y

avanzó varios pasos en la estancia. Pero lanzó un grito. Sin duda había visto la vitrina rota, casi vacía.

Por el perfume, reconoció la presencia de una mujer. Sus ropas rozaban casi la cortina que lo disimulaba, y le pareció oír latir el corazón de esa mujer, y que ella también adivinaba la presencia de otro ser, detrás de ella, en la sombra, al alcance de su mano... Se dijo: «Tiene miedo... se va a ir... es imposible que no se vaya». No se fue. La vela que temblaba en su mano se afirmó. Se volvió, dudó un instante, pareció escuchar el silencio espantoso, y luego, de un tirón, apartó la cortina.

Se vieron.

Arsène murmuró, trastornado:

—Usted... usted... señorita.

Era miss Nelly.

¡Miss Nelly! La pasajera del Transatlántico, la que había mezclado sus sueños con los sueños del joven durante aquella inolvidable travesía, la que había asistido a su arresto y que, antes que traicionarlo, había tenido el hermoso gesto de arrojar al mar la Kodak donde él había escondido las joyas y los billetes de banco... ¡Miss Nelly! ¡La querida y sonriente criatura cuya imagen había entristecido o alegrado tan a menudo sus largas horas de prisión!

El azar que los ponía en presencia uno del otro en ese castillo y a esa hora de la noche era tan prodigioso que no se movían ni pronunciaban una palabra, estupefactos, como hipnotizados por la fantástica aparición que eran el uno para el otro.

Vacilante, rota de emoción, miss Nelly tuvo que sentarse.

Él permaneció de pie frente a ella. Y poco a poco, en el transcurso de los segundos interminables que transcurrieron, tomó conciencia de la impresión que debía de dar en ese instante, con los brazos cargados de baratijas, los bolsillos hinchados y su saco lleno a reventar. Una gran confusión lo invadió, y se sonrojó de encontrarse allí, en esa fea postura del ladrón al que se sorprende en flagrante delito. Para ella, en adelante, pasara lo que pasara, él era el ladrón, el que mete la mano en el bolsillo de los demás, el que fuerza las puertas y se introduce furtivamente.

Uno de los relojes rodó por la alfombra, otro también. Y otras cosas más iban a deslizarse de sus brazos, que no sabía cómo retener. Entonces, decidiéndose bruscamente, dejó caer sobre el sillón una parte de los objetos, vació sus bolsillos y se deshizo de su saco.

Se sintió más a gusto ante Nelly, e hizo un paso hacia ella con la intención de hablarle. Pero ella tuvo un gesto de retroceso, luego se levantó vivamente, como presa de espanto, y se precipitó hacia el salón. La portezuela se cerró tras ella; él la alcanzó. Estaba allí, desconcertada, temblorosa, y sus ojos contemplaban con terror la inmensa estancia devastada.

Inmediatamente él le dijo:

—A las tres, mañana, todo estará de nuevo en su sitio... Los muebles serán devueltos...

Ella no respondió, y él repitió:

—Mañana, a las tres, me comprometo... Nada en el mundo podrá impedirme cumplir mi promesa... Mañana, a las tres...

Un largo silencio pesó sobre ellos. Él no se atrevía a romperlo, y la emoción de la joven le causaba un verdadero sufrimiento. Suavemente, sin una palabra, se alejó de ella.

Y pensaba:

«¡Que se vaya!... ¡Que se sienta libre de irse!... ¡Que no me tenga miedo!...»

Pero de repente ella se estremeció y balbuceó:

—Escuche... pasos... oigo caminar...

Él la miró con asombro. Parecía trastornada, como ante la proximidad de un peligro.

—No oigo nada —dijo él—, y aunque así fuera...

—¡Cómo! Pero hay que huir... rápido, huya...

—¿Huir?... ¿por qué?

—Es necesario... es necesario... ¡Ah, no se quede!...

De un tirón corrió hasta la entrada de la galería y aguzó el oído. No, no había nadie. ¿Quizá el ruido venía de fuera?... Esperó un segundo y luego, tranquilizada, se volvió.

Arsène Lupin había desaparecido.

En el mismo instante en que Devanne constató el saqueo de su castillo, se dijo: «Ha sido Velmont quien ha dado el golpe, y Velmont no es otro que Arsène Lupin». Todo se explicaba así, y de ninguna otra manera. Esta idea, por otra parte, apenas lo rozó, tan inverosímil era que Velmont no fuera Velmont, es decir, el pintor conocido, el compañero de club de su primo d'Estevan. Y cuando el

brigada de la gendarmería, inmediatamente avisado, se presentó, Devanne ni siquiera pensó en comunicarle esta suposición absurda.

Toda la mañana fue, en Thibermesnil, un ir y venir indescriptible. Los gendarmes, el guardia rural, el comisario de policía de Dieppe, los habitantes del pueblo, todo ese mundo se agitaba en los pasillos, o en el parque, o alrededor del castillo. La proximidad de las tropas en maniobras, el crepitar de los fusiles, añadían pintoresquismo a la escena.

Las primeras pesquisas no arrojaron ningún indicio. Como las ventanas no habían sido rotas ni las puertas forzadas, sin duda la mudanza se había efectuado por la salida secreta. Sin embargo, en la alfombra, ninguna huella de pisada; en las paredes, ninguna marca insólita.

Una sola cosa, inesperada, y que denotaba bien la fantasía de Arsène Lupin: la famosa Crónica del siglo XVI había vuelto a su antiguo lugar y, a su lado, se encontraba un libro similar, que no era otro que el ejemplar robado de la Biblioteca Nacional.

A las once, llegaron los oficiales. Devanne los acogió alegremente —por mucho que le molestara la pérdida de tales riquezas artísticas, su fortuna le permitía soportarla sin mal humor—. Sus amigos los d'Androl y Nelly bajaron.

Hechas las presentaciones, se dieron cuenta de que faltaba un comensal: Horace Velmont. ¿No vendría?

Su ausencia habría despertado las sospechas de Georges Devanne. Pero a las doce en punto, entró. Devanne exclamó:

—¡A buena hora! ¡Ya está usted aquí!

—¿No soy puntual?

—Sí, pero podría no haberlo sido... ¡después de una noche tan agitada! Porque, ¿sabe la noticia?

—¿Qué noticia?

—Ha desvalijado usted el castillo.

—¡Vamos!

—Como se lo digo. Pero primero ofrezca su brazo a Miss Underdown, y pasemos a la mesa... Señorita, permítame...

Se interrumpió, sorprendido por la turbación de la joven. Luego, de repente, recordando:

—Es verdad, a propósito, usted viajó con Arsène Lupin, antaño... antes de su arresto... El parecido le asombra, ¿no es así?

Ella no respondió. Frente a ella, Velmont sonreía. Se inclinó, ella tomó su brazo. Él la condujo a su sitio y se sentó frente a ella.

Durante el almuerzo no se habló más que de Arsène Lupin, de los muebles sustraídos, del subterráneo, de Herlock Sholmès. Solo al final de la comida, cuando se abordaron otros temas, Velmont se unió a la conversación. Fue sucesivamente divertido y grave, elocuente e ingenioso. Y todo lo que decía, parecía no decirlo más que para interesar a la joven. Muy absorta, ella no parecía oírlo.

Se sirvió el café en la terraza que domina el patio de honor y el jardín francés, del lado de la fachada principal. En medio del césped, la música del regimiento se puso a tocar, y la multitud de campesinos y soldados se esparció por las avenidas del parque.

Mientras tanto, Nelly recordaba la promesa de Arsène Lupin: «A las tres todo estará aquí, me comprometo».

¡A las tres! Y las agujas del gran reloj que adornaba el ala derecha marcaban las dos y cuarenta. Las miraba a cada instante a su pesar. Y miraba también a Velmont, que se balanceaba apaciblemente en una cómoda mecedora.

Las dos y cincuenta... las dos y cincuenta y cinco... una especie de impaciencia, mezclada con angustia, atenazaba a la joven. ¿Era admisible que el milagro se cumpliera, y que se cumpliera en el minuto fijado, cuando el castillo, el patio, el campo estaban llenos de gente, y en ese mismo momento el fiscal de la República y el juez de instrucción proseguían su investigación?

Y sin embargo... sin embargo, ¡Arsène Lupin había prometido con tal solemnidad! «Será como él ha dicho», pensó ella, impresionada por todo lo que había en ese hombre de energía, de autoridad y de certeza. Y ya no le parecía un milagro, sino un acontecimiento natural que debía producirse por la fuerza de las cosas.

Un segundo, sus miradas se cruzaron. Ella se sonrojó y desvió la cabeza.

Las tres... Sonó la primera campanada, la segunda, la tercera... Horace Velmont sacó su reloj, levantó los ojos hacia el de la torre y luego volvió a guardárselo en el bolsillo. Transcurrieron unos segundos. Y he aquí que la multitud se apartó, alrededor del césped, abriendo paso a dos carros que acababan de franquear la verja del parque, tirados cada uno por dos caballos. Eran de esos furgones que siguen a los regimientos y que transportan las cantinas de los oficiales y los sacos de los soldados. Se detuvieron

ante el perrón. Un sargento furriel saltó de uno de los asientos y preguntó por el señor Devanne.

Devanne acudió y bajó los escalones. Bajo las lonas vio, cuidadosamente ordenados, bien envueltos, sus muebles, sus cuadros, sus objetos de arte.

A las preguntas que se le hicieron, el furriel respondió exhibiendo la orden que había recibido del ayudante de servicio, y que este ayudante había tomado, por la mañana, en el parte. Por esta orden, la segunda compañía del cuarto batallón debía proveer a que los objetos mobiliarios depositados en el cruce de Les Halleux, en el bosque de Arques, fueran llevados a las tres al señor Georges Devanne, propietario del castillo de Thibermesnil. Firmado: el coronel Beauvel.

—En el cruce —añadió el sargento—, todo se encontraba listo, alineado sobre el césped, y bajo la custodia... de los transeúntes. Me pareció raro, pero, ¡qué remedio!, la orden era categórica.

Uno de los oficiales examinó la firma: estaba perfectamente imitada, pero era falsa.

La música había dejado de tocar; se vaciaron los furgones, se reintegraron los muebles.

En medio de esta agitación, Nelly se quedó sola en el extremo de la terraza. Estaba seria y preocupada, agitada por pensamientos confusos que no intentaba formular. De repente, vio a Velmont que se acercaba. Deseó evitarlo, pero el ángulo de la balaustrada que bordea la terraza la rodeaba por dos lados, y una línea de grandes maceteros de arbustos —naranjos, adelfas y bambúes— no le dejaba otra retirada que el camino por el que avanzaba el joven. No

se movió. Un rayo de sol temblaba sobre sus cabellos de oro, agitado por las frágiles hojas de un bambú. Alguien pronunció en voz muy baja:

—He cumplido mi promesa de esta noche.

Arsène Lupin estaba junto a ella, y a su alrededor no había nadie.

Repitió, con actitud vacilante, con voz tímida:

—He cumplido mi promesa de esta noche.

Esperaba una palabra de agradecimiento, un gesto al menos que probara el interés que ella tomaba en ese acto. Ella guardó silencio.

Este desprecio irritó a Arsène Lupin y, al mismo tiempo, tenía el sentimiento profundo de todo lo que lo separaba de Nelly, ahora que ella sabía la verdad. Hubiera querido disculparse, buscar excusas, mostrar su vida en lo que tenía de audaz y de grande. Pero, de antemano, las palabras lo herían, y sentía lo absurdo y la insolencia de toda explicación. Entonces murmuró tristemente, invadido por una oleada de recuerdos:

—¡Qué lejos está el pasado! ¿Recuerda las largas horas en el puente del Provence? ¡Ah, mire!... tenía usted, como hoy, una rosa en la mano, una rosa pálida como esta... Se la pedí... usted no pareció oír... Sin embargo, después de su partida, encontré la rosa... olvidada sin duda... La he guardado...

Ella no respondió todavía. Parecía muy lejos de él. Continuó:

—En memoria de esas horas, no piense en lo que sabe. ¡Que el pasado se una al presente! ¡Que yo no sea el que vio esta noche,

sino el de antaño, y que sus ojos me miren, aunque solo sea un segundo, como me miraban!... Se lo ruego... ¿Ya no soy el mismo?

Ella levantó los ojos, como él pedía, y lo miró. Luego, sin una palabra, posó su dedo sobre un anillo que él llevaba en el índice. Solo se podía ver el aro, pero el chatón, vuelto hacia el interior, estaba formado por un rubí maravilloso.

Arsène Lupin se sonrojó. Ese anillo pertenecía a Georges Devanne.

Sonrió con amargura:

—Tiene usted razón. Lo que ha sido, siempre será. Arsène Lupin no es y no puede ser más que Arsène Lupin, y entre usted y él, no puede haber siquiera un recuerdo... Perdóneme... Debería haber comprendido que mi sola presencia junto a usted es un ultraje...

Se apartó a lo largo de la balaustrada, con el sombrero en la mano. Nelly pasó ante él. Estuvo tentado de retenerla, de implorarle. Le faltó la audacia, y la siguió con los ojos, como en el lejano día en que ella cruzaba la pasarela en el muelle de Nueva York. Subió los escalones que conducen a la puerta. Un instante más su fina silueta se dibujó entre los mármoles del vestíbulo. Ya no la vio más.

Una nube oscureció el sol. Arsène Lupin observaba, inmóvil, la huella de los pequeños pasos impresa en la arena. De repente, se estremeció: sobre el macetero de bambú contra el que Nelly se había apoyado yacía la rosa, la rosa pálida que no se había atrevido a pedirle... ¿Olvidada sin duda, también ella? Pero, ¿olvidada voluntariamente o por distracción?

La cogió ardientemente. Se desprendieron pétalos. Los recogió uno a uno como reliquias...

—Vamos —se dijo—, ya no tengo nada que hacer aquí. Pensemos en la retirada. Tanto más cuanto que si Herlock Sholmès se mete, la cosa podría ponerse fea.

El parque estaba desierto. Sin embargo, cerca del pabellón que custodia la entrada, se encontraba un grupo de gendarmes. Se adentró en los matorrales, escaló el muro del recinto y tomó, para dirigirse a la estación más cercana, un sendero que serpenteaba entre los campos. No había caminado ni diez minutos cuando el camino se estrechó, encajonado entre dos taludes, y cuando llegaba a este desfiladero, alguien se adentraba en él que venía en sentido contrario.

Era un hombre de unos cincuenta años quizá, bastante fuerte, con el rostro afeitado, y cuyo atuendo precisaba su aspecto extranjero. Llevaba en la mano un pesado bastón y un morral le colgaba del cuello.

Se cruzaron. El extranjero dijo, con un acento inglés apenas perceptible:

—Disculpe, señor... ¿es este el camino del castillo?

—Todo recto, señor, y a la izquierda en cuanto esté al pie del muro. Se le espera con impaciencia.

—¡Ah!

—Sí, mi amigo Devanne nos anunciaba su visita desde anoche.

—Peor para el señor Devan-ne si ha hablado demasiado.

—Y estoy feliz de ser el primero en saludarle. Herlock Sholmès no tiene un admirador más ferviente que yo.

Hubo en su voz un matiz imperceptible de ironía que lamentó al instante, pues Herlock Sholmès lo consideró de pies a cabeza, y con una mirada a la vez tan envolvente y tan aguda, que Arsène Lupin tuvo la impresión de ser capturado, aprisionado, registrado por esa mirada, más exacta y esencialmente de lo que lo había sido jamás por ningún aparato fotográfico.

«La foto está hecha», pensó. «Ya no vale la pena disfrazarse con este tipo. Solo que... ¿me habrá reconocido?»

Se saludaron. Pero resonó un ruido de pasos, un ruido de caballos que caracoleaban en un tintineo de acero. Eran los gendarmes. Los dos hombres tuvieron que pegarse al talud, en la hierba alta, para evitar ser arrollados. Los gendarmes pasaron, y como se seguían a cierta distancia, fue bastante largo. Y Lupin pensaba:

«Todo depende de esta pregunta: ¿me ha reconocido? Si es así, hay muchas posibilidades de que abuse de la situación. El problema es angustioso.»

Cuando el último jinete los hubo sobrepasado, Herlock Sholmès se levantó y, sin decir nada, se cepilló la ropa manchada de polvo. La correa de su morral estaba enredada en una rama de espinos. Arsène Lupin se apresuró a ayudarlo. Un segundo más se examinaron. Y, si alguien hubiera podido sorprenderlos en ese instante, habría sido un espectáculo emocionante el primer encuentro de esos dos hombres, tan extraños, tan poderosamente armados, ambos verdaderamente superiores, y destinados fatalmente por sus aptitudes especiales a chocar como dos fuerzas iguales que el orden de las cosas empuja una contra la otra a través del espacio.

Luego el inglés dijo:

—Le agradezco, señor.

—A su entero servicio —respondió Lupin.

Se separaron. Lupin se dirigió hacia la estación; Herlock Sholmès, hacia el castillo.

El juez de instrucción и el fiscal se habían marchado tras vanas pesquisas, y se esperaba a Herlock Sholmès con una curiosidad que justificaba su gran reputación. Se sintieron un poco decepcionados por su aspecto de buen burgués, que difería tan profundamente de la imagen que se habían hecho de él. No tenía nada del héroe de novela, del personaje enigmático y diabólico que evoca en nosotros la idea de Herlock Sholmès. Devanne, sin embargo, exclamó lleno de exuberancia:

—¡En fin, Maestro, es usted! ¡Qué felicidad! Hace tanto tiempo que esperaba... Estoy casi feliz de todo lo que ha pasado, puesto que me depara el placer de verlo. Pero, a propósito, ¿cómo ha venido?

—¡En tren!

—¡Qué lástima! Le había enviado, sin embargo, mi automóvil al desembarcadero.

—¡Una llegada oficial, no es así, con tambor y música! Excelente medio para facilitarme la tarea —gruñó el inglés.

Este tono poco amable desconcertó a Devanne, quien, esforzándose por bromear, reanudó:

—La tarea, afortunadamente, es más fácil de lo que le había escrito.

—¿Y por qué?

—Porque el robo tuvo lugar esta noche.

—Si no hubiera anunciado usted mi visita, señor, es probable que el robo no hubiera tenido lugar esta noche.

—¿Y cuándo, entonces?

—Mañana, u otro día.

—¿Y en ese caso?

—Lupin habría caído en la trampa.

—¿Y mis muebles?

—No habrían sido sustraídos.

—Mis muebles están aquí.

—¿Aquí?

—Han sido devueltos a las tres.

—¿Por Lupin?

—Por dos furgones militares.

Herlock Sholmès se caló violentamente el sombrero en la cabeza y se ajustó el morral; pero Devanne, hecho un manojo de nervios, exclamó:

—¿Qué hace?

—Me voy.

—¿Y por qué?

—Sus muebles están aquí, Arsène Lupin está lejos. Mi papel ha terminado.

—Pero necesito absolutamente su ayuda, querido señor. Lo que pasó ayer puede repetirse mañana, puesto que ignoramos lo más importante: cómo entró Arsène Lupin, cómo salió, y por qué, unas horas más tarde, procedió a esta restitución.

—¡Ah, lo ignoran...!

La idea de un secreto por descubrir ablandó a Herlock Sholmès.

—De acuerdo, busquemos. Pero rápido, ¿de acuerdo?, y, en la medida de lo posible, solos.

La frase designaba claramente a los presentes. Devanne comprendió e introdujo al inglés en el salón. Con un tono seco, en frases que parecían contadas de antemano, ¡y con qué parsimonia!, Sholmès le hizo preguntas sobre la velada de la víspera, sobre los comensales que se encontraban allí, sobre los habituales del castillo. Luego examinó los dos volúmenes de la Crónica, comparó los mapas del subterráneo, se hizo repetir las citas recogidas por el abate Gélis y preguntó:

—¿Fue ayer cuando, por primera vez, habló usted de estas dos citas?

—Ayer.

—¿Nunca se las había comunicado al señor Horace Velmont?

—Jamás.

—Bien. Ordene su automóvil. Parto en una hora.

—¡En una hora!

—Arsène Lupin no tardó más en resolver el problema que usted le planteó.

—¡Yo!... le planteé...

—¡Eh, sí! Arsène Lupin y Velmont son la misma cosa.

—Lo sospechaba... ¡ah, el bribón!

—Pues bien, anoche, a las diez, usted proporcionó a Lupin los elementos de la verdad que le faltaban y que buscaba desde hacía semanas. Y, en el transcurso de la noche, Lupin encontró tiempo para comprender, reunir a su banda y desvalijarlo. Tengo la pretensión de ser igual de expeditivo.

Se paseó de un extremo a otro de la estancia reflexionando, luego se sentó, cruzó sus largas piernas y cerró los ojos.

Devanne esperó, bastante desconcertado.

«¿Duerme? ¿Reflexiona?»

Por si acaso, salió para dar órdenes. Cuando regresó, lo vio al pie de la escalera de la galería, de rodillas, escrutando la alfombra.

—¿Qué ocurre?

—Mire... ahí... esas manchas de cera...

—Vaya, en efecto... y muy frescas...

—Y puede observar otras igualmente en lo alto de la escalera, y más aún alrededor de esta vitrina que Arsène Lupin forzó, y de la que retiró las baratijas para depositarlas en este sillón.

—¿Y qué concluye?

—Nada. Todos estos hechos explicarían sin duda la restitución que él operó. Pero es un aspecto de la cuestión que no tengo tiempo de abordar. Lo esencial es el trazado del subterráneo.

—Usted espera todavía...

—No espero, sé. Existe, ¿no es así, una capilla a doscientos o trescientos metros del castillo?

—Una capilla en ruinas, donde se encuentra la tumba del duque Rollon.

—Dígale a su chófer que nos espere junto a esa capilla.

—Mi chófer aún no ha vuelto... Deben avisarme... Pero, por lo que veo, usted estima que el subterráneo desemboca en la capilla. ¿Basado en qué indicio...?

Herlock Sholmès lo interrumpió:

—Le rogaría, señor, que me procurara una escalera y una linterna.

—¡Ah! ¿Necesita una linterna y una escalera?

—Aparentemente, puesto que se las pido.

Devanne, un tanto desconcertado por esta ruda lógica, llamó. Los dos objetos fueron traídos.

Las órdenes se sucedieron entonces con el rigor y la precisión de mandos militares.

—Apoye esta escalera contra la biblioteca, a la izquierda de la palabra Thibermesnil...

Devanne apoyó la escalera y el inglés continuó:

—Más a la izquierda... a la derecha... ¡Alto!... Suba... Bien... Todas las letras de esta palabra están en relieve, ¿no es así?

—Sí.

—Ocupémonos de la letra H. ¿Gira en un sentido o en otro?

Devanne agarró la letra H y exclamó:

—¡Pues sí, gira! ¡Hacia la derecha, y un cuarto de vuelta! ¿Quién le ha revelado...?

Sin responder, Herlock Sholmès reanudó:

—¿Puede usted, desde donde está, alcanzar la letra R? Sí... Muévala varias veces, como haría con un cerrojo que se corre y se descorre.

Devanne movió la letra R. Para su gran estupefacción, se produjo un resorte interior.

—Perfecto —dijo Herlock Sholmès—. No le queda más que deslizar su escalera al otro extremo, es decir, al final de la palabra Thibermesnil... Bien... Y ahora, si no me he equivocado, si las cosas se cumplen como deben, la letra L se abrirá como un postigo.

Con cierta solemnidad, Devanne agarró la letra L. La letra L se abrió, pero Devanne se cayó de la escalera, pues toda la parte de la biblioteca situada entre la primera y la última letra de la palabra pivotó sobre sí misma y descubrió la boca del subterráneo.

Herlock Sholmès pronunció, flemático:

—¿No está usted herido?

—No, no —dijo Devanne, levantándose—, herido no, pero aturdido, lo confieso... esas letras que se mueven... ese subterráneo abierto...

—¿Y qué? ¿No es eso exactamente conforme a la cita de Sully?

—¿En qué, señor?

—¡Hombre! La H gira (l'hache tournoie), la R tiembla (l'air frémit) y la L se abre (l'aile s'ouvre)... y eso fue lo que permitió a Enrique IV recibir a la señorita de Tancarville a una hora insólita.

—¿Pero y Luis XVI? —preguntó Devanne, estupefacto.

—Luis XVI era un gran forjador y un hábil cerrajero. He leído un Tratado de las cerraduras de combinación que se le atribuye. Por parte de Thibermesnil, fue un gesto de buen cortesano mostrar a su maestro esta obra maestra de mecánica. Para recordarlo, el rey escribió: 2-6-12, es decir, H, R, L, la segunda, la sexta y la duodécima letra de la palabra.

—¡Ah, perfecto, empiezo a comprender!... Solo que... Si me explico cómo se sale de esta sala, no me explico cómo pudo Lupin penetrar en ella. Porque, fíjese bien, él venía de fuera.

Herlock Sholmès encendió la linterna y avanzó unos pasos en el subterráneo.

—Mire, todo el mecanismo es aparente aquí, como los resortes de un reloj, y todas las letras se encuentran al revés. Lupin no ha tenido más que accionarlas desde este lado del tabique.

—¿Qué prueba hay?

—¿Qué prueba? Vea este charco de aceite. Lupin había previsto incluso que los engranajes necesitarían ser engrasados —dijo Herlock Sholmès no sin admiración.

—¿Pero entonces conocía la otra salida?

—Como la conozco yo. Sígame.

—¿En el subterráneo?

—¿Tiene miedo?

—No, pero ¿está seguro de orientarse?

—Con los ojos cerrados.

Descendieron primero doce escalones, luego otros doce, y todavía dos veces doce más. Luego, tomaron un largo corredor cuyas paredes de ladrillo llevaban la marca de restauraciones sucesivas y que rezumaban por algunos sitios. El suelo estaba húmedo.

—Estamos pasando por debajo del estanque —observó Devanne, nada tranquilo.

El corredor desembocó en una escalera de doce escalones, seguida de otras tres escaleras de doce escalones que subieron penosamente, y salieron a una pequeña cavidad tallada en la misma roca. El camino no iba más lejos.

—¡Diablos! —murmuró Herlock Sholmès—. Solo muros desnudos, esto se vuelve embarazoso.

—Si volviéramos —murmuró Devanne—, porque, al fin y al cabo, no veo ninguna necesidad de saber más. Estoy satisfecho.

Pero, habiendo levantado la cabeza, el inglés soltó un suspiro de alivio: encima de ellos se repetía el mismo mecanismo que en la entrada. No tuvo más que accionar las tres letras. Un bloque de granito basculó. Era, del otro lado, la lápida del duque Rollon, grabada con las doce letras en relieve «Thibermesnil». Y se encontraron en la pequeña capilla en ruinas que el inglés había designado.

—«Y se va hasta Dios», es decir, hasta la capilla —dijo, refiriéndose al final de la cita.

—¡Es posible! —exclamó Devanne, confundido por la clarividencia y la vivacidad de Herlock Sholmès—. ¿Es posible que esta simple indicación le haya bastado?

—¡Bah! —dijo el inglés—. Era incluso inútil. En el ejemplar de la Biblioteca Nacional, el trazo termina a la izquierda, como usted sabe, con un círculo, y a la derecha, usted lo ignora, con una pequeña cruz, pero tan borrada que solo se puede ver con una lupa. Esa cruz significa evidentemente la capilla donde estamos.

El pobre Devanne no daba crédito a sus oídos.

—¡Es inaudito, milagroso, y sin embargo de una simplicidad infantil! ¿Cómo es que nadie ha desvelado jamás este misterio?

—Porque nadie ha reunido jamás los tres o cuatro elementos necesarios, es decir, los dos libros y las citas... Nadie, salvo Arsène Lupin y yo.

—Pero yo también —objetó Devan-ne—, y el abate Gélis... Ambos sabíamos tanto como usted, y sin embargo...

Sholmès sonrió.

—Señor Devanne, no todo el mundo es apto para descifrar enigmas.

—Pero llevo diez años buscando. Y usted, en diez minutos...

—¡Bah!, la costumbre...

Salieron de la capilla y el inglés exclamó:

—¡Vaya, un automóvil esperando!

—¡Pero si es el mío!

—¿El suyo? Pero pensaba que el chófer no había vuelto.

—En efecto... y me pregunto...

Se adelantaron hasta el coche, y Devanne, interpelando al chófer:

—Édouard, ¿quién le ha dado la orden de venir aquí?

—Pues —respondió el hombre—, ha sido el señor Velmont.

—¿El señor Velmont? ¿Lo ha encontrado usted, entonces?

—Cerca de la estación, y me dijo que me dirigiera a la capilla.

—¡Que se dirigiera a la capilla! ¿Pero por qué?

—Para esperar al señor... y al amigo del señor.

Devanne y Herlock Sholmès se miraron. Devanne dijo:

—Ha comprendido que el enigma sería un juego para usted. El homenaje es delicado.

Una sonrisa de satisfacción frunció los finos labios del detective. El homenaje le agradaba. Sentenció, moviendo la cabeza:

—Es un hombre. Además, nada más verlo, ya lo había juzgado.

—¿Lo ha visto usted, entonces?

—Nos hemos cruzado hace un rato.

—¿Y sabía que era Horace Velmont, quiero decir, Arsène Lupin?

—No, pero no tardé en adivinarlo... por una cierta ironía de su parte.

—¿Y lo ha dejado escapar?

—A fe mía, sí... y eso que tenía la partida ganada... pasaban cinco gendarmes.

—¡Pero, diantre! ¡Era la ocasión o nunca de aprovechar...!

—Justamente, señor —dijo el inglés con altivez—, cuando se trata de un adversario como Arsène Lupin, Herlock Sholmès no aprovecha las ocasiones... las crea...

Pero la hora apremiaba y, puesto que Lupin había tenido la encantadora atención de enviar el automóvil, había que aprovecharlo sin demora. Devanne y Herlock Sholmès se instalaron en el fondo de la confortable limusina. Édouard dio vuelta a la manivela y partieron. Campos, bosquecillos desfilaron. Las suaves ondulaciones del país de Caux se allanaron ante ellos. De repente, los ojos de Devanne fueron atraídos por un pequeño paquete colocado en una de las guanteras.

—Vaya, ¿qué es esto? ¡Un paquete! ¿Y para quién? Pues es para usted.

—¿Para mí?

—Lea: «Señor Herlock Sholmès, de parte de Arsène Lupin».

El inglés cogió el paquete, lo desató, retiró las dos hojas de papel que lo envolvían. Era un reloj.

—¡Aoh! —dijo, acompañando esta exclamación con un gesto de cólera.

—Un reloj —dijo Devanne—. ¿Es que por casualidad...?

El inglés не ответил.

—¡Cómo! ¡Es su reloj! ¡Arsène Lupin le devuelve su reloj! ¡Pero si se lo devuelve es que lo había cogido!... ¡Había cogido su reloj! ¡Ah, esta sí que es buena, el reloj de Herlock Sholmès sustraído por Arsène Lupin! ¡Dios, qué gracioso! No, de verdad... me disculpará... pero es más fuerte que yo.

Reía a carcajadas, incapaz de contenerse. Y cuando se hubo reído a gusto, afirmó, con tono convencido:

—¡Oh, es un hombre, en efecto!

El inglés no se inmutó. Hasta Dieppe, no pronunció una palabra, con los ojos fijos en el horizonte huidizo. Su silencio fue terrible, insondable, más violento que la rabia más feroz. En el desembarcadero, dijo simplemente, sin cólera esta vez, pero con un tono en el que se sentía toda la voluntad y toda la energía del personaje:

—Sí, es un hombre, y un hombre sobre cuyo hombro tendré el placer de posar esta mano que le tiendo, señor Devanne. Y tengo la idea, fíjese, de que Arsène Lupin y Herlock Sholmès se encontrarán de nuevo un día u otro... Sí, el mundo es demasiado pequeño para que no se encuentren... y ese día...

11

# ¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

*Empieza: «»*

---

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA

# Sigue leyendo

Encontrarás el análisis de la obra, otras lecturas de Maurice Leblanc y más libros completos gratis en labibliotecafilosofica.com.

Biblioteca de libros gratis ↗
Una ruta para empezar en filosofía ↗